

CABEZAS DE TORMENTA

CHRISTIAN FERRER

CABEZAS DE TORMENTA
Ensayos sobre lo ingobernable

EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

PRESENTACIÓN

Ferrer, Christian

Cabezas de tormenta / Christian Ferrer. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros de Anarres, 2018.

128 p. ; 20 x 12 cm. - (Utopía libertaria)

ISBN 978-987-1523-29-0

1. Ensayo Filosófico. I. Título.
CDD 190

Diseño: Diego Pujalte

Imagen de tapa: *Der Anarchist* - Sascha Schneider (1894)

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 C.P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Teléfono: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com
www.librosdeanarres.com.ar

Este libro no habría sido posible sin la colaboración de:

Tupac Ediciones	Terramar Ediciones
Juan Ramírez de Velasco 958. C1414AQT	Calle 18 N° 5444. B1884BQD
Ciudad Autónoma de Buenos Aires	Berazategui. Buenos Aires
R. Argentina	R. Argentina
Teléfono: 4856-9764	Teléfono: 4216-4821
bpjingenieros@gmail.com	www.terramarediciones.com.ar

ISBN: 978-987-1523-29-0

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

El anarquismo es un amparo al que no demasiadas personas concurren. No deja de ser curioso llamar “amparo” a lo que es ahora una sombra de su antiguo esplendor político y cultural, pero los lugares o creencias que nos brindan refugio y certeza a veces caben en la cabeza de un alfiler. La palabra “anarquismo” suena hoy menos tremebunda que insólita, como si se mencionara un ave pesada que nunca pudo volar o un mamífero cuyo último ejemplar fue avistado muchas décadas atrás. Era, además, un animal acostumbrado a las batidas y a ser cazado en abundancia. Se diría que el agotamiento, la persecución o el irreversible decrecimiento demográfico han sellado su destino, pero cualquier adherente a las ideas libertarias es conciente de la larga lista de fracasos que lo rodean y preceden, y también de los escasos pero muy significativos logros. Cada uno de ellos exigió de un enorme esfuerzo amén de haberse cobrado su libra de sangre. Se comprenderá que un movimiento de ideas tan radical haya nacido casi extinto. Sus tareas eran las de un Hércules; sus enemigos, antiguos e inmensos como pirámides; y sus fuerzas, limitadas y al fin fatigadas. De allí que todo anarquista sienta alguna vez en su vida el peso de historia tan extenuante y cavile acerca de “quién será el último de nosotros”. Después de todo, alguna vez hubo un último blanquista, un último garibaldino, un último carbonario.

A fin de permanecer en este mundo, las ideas deben auscultar –y eventualmente tensar– el malestar de una época. El anarquismo ha sabido pellizcar esa cuerda una y otra vez. Por su parte, los propios anarquistas se negaron a partir. Seguramente, firmeza ética e irreductibilidad política fueron condiciones de sobrevivencia, pues existieron los tiempos en que la palabra anarquía era sinónimo de emancipación y libre albedrío, no de caos inmotivado. Una historia de la disidencia y de las luchas por libertades negadas o conculcadas necesariamente debe tenerlos en cuenta. Fueron sus cabezas de tormenta, quienes anunciaron y promovieron algunas libertades que hoy se disfrutan en ciertas partes del mundo. Las otras aristas de su historia exponen tanto un estilo de garra como una consideración amorosa por los seres humanos y por la naturaleza.

De no haber existido anarquistas nuestra imaginación política sería más escuálida y miserable. Y aunque se filtre únicamente en cuentagotas, la “idea” sigue siendo un buen antídoto contra las justificaciones y los crímenes de los poderosos.

El anarquismo ha sido, en mi vida, un imán. Pronto me habitué a los lugares precarios o tremebundos en los que habitan los anarquistas así como leí las obras clásicas del pensamiento y los testimonios de vidas animosas y no pocas veces malogradas. Tuve, como tantos otros semejantes que habían leído a Bakunin o Malatesta, la sensación de haber descubierto el secreto de la dominación de los hombres por los hombres. Esa certeza es a la vez concepto pánico y orientador de valores. Sin embargo, no escasearon las dudas con respecto a doctrina tan extrema. Las creencias anarquistas parecen adolecer de irrealidad. Ni siquiera una amarra lanzada hacia el relieve del mundo tal como es. Pero si bien los anarquistas construyen cápsulas donde sólo prosperan su gramática, sus símbolos y sus pasiones, esa cápsula, al igual que sucede con el tiempo que los niños dedican al juego o los amantes a sus juegos, es en sí misma una realidad antípoda que algunas veces pudo perturbar y sacudir instituciones y costumbres. Por otra parte, tan importantes para el normal funcionamiento de ciertos cuerpos son el estómago y el pulmón como también los anhelos de una vida mejor y la crítica a lo inaceptable.

Cien años atrás el anarquismo era un movimiento organizado, culturalmente significativo y políticamente temido. Ese impulso no ha llegado hasta nosotros. Pero nada se ha perdido. Ni las palabras dichas, ni las ideas publicadas, ni las acciones realizadas. Irradiada hace ya mucho tiempo, su influencia se dispersó más allá de los propios simpatizantes. Afluentes de aquella mutación cultural frustrada se vertieron soterradamente en las aspiraciones y conductas de la actualidad. Y como los anarquistas siempre han sido los testigos vivientes de una libertad prometida, la memoria social está habitada por voces y recuerdos de hombres y mujeres que ya no están y de acontecimientos que retroceden en el tiempo. Aún se murmuran proclamas o historias que en otro tiempo se leyeron en libros o se escuchó de viejos combatientes. Es por eso que los ensayos reunidos en este libro no pretenden tanto celebrar el mito político del anarquismo como admirar su supervivencia. Son ensayos nacidos del amor por la saga libertaria.

LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS

El código sangriento

La muerte en la horca ha sido un castigo ignominioso desde muy antiguo. Si se medita su familiaridad estructural con la piqueta comprendemos porque está ubicada en el escalón más alto reservado a la denigración de una persona. A ella sólo accedían los delincuentes o los refractarios. A quien no plegaba las rodillas se le doblaba la cerviz por la fuerza. Algunos ajusticiados de la época moderna fueron mártires: a Parsons, Spies y sus compañeros de martirio los recordamos tenuemente cada 1° de mayo. Pero pocos recuerdan el nombre de James Towle, el último de los “destructores de máquinas” a quien le fue quebrada la nuca en el año 1816. Cayó por el pozo del patíbulo gritando un salmo luddita hasta que sus cuerdas vocales se cerraron en un solo nudo. Un cortejo fúnebre de tres mil personas entonó el final de aquel himno en lugar suyo. Tres años antes, en catorce cadalsos alineados se habían balanceado otros tantos acusados de practicar el “luddismo”, apodo de un nuevo crimen recientemente incorporado al código penal inglés.

Por aquel tiempo existían decenas de delitos tipificados cuyos autores entraban al reino de los cielos pasando por el ojo de una soga. Por asesinato, por adulterio, por hurto, por blasfemia, muchos eran los actos por lo cuales podía perderse el hilo de la vida. En el año 1830 se ahorcó a un niño de nueve años por haber robado unas tizas de colores, a modo de escarmiento y también de disuasión, y así hasta 1870, cuando un decreto humanitario acomodó a todos ellos en apenas cuatro categorías. A las duras leyes que a todos contemplaban se las conoció como “The Bloody Code”. Pero el luddismo se constituyó en un insólito delito capital: desde 1812 maltratar una máquina en Inglaterra costaría el pellejo.

En verdad poca gente recuerda a los “ludds”, título con el que se reconocían entre ellos. De vez en cuando estampas de aquella sublevación que se hiciera famosa por causa de la destrucción masiva de maquinaria textil han sido recobradas

por tecnócratas o por historiadores y exhibidas como muestra ejemplar del absurdo político: “etapa artesanal de la conciencia laboralista”, “revuelta obrera empañada por tintes campesinos”, “reivindicaciones reaccionarias”. Nada que se acerque a la verdad. Unos y otros se han repartido en partes alícuotas la condena de la rebelión luddita, rechazo que en el primer caso es interesado y en el segundo fruto de la ignorancia y el prejuicio. La imagen de los ludditas transmitida por diestra y por siniestra es la de una tumultuosa horda simiesca de campesinos iracundos golpeando y aplastando las flores de hierro donde libaban las abejas del progreso. En suma: el cartel en la ruta que señala el linde del último alzamiento medieval. Allí, una paleontología; aquí un bestiario.

Ned Ludd

Todo comenzó un 12 de abril de 1811. Por la noche, trescientos cincuenta hombres, mujeres y niños arremetieron contra una fábrica de hilados de Nottinghamshire, destruyendo los grandes telares a golpes de maza y prendiendo fuego a las instalaciones. Otros setenta telares fueron destrozados esa misma noche en otros pueblos de las cercanías. Aquella fábrica pertenecía a William Cartwright, fabricante de hilados de mala calidad pero pertrechado de nueva maquinaria. Por aquel tiempo la fábrica era, en sí misma, un hongo nuevo en el paisaje. Lo habitual era el trabajo cumplido en pequeños talleres. El incendio y el haz de mazas se desplazaron luego hacia los condados vecinos de Derby, Lancashire y York, el corazón de Inglaterra y centro de gravedad de la Revolución Industrial. El reguero que había partido del pueblo de Arnold se expandió sin control por el centro de Inglaterra durante dos años perseguido por un ejército de diez mil soldados al mando del general Thomas Maitland.

¿Diez mil soldados? El Duque de Wellington mandaba sobre bastantes menos cuando inició sus movimientos contra Napoleón Bonaparte desde Portugal. ¿Más que contra Francia? Tiene sentido. Francia, no la napoleónica, sino la asamblearia, aún más intimidante, era un fantasma que recorría la corte inglesa.

No más de un cuarto de siglo había corrido desde el “Año I de la Revolución”. Diez mil soldados. El número es índice de lo muy difícil que fue acabar con los ludditas, quizás porque contaban con el apoyo de la población. Ludditas eran todos. Maitland y sus soldados buscaron afanosamente a Ned Ludd, el líder, pero no lo encontraron. Jamás podrían haberlo encontrado. El hombre no existía. Ned Ludd era un nombre pergeñado por la población para despistar a los soldados. Otros líderes que firmaron cartas burlonas, amenazantes o peticiones se apellidaban “Mr. Pistol”, “Lady Ludd”, “Peter Plush” (felpa), “General Justice”, “No King”, “King Ludd” y “Joe Firebrand” (el incendiario). Algún remitente aclaraba que el sello de correos había sido estampado en los cercanos bosques de Sherwood, donde alguna vez acamparon Robin Hood y sus arqueros. Los hombres de Maitland se vieron obligados a recurrir a espías, agentes provocadores e infiltrados, que hasta entonces constituían un recurso poco esencial de la logística en casos de guerra exterior.

Los acontecimientos que tuvieron en vilo al Reino y al Parlamento fueron devorados por el incinerador de la historia, quizás porque el objetivo de los ludditas no era político, sino social y moral. No pretendían asaltar el poder sino desviar la dinámica de la industrialización acelerada. Una ambición imposible. Apenas quedaron testimonios: algunas canciones, actas de juicios, informes de autoridades militares o de espías, noticias periodísticas, 100.000 £ de pérdidas, una sesión del Parlamento a ellos dedicada, poco más. Y los hechos: dos años de lucha social violenta, mil cien máquinas destruidas, un ejército enviado a pacificar las regiones sublevadas, cinco o seis fábricas quemadas, quince ludditas muertos, trece confinados en Australia, otros catorce ahogados ante las murallas del castillo de York, y coletazos finales.

¿Por qué sabemos tan poco sobre las intenciones ludditas? La propia fantasmagoría de Ned Ludd lo explica: fue una sublevación sin líderes, sin organización centralizada, sin libros capitales y con un propósito quimérico: discutir de igual a igual con los nuevos industriales. Pero ninguna rebelión espontánea, ninguna huelga salvaje, ningún estallido de violencia popular salta de un repollo. Lleva años de incubación, generaciones transmitiéndose

una herencia de maltrato, poblaciones enteras macerando tácticas de resistencia. A veces siglos enteros se vierten en un solo día. La espoleta, generalmente, la saca el adversario. Hacia 1810, el alza de precios, la pérdida de mercados por causa de la guerra, y un complot de los industriales y distribuidores londinenses de telas para que éstos no compren mercadería a los talleres de las pequeñas aldeas textiles, encendió la mecha. Por otra parte, las reuniones políticas y la libertad de letra impresa habían sido restringidas con la excusa de las operaciones militares contra Napoleón, y además la ley impedía emigrar a los tejedores, aunque se estuvieran muriendo de hambre. Inglaterra no debía entregar su “expertise” al mundo.

Los ludditas inventaron una logística de urgencia que abarcaba un sistema de delegados y de correos humanos que recorrían los cuatro condados, juramentos secretos de lealtad, técnicas de camuflaje, centinelas, organizadores de robo de armas en el campamento enemigo, pintadas en las paredes. Y además descollaron en el viejo arte de componer canciones de guerra, a los cuales llamaban himnos. En uno de los pocos que han sido resguardados aún se escucha: “Ella tiene un brazo / Y aunque tiene uno solo / Hay magia en ese único brazo / Que crucifica a millones / Destruyamos al Rey Vapor, el salvaje Moloch / Los miles de nosotros que nos matamos trabajando / Sujétenle el brazo, sino nuestro paisaje / Desaparecerá de un día para el otro”. Y en esta otra: “Noche tras noche, cuando todo está en silencio / Y la luna ya ha cruzado la colina / Marchamos a hacer nuestra voluntad / ¡Con hacha, pica y fusil!”. Las mazas que utilizaban los ludditas provenían de la fábrica Enoch, y por eso cantaban “La Gran Enoch irá al frente / Deténgala quien se atreva, deténgala quien sea capaz / Adelante los hombres gallardos / ¡Con hacha, pica y fusil!”. La imagen de la maza trascenderá la breve epopeya luddita. En la iconología anarquista de principios del siglo xx, héroes sindicalizados aplastan, a machamartillo, no ya maquinarias sino el sistema fabril entero. Todos estos blues de la técnica no deben hacer perder de vista que las autoridades no solamente querían aplastar la sublevación popular, también buscaban impedir la organización de sectas obreras en una época en la cual solamente los industriales estaban unidos.

“Fair Play”

Entonces, como ahora, una estrategia de recambio y aceleración tecnológica y de realineamiento forzado de las poblaciones retorció los paisajes. Roma se construyó en siete siglos, Manchester y Liverpool en sólo veinte años. Más adelante, en Asia y el África, se implantarían enclaves en apenas dos semanas. Nadie estaba preparado para un cambio de escala semejante. La mano invisible del mercado es tacto distinto del trato pactado en mercados a la mano. El ingreso inconsulto de nueva maquinaria, la evicción casi obligada de los aldeanos y su concentración en ciudades fabriles, la extensión del principio del lucro indiscriminado y el abrupto descentramiento de las costumbres fueron el caldo de cultivo de la rebelión. Pero el lugar común no existió: los ludditas no renegaban de *toda* la tecnología, sino de aquella que representaba un daño moral al común. Su violencia estuvo dirigida no contra las máquinas *en sí mismas* (no rompían *sus* propias y bastante complejas maquinarias) sino contra los símbolos de la nueva economía política triunfante (concentración en fábricas urbanas, maquinaria imposible de adquirir y administrar por las comunidades).

Ni siquiera inventaron la técnica que los hizo famosos. Destruir máquinas y asediar la casa del patrón eran tácticas habituales para forzar aumentos de salarios desde hacia cien años al menos. Muy pronto se sabrá que los nuevos engranajes podían ser aferrados por trabajadores cuyas manos eran inexpertas y sus bolsillos estaban vacíos. La violencia fue descargada sobre las máquinas pero la sangre corrió primero por cuenta de los fabricantes. En verdad, lo que alarmó de la actividad luddita fue la nueva modalidad simbólica de la violencia. De modo que una consecuencia inevitable de la rebelión fue un mayor ensamblaje entre grandes industriales y administración estatal. Es un pacto que ya no se quebrantará.

Los ludditas nos hacen preguntas. ¿Hay límites? ¿Es posible oponerse a la introducción de maquinaria o de procesos laborales cuando éstos son dañinos para la comunidad? ¿Importan las consecuencias sociales de la violencia técnica? ¿Existe audición para las opiniones comunitarias cuando son

lanzadas en contra de la corriente? ¿Se pueden discutir las nuevas tecnologías sobre consideraciones morales y no solamente sobre supuestos optimistas? ¿La novedad y la velocidad, son valores? A nadie escapa la actualidad de estas cuestiones. Los ludditas percibieron agudamente el inicio de la era de la técnica moderna, por eso plantearon que el tema de la maquinaria era menos una cuestión de tecnologías que de política y moral. Por entonces los industriales y los *squires* terratenientes acusaban a los ludditas del crimen de “jacobinismo”, del mismo modo en que hoy los tecnócratas acusan a los críticos del sistema industrial de nostálgicos y anacrónicos. Pero los Ludds sabían que no se estaban enfrentando solamente a codiciosos fabricantes de tejidos sino a la violencia técnica de la fábrica.

Epílogos

El 27 de febrero de 1812 fue un día memorable para la historia del capitalismo, pero también para la crónica de las batallas perdidas. Los pobres eran tema parlamentario. Por lo general, el temario los contempla únicamente cuando se refrendan y limitan conquistas ya conseguidas de hecho o cuando se liman algunas aristas excesivamente filosas de duros paquetes presupuestarios, pero aún más rutinariamente cuando se debaten medidas ejemplares. Ese día Lord Byron ingresó al Parlamento por última vez. Desde Guy Fawkes, quien en el año 1605 se empeñó en hacerlo volar por los aires, nadie se había atrevido a ingresar en la Cámara de los Loores con intención de contradecirlos en su conjunto. Durante la sesión, presidida por el Primer Ministro Spencer Perceval, se discutió la pertinencia del agregado de un inciso faltante de la pena capital, al cual se conocerá como “*Frame-breaking Bill*”: la pena de muerte por romper una máquina. Es Lords versus Ludds, cien contra uno. Por aquel entonces Lord Byron trabajaba intensamente en su poema *Childe Harold* pero se hizo de un tiempo para visitar las zonas sediciosas a fin de hacerse de una idea propia de la situación. El proyecto de ley ya había sido aprobado por la Cámara de los Comunes. El futuro primer ministro William Lamb (Oveja) votó a favor no sin aconsejar al resto de sus pares hacer lo mismo alegando

que “el miedo a la muerte tiene una influencia poderosa sobre la mente humana”. Lord Byron intentó una defensa admirable pero inútil. En un pasaje de su discurso a los Loores, al tiempo que describía a los soldados como un ejército de ocupación, contó el rechazo que habían provocado entre la población:

“¡Marchas y contramarchas! ¡De Nottingham a Bulwell, de Bulwell a Banford, de Banford a Mansfield! Y cuando al fin los destacamentos llegaban a destino con todo el orgullo, la pompa y la circunstancia propia de una guerra gloriosa, lo hacían a tiempo sólo para ser espectadores de lo que había sido hecho, para dar fe de la fuga de los responsables, para recoger fragmentos de máquinas rotas y para volver a sus campamentos ante la mofa hecha por las viejas y el abucheo de los niños”.

Y agregó una súplica: “¿Es que no hay ya suficiente sangre en vuestro código legal de modo que sea preciso derramar aún más para que ascienda al cielo y testifique contra ustedes? ¿Y cómo se hará cumplir esta ley? ¿Se colocará una horca en cada pueblo y de cada hombre se hará un espantapájaros?”. Pero nadie lo apoyó y entonces Byron publicó en un periódico un peligroso poema en cuyos últimos versos se leía:

“Algunos vecinos pensaron que era chocante,
Cuando el hambre clama y la pobreza gime,
Que la vida sea valuada menos aún que una mercancía
Y la rotura de un armazón conduzca a quebrar los
huesos

Si así demostrara ser, espero, por esa señal
(Y quien rehusaría participar de esta esperanza)
Que los esqueletos de los tontos sean los primeros en
ser rotos
Quienes, cuando se les pregunta por un remedio, recomien-
dando una soga”

Quizás Lord Byron sintió simpatía por los ludditas, o quizás el dandy detestaba la codicia de los comerciantes, pero difícilmente se haya dado cuenta que la nueva ley representaba,

en verdad, el parto simbólico del capitalismo. El resto de su vida vivirá en el continente europeo. Un poco antes de abandonar Inglaterra publicó un verso ocasional en cuyo colofón se leía: “Abajo con todos los reyes con excepción del Rey Ludd”.

George Mellor, uno de los pocos capitanes ludditas que fueron apresados, fue colgado de la nuca en enero de 1813 y unos pocos meses después fue el turno de catorce otros que habían atacado la propiedad de Joseph Ratcliffe, un poderoso industrial. No había antecedentes en Inglaterra de tantos hombres siendo hospedados por la horca en un solo día. El gobierno había ofrecido recompensas suculentas en los pueblos a cambio de información incriminatoria, pero todos los aldeanos que se presentaron por la retribución dieron información falsa y usaron el dinero para pagar la defensa de los acusados. No obstante, la posibilidad de un juicio justo estaba fuera de cuestión a pesar de las endeble pruebas en contra de los ludditas. Los catorce ajusticiados frente a los muros de York se encaminaron hacia su hora suprema entonando un himno religioso. La mayoría eran metodistas. En cuanto la rebelión se extendió por los cuatro costados de la región textil también se complicó el mosaico de implicados: demócratas seguidores de Tom Paine, llamados “painistas”, religiosos radicales, algunos de los cuales heredaban el espíritu de las sectas exaltadas del siglo anterior –levellers, ranters, southscottians–, incipientes organizadores de trade unions, irlandeses jacobinos emigrados.

Todos los días las ciudades dan de baja a miles y miles de nombres, todos los días se descoyuntan en la memoria las sílabas de incontables apellidos del pasado humano. Sus historias son sacrificadas en oscuros cenotes. Ned Ludd, Lord Byron, Cartwright, Perceval, Mellor, Maitland, Towle, ningún nombre debe perderse. El general Maitland fue bien recompensado por sus servicios: le fue concedido el título nobiliario de Baronet y fue nombrado Gobernador de Malta y después Comandante en Jefe del Mar Mediterráneo y aun después Alto Comisionado para las Islas Jónicas. Antes de irse del todo tuvo tiempo de aplastar una sublevación en Cefalonia. Perceval, el Primer Ministro, fue asesinado por un alienado incluso antes de que el último de los ludditas fuera colgado. William Cartwright continuó

con su lucrativa industria y prosperó, y además el modelo fabril hizo metástasis. Uno de sus hijos se suicidó nada menos que en el Palacio de Cristal durante la Exposición Mundial de Productos Industriales de 1851, pero el tronar de la sala de máquinas en movimiento continuo amortiguó el ruido del disparo.

Cuando algunos años después de los acontecimientos murió un espía local –un judas– que se había quedado en la región, su tumba fue profanada y el cadáver exhumado vendido a estudiantes de medicina. Algunos ludditas fueron vistos veinte años más tarde cuando se fundaron en Londres las primeras organizaciones de la clase obrera. Otros que habían sido confinados en tierras raras dejaron alguna huella en Australia y en la Polinesia. Itinerarios semejantes pueden ser rastreados después de la Comuna de París y de la Guerra Civil Española. Pero la mayoría de los pobladores de aquellos cuatro condados parecen haber hecho un pacto de anonimato, refrendación de aquella omertá anterior llamada “Ned Ludd”. En los valles nadie volvió a hablar de su participación en la rebelión. La lección había sido dura y la ley de la tecnología lo era aún más. Quizás, de vez en cuando, en alguna taberna, alguna palabra, alguna canción, hilachas que nadie registró. Fueron un aborto de la historia. Nadie aprecia ese tipo de despojos.

Voces

¿Por qué demorarse en la historia de los destructores de máquinas? Sus actos furiosos sobreviven tenuemente en brevísimas notas al pie de página del gran libro autobiográfico de la humanidad y la consistencia de su historia es anónima, muy frágil y casi absurda, lo que a veces promueve la curiosidad pero las más de las veces el desinterés por lo que no amerita dinastía. No es éste un siglo para detenerse: el burgués del siglo XIX podía darse el lujo de recrearse lentamente con folletines y novelones, pero las audiencias de este siglo apenas disponen de tiempo para hojear la programación televisiva o la de la red informática. Vivimos en la época de la taquicardia. Remontar el curso de la historia a contracorriente a fin de reposar en el ojo de sus

huracanes es tarea difícil de arrostrar. Orfeo se abrió paso al mundo de los muertos con melodías que destrababan cerrojos perfectos pero nosotros sólo podemos guiarnos por los fogonazos espectrales que estallan en viejos libros: soplos agónicos entre harapos lingüísticos. Cualquier otro rastro ya se ha disuelto en los elementos.

Pero si los elementos fueran capaces de articular un lenguaje, entonces podrían restituirnos la memoria adormecida de todo aquello que ha existido en el mundo. Por ejemplo, de todos los remos que hendieron al agua en todos los tiempos, de todas las herraduras que dejaron huella de cabalgata en el barro, o de todos los fuegos que consumieron la carne de los condenados, y así sucesivamente. A su turno el aire devolvería la totalidad de las voces que han sido lanzadas por las bocas de todos los seres humanos que vivieron en esta tierra. En verdad, millones son las palabras dichas en cada segundo de tiempo pero ninguna se habría perdido, ni siquiera las de los mudos. Todas ellas habrían quedado registradas en la transparencia atmosférica, cuya relación con la audibilidad humana aún está por investigarse. También los niños garabatean raudos grafitis o nerviosos corazones en vidrios empañados por su propio aliento. Si se pudiera traducir ese archivo oral a nuestro lenguaje, entonces todas las cosas dichas retornarían en un solo instante componiendo la voz de una runa mayor o la memoria total de la historia. En el viento se han sembrado voces que son conducidas de época en época y cualquier oído puede cosechar lo que en otros tiempos fue tempestad. El viento es tan buen conductor de los testimonios porque lo dicho fue tan necesario como involuntario, o bien porque a veces nos sentimos más cerca de los muertos que de los vivos.

De tantas cosas dichas, no puedo ni quiero dejar de escuchar lo que Ben, un viejo luddita, les dijo a unos historiadores locales del condado de Derby cincuenta años después de los sucesos: “Me amarga tanto que los vecinos de hoy en día malinterpreten las cosas que hicimos nosotros, los ludditas”. ¿Pero cómo podía alguien, en plena euforia por el progreso, prestar oídos a verdades de derrotados? No había, y no hay aún, audición posible para esas profecías. La queja de Ben constituyó la última palabra

del movimiento luddita, eco apagado del quejido de quienes fueron ahorcados en el año 1813. Y quizás yo haya escrito todo esto con el único fin de escuchar mejor a Ben. Me aferro y tiro de su hilillo de voz como lo haría cualquier semejante que recorriera este laberinto.

TABÚ DE LA REALIDAD

Mecanismo técnico y bandería negra

De lejos

Es el primero de todos, uno que llegó en barco, como tantos otros, probablemente un “utopista”, seguramente animoso y pertrechado de libros; o es el siguiente, ya más fogueado y con furia en el alma, quizás un “communard”, en todo caso un perseguido; y el que le sucedió, ya con prontuario en su país de origen, quizás con nombre falso, y de polizón, y desde ya munido de “ideas”, de “La Idea”, como gustaban llamar a sus principios, y entonces fue la primera estrella de las antípodas en este hemisferio, y quien sabe si previamente no zigzagueó por lugares tales como la costa dalmata, o la Besarabia, o el Egipto, o alguna isla antillana, siempre expulsado, en fuga o en el desierto, incluso recién salido de una prisión, por no decir una fortaleza; y luego vino el “maximalista”, haya sido organizador de sindicatos por oficio o enemigo de toda organización, quizás vegetariano –lo eran muchos– y decidido a enfrentar a dioses, amos, patrones, tonsurados, galeritas y hombres de toga, y también a los “pisaalfombras”, o sea los políticos y otras bifurcaciones del transigir; y para ello fundó periódicos y bibliotecas o estableció librerías y escuelas racionalistas u organizó disertaciones y veladas y cuadros filo-dramáticos y además llevó su evangelio hasta el último pueblo habitado de la “región argentina” y de paso cruzó las fronteras –a las que no reconocía– y voceó la buena nueva en el Uruguay y en Bolivia y en Chile; y de su costado, o antes, también se hizo oír una voz de mujer, no la sufragista sino una con arrojo de emancipada, lectora, que pudo haber sido obrera costurera o sombrerera o cigarrera o gustosa del amor libre o una que usó pantalones en público para molestar los hábitos de propios y ajenos; y además llegaron los que se quedaban por un rato, semanas, meses, unos pocos años, gente conectada o que hacía conexiones, viajeros o saltimbanquis entre ciudades, oradores algunos y otros con nuevas versiones del ideario en giras

de propaganda y proselitismo; y no faltaron los que volvieron sobre sus pasos para cometer algún acto de locura; y luego advino, casi inconcebiblemente, el tiempo de la epifanía, el instante cumbre, cuando fueron un buen puñado de organizaciones importantes más ramales diversos y periódicos con tiradas de a miles y miles y con más y más afiliados e influyentes en las principales ciudades y hasta que casi podían detenerlas y darlas vuelta; y tiempo después, ya sacudidos por censuras y persecuciones y derrotas hubo “expropiadores”, hombres urgentes o temerarios o jugados o en arco voltaico con las zonas truculentas o bandoleras o irrecuperables de la cultura popular, pues en este país matrereros y forajidos se transfiguran y siguen camino; y por cierto que sería injusto no incluir en la nómina a los arrebatados, con algo de románticos de otra época, como asimismo a los meramente incentivados por las máximas ácratas, imbuidas en su personalidad o temperamento, y de estos hubo numerosos y no han sido, hasta el momento, catalogados en demasía, terminaran donde hayan terminado sus vidas y sus ideas; y por no decir una palabra de menos, también han de ser mencionados los caballos locos, como los del ajedrez, pero muy salidos de sus casillas –la policía los tenía muy en cuenta–, y, a su vez, los sensatos o refractarios al sectarismo, que no sólo se despreocuparon de combatir al carnaval o el consumo de alcohol sino que intentaron mancomunar esfuerzos con las novedades de los tiempos, o con su aire, aunque haya sido viento contrario, y ciertamente poco es lo que lograron, incluso cuando cambiaron de bando hacia algún efímero impromptu yrigoyenista, o enancándose en el rayo bolchevique, o contentados por el batllismo en la vecina Banda Oriental, o bien, aquí, por la sempiterna seducción del justicialismo peronista; y pasados los años y ya menguadas sus huestes, los que se dedicaron a modernizar la doctrina, haciendo amalgamas con ciertas sociologías y filosofías que se revelaron medio infundadas o poco sólidas; y después fueron quedando los que, casi sin esperanza pero con orgullo o cabeza dura –sin exceptuar la desorientación– no concedieron placet a los entusiasmos de las mayorías; y todavía podrían enumerarse los destellos libertarios que otorgaron atractivo a las efímeras pero constantes contraculturas que han sobrevenido en el último medio siglo; y al fin, cuando la crisis del año 2001, quienes se

congregaron momentáneamente ansiando alguna suerte de política no estatalista, aunque no siempre la buscaran en autores libertarios sino en decepcionados de las rancias recetas marxistas o en descubridores de multitudes desengañadas de sus siempre renovados votos. Y todavía quedan algunos. Entonces, estamos en el siglo XIX, y en el XX, y ahora, en un sin-tiempo. Y no se puede decir que hayan sido muchos, pero fueron los suficientes y necesarios aunque a la distancia parezcan inconcebibles, sobrenaturalmente reales. Cisnes negros de su tiempo.

En contra y a favor

Hay excedentes de vida que no tienen legitimidad ni destino. Son imposibles que afloran, aún cuando no haya lugar de espera. Comparecen a modo de objeciones al cálculo, la hostilidad y el desencuentro. A veces son incursiones, o inadaptaciones, o tanteos, en todo caso disconformidades, y de todos modos el mundo cambia por incomodidad, capricho y superposición de irresueltos, más algún que otro empujoncito. No hay rueda de la historia. Hay biografías, momentos de descreencia, fervores que crepitan y menguan, desviaciones en el camino y también cauces que revivifican, además de triunfadores y galeotes, y antes que se sepa qué o porqué ya todo está siendo dejado atrás: lo que se haga y se diga y se proyecte y se rememore para apuntalar el espejismo del presente ha de sucumbir. Siempre sucede así. Quienes estudian los relieves históricos suelen enunciar hitos, líneas de necesidad, proveniencias genealógicas, pero hay irrupciones que no tienen explicación, aunque puedan ser explicadas. No dan preaviso, aunque sí se percibe la trepidación en el subsuelo. Son asombros del tiempo. Luego, restan quemazones, testimonios y, con suerte, un lema que pasa de época en época. Abandonada, una casa puede quedar “habitada”, y además hay desvanecidos que a veces vuelven de la muerte. Sobre los demás –los poderosos, las fuerzas políticas, los desguarnecidos– hay más certeza, porque sus regularidades, en sustancia, no se han descalibrado desde el tiempo en que los anarquistas se metieron en la historia.

De ellos emanaba un efluvio de ayuda recíproca, una llamada a descomprimir y no maltratar los sentimientos –o sea, el amor libre–, y además el augurio de un porvenir sin dolor, cuanto menos amenguado. Eran palabras confortantes y uno de los tantos gestos de mutuo reconocimiento al que alguna vez recurrieron era una mano entrelazada a otra y ambas levantadas a la altura de los ojos. Pero de los anarquistas también se abalanzaba un rayo jupiterino que contenía una sola invectiva: acabar con el mecanismo social. Ese mecanismo, se sabe, aúna la producción por la producción misma, la existencia de jerarquías simpáticas o férreas pero siempre soberbias y apartadas, y disfrutes en espacios y tiempos previamente establecidos que igual no apaciguan el orbe afectivo malogrado. Era, y sigue siendo, una rueda giratoria, “kármica”. Se acepta poner a votación quien manejará la manivela del mecanismo, o bien quien podría hacerla girar más lentamente. No mucho más. Esa rueda, desde antiguo, descarna a hombres, mujeres y niños, y el sistema de engranajes que le es consustancial impávidamente sustituye al caído o al obsoleto por un sustituto lozano y sacrificial como alguna vez lo fue el anterior. Por eso el anarquismo proclamaba el sueño de la cesación del mundo industrial, no el de su perfeccionamiento o el de la transferencia de su estatuto de propiedad. No importa que hayan aunado a los trabajadores en sociedades de socorros mutuos y de lucha, pretendían liberarlos de su esclavitud, y por completo. Y es curioso que hayan tenido tanta escucha en Argentina, quizás porque, para cuando hicieron su aparición, el cereal crecía y las vacas pastaban sobre territorios en los que había habido guerras y campos de degüello, sin contar la evicción de indígenas de sus tierras y el reparto de las mismas, el envío a su ocaso de la forma de vida del gaucho, más la prostitución a granel y mucho lucro extraído a expensas de los esfuerzos del inmigrante. Eran miles y miles y miles de gentes saqueadas y devastadas. Era un país difícil por más que se porfiara luego en rememorarlo como tierra de promisión y rebosante de reses, granos y talleres, incluso aunque sepamos que en otros lugares, donde las matanzas eran de rango catastrófico, se la pasaba mucho peor. No obstante, los anarquistas no parecen haber dejado rastro. Dejaron huellas, sucesos, ejemplos, evocaciones, un poco de influencia, y algo parecido a una leyenda política, ya casi un enigma.

Alguien, alguna vez, dijo que los anarquistas pecaban por tener “exceso de razón”. Quiso decir que sus ideales (sociedades sin jerarquías, menos productivistas pero atenuadas a pasiones sonrientes y deslastradas de constreñimientos hipócritas) eran deseables pero imposibles. Más bien se podría decir que las ideas anarquistas se vuelven “impensables” cuando rige la codicia, el afán de “ascender socialmente” y el temor a desafiar creencias políticas que parecen naturales o útiles aun cuando regularmente demuestren ser fracasos en toda la línea, es decir falsas soluciones. Entre las muchas figuraciones que ha asumido el anarquismo, o que le han sido adosadas, y han sido muchas (el espantajo, la intransigencia, el voluntarismo, lo excesivo, la cabeza de tormenta, lo políticamente fantástico, el albedrío irrestricto, la cuadratura del círculo), una de ellas es la de perforación de muros, es decir el pasaje al otro lado de la realidad, que es ésta misma, sólo que transfigurada según posibilidades existenciales que son evidentes pero muy difíciles de aventurárselas, y entonces terminó viéndose en el anarquista al esperpento o al impetuoso (asunto de prontuario o trasnoche) y no al hechicero capaz de hacer divisar en las ciudades de agobio y disgusto la posibilidad cierta de un país de la cucaña aquí y ahora, pues bastaba con lo que había y con el instante inverosímil en que las almas se metamorfosearan por autonegación de lo acostumbrado. No por nada decían ellos que la anarquía era la más alta expresión del orden y eso a lo que llamaban “revolución” sólo era factible de verdad una vez que la gran bestia humana fuera digerida por una mansedumbre aún más monumental. ¿Acaso la gramínea tarde o temprano no se extiende hacia todos los puntos cardinales? Pero, ¿cómo era posible postular semejante idea? ¿Quién puede desgarrarse así, entre agresión afirmativa y donación o entrega, y con cuál vehemencia, con qué amor? Ya nadie lo sabe. Pero era el abecé de la transformación: lo abierto con lo abierto y en lo abierto, sin laberintos ni ergástulas. Al menos esa fue su acuñación. Lo cierto es que el anarquismo era el espejo mágico que se negaba a confirmar el “tabú de la realidad”, la supuesta inevitabilidad del mecanismo social, económico y afectivo que arrasa con las vidas de cada cual, incluyendo las de los animales, a los que ahora se empuja hacia el Apocalipsis, en el entendimiento que el cuerpo humano también porta

su parte alícuota de animal. “Arrasar” significa que la existencia de la persona le es indiferente al mecanismo. “Arrasar” significa que producir y adquirir las mercancías que el mecanismo exige es casi el único índice de felicidad que importa. Al fin, “arrasar” significa que poner en duda el mecanismo equivale al dilate, sino a la traición.

Todas esas propuestas contraintuitivas no parecen amontar más que a una ilusión grandiosa pero impráctica, sólo emergida por causa de la inquietud que tarde o temprano asalta a cualquiera, la de sentirse inserto en una trampa de la cual no hay escapatoria posible más que por transfiguración absoluta del estado de cosas. Quién sabe. Hay añoranzas tan poderosas que a veces crean realidades y, además, de los laberintos se sale por arriba o atravesando las paredes, nunca avanzando o retrocediendo. Pero otra era la dirección de las cosas, y esa dirección, entonces como ahora, suponía reorganizar de cuajo paisajes, procesos laborales, estilos de vivir y signos en que confiar, no importa si el proceso en un tiempo arrastró multitudes –por millones– fuera de regiones autocráticas o cuasi-medievales para arrojárselas sobre espacios fraguados por la mina, la fábrica y el dirigismo, o si pasadas varias décadas esas mismas muchedumbres fueron empujadas otra vez sólo para ser impelidas hacia nacionalismos o populismos o liberalismos que formatean países y programan existencias en nombre de esa serpiente que se muerde la cola: la “Historia”. En fin, es el mundo real, el de las fuerzas titánicas que arrean a la gente –lo hacen de veras: sin hesitar–, y donde quien no está escudado por algún organismo legal o ilegal entonces está radicalmente desprotegido. Por eso mismo, los anarquistas tenían a las alternativas políticas que actuaban en el ámbito de la representación, o que procuraban ingresar en escena y ocuparla por completo, como empalmes del encastre. ¿Y acaso era posible otra cosa? ¿Y de qué le sirve a alguien ser recalcitrante?

Antisociales

De acuerdo a los convencionalismos de nuestra época, al menos los que son voceados en ámbitos donde tallan fuerte ciertos formadores de opinión, el anarquismo suele ser embutido en el casillero de la “anti-política”. El concepto –una imputación, o sea una descalificación– tiene larga prosapia –se decía “antisistema”, y antes aún “antisocial”– y a veces resurge con palabras apenas distintas, pero ya en su tiempo los bolcheviques, hoy esfumados del mapa, se habían fastidiado ante el desprecio de los anarquistas por la actividad política, es decir la conquista del Estado. La espontaneidad y la improvisación eran reputadas como contraindicaciones. Para casi todos, la renuencia libertaria significaba renunciar a la política como servicio ofrendado a la comunidad por personas con conciencia de misión, sea que ocuparan puestos en el gobierno o fuesen opositores desocupados y con expectativas de sustituir a los otros. Pero llamar “política” o “anti-política” a la tradición anarquista es impropio. Ellos diferenciaban nítidamente lo “político” de lo “social”. La revolución que preconizaban era “social”, lo que quiere decir que anteponían una subversión cultural de la forma de vivir a cualquier propósito de “toma del poder” o de “representación” de víctimas que suelen dar el voto a sus eventuales damnificadores. Su revolución ideal era aquella que ocurriría cuando hasta el último de los habitantes del planeta se hubiera vuelto libertario. Quizás por eso le concedían tanta importancia al hecho de “dar ejemplo”.

Lo que estaba y está en juego no es la posibilidad o dificultad de alguna variante de la democracia directa (piénsese en los actuales entusiastas de las “redes” sociales), ni la necesidad o indeseabilidad de dirigencias y tecnocracias operativas y eficaces que se ocupen de gestionar empresas públicas o privadas en sociedades complejas y dotadas incluso de ciberespacio, sino otra cosa muy distinta: la pertinencia o impertinencia de rasgar un tabú específico, de dejar expuesto su mecanismo, como en una autopsia, y es el de la política como arte de administrar el estado de cosas en beneficio de los dueños de casi todo lo que hay –menos las sobras– y cuidando que todos cumplan con su rutina –incluso con su numerito– y que nadie haga más espanto del

permitido, o del que pueda ser reabsorbido. Dejar expuesto el esqueleto del Gran Moloch y desbaratarle el almacén óseo. Al menos, esa fue la tarea desacralizadora que se habían impuesto a sí mismos los anarquistas. En todo caso, todo sistema político designa un “exterior” a sí mismo, tolerable y hasta posible de atizarse en tanto y en cuanto funja de partenaire que dé el pie y no se pase de la raya. Así es el escenario conectado a las “revoluciones productivas” de hoy en día, pues una vez terminada la “Guerra Fría” llegaron las guerras “económicas” y tal parece que eso es lo único que hay en el horizonte. En todo caso, es la retórica de la actualidad.

Los anarquistas descreían que el Estado pudiera satisfacer lo que proclamaba: la felicidad social por adecuada gestión de la cosa pública en función del “bien común”, pues los intereses y pasiones que se condensan en los órdenes jerárquicos tienden al beneficio de ciertas fracciones y es arbitrado por aquellos que cortan el bacalao, y para sostener el tinglado se establecieron modalidades alternadas de contención, represión, tolerancia o encauzamiento, como los hay ahora de vigilancia y control –más subrepticios– y de compeliendo al pasatiempo sistemático. Como estos recursos son insuficientes para que un príncipe o estadista administre almas, territorios y riquezas en paz, los estados modernos disponen de especialistas en medir el sufrimiento para trocarlo por subsidios y auxilios a fin de que nadie se sienta del todo afuera. El “Estado” no es un lugar o “aparato” o ideal, sino un electrizador de la imaginación piramidal, concéntrica, de ascensión instituyente, que se pondera mejor por su “afuera”, por aquello que deserta o se evade de sus coordenadas, si bien muy persistente fue la obsesión de los anarquistas con respecto a los poderes de Estado. A la inversa, la autodeterminación que tanto propagaron suponía, más que el desmoche de la cima, otro modo de mancomunar y de vivir. La idea anarquista era inusitada: eliminar las instituciones y prácticas que fuesen coherentes con la agresividad de los seres humanos, y tales impulsores de la hostilidad de todos contra todos eran la guerra, el productivismo, la codicia, el escalafón y el déficit de deleites. Era preciso amansar un mundo de cizaña, desgaste y desesperación.

Las bancadas conservadores de comienzos del siglo xx decían de los anarquistas que eran “foráneos” y también “maximalistas” que no se conformaban con los saldos del progreso y otras obras de beneficencia. La cuestión es que, a los anarquistas, el ámbito de lo posible era algo que los tenía muy sin cuidado. Una cosa es verse forzado a sobrevivir en tierra inhóspita y otra muy distinta aceptarla como realidad inapelable tan sólo por poderosa. En su pendular, el “posibilismo” a veces se impulsa hacia un lado, a veces hacia el otro. Hay tiempos en que se toma algún riesgo y entonces se esquila un poco a los esquiladores y ciertas transgresiones son reglamentadas por ley, pero todo suele culminar en reconstitución de límites, por lo tanto insuficientes, sino afrentas. Y dado que lo posible tarde o temprano se vuelve insufrible, cuanto menos enojoso, no puede ser aceptado sin retóricas que oficien de gozne, y desde ya que quienes las emiten y quienes las escuchan están de acuerdo en transformarlas en moneda circulante, en tanto y en cuanto algunas políticas públicas funcionen. Cuando ya no lo hacen, se presta oídos a nuevas ofertas y se cambia el ángulo de la subsiguiente decepción. No hay antidotos contra este proceso, sólo mancomunar fuerzas y esfuerzos en grupos de afines, donde dejar obra y huella. Vínculos de confianza de donde no huya la vida, pues los círculos infernales proliferan en demasía, y en el mejor de los casos incomodan; en el peor, son boas de constricción. En cuanto a los túneles de fuga, pueden resultar ser cañerías de acequia que reconducen magma y escoria a una base de reciclaje, así como los encargados de velar por la seguridad pública de ser preciso inducen la inseguridad con el objetivo de reinstaurar la paz quebrantada. Con suerte se obtiene una década de tregua. Por su parte, los apósitos amortiguan la ampolla, pero no al mecanismo de fricción que la causa.

Nadie es más que nadie y nadie es menos que nadie

¿Qué resta ahora? El centelleo reminiscente de combates a la vieja usanza y también un aire de desafío. Sólo eso. Pero qué extraño es. Puesto que, ¿cuándo podrían haber vencido? La posibilidad era casi nula. Restan entonces, arrastradas por la riada de la historia argentina, algunas palabras y hallazgos de confección distinta al resto de la resaca. Que le habían puesto el nombre “Martín Fierro” a una de sus publicaciones, porque sabían que aquel gaucho había sido un incorregible y no un icono. Que otros de sus órganos de difusión fueron llamándose *El Oprimido*, *El Martillo*, *La Protesta Humana*, *El Ciclón*, *Hierro*, *Cúlmine*, *Reconstruir*, *Utopía*, *La Letra A*. Que hacían “propaganda emancipadora entre las mujeres” y eso significaba predicarles el amor libre y promoverles apetencias sexuales, además de la “procreación conciente”, a la que después se llamó “planificación familiar”, y desde ya que nunca se interesaron por el sufragismo, por imponer cuotas femeninas a ningún parlamento, ni por la actual compulsión de muchas por atravesar el “techo de cristal” de las barricadas machistas. Que se rebautizaban con apodos tales como Perseguido, o Siberiano, o Universo, o Armonía, o Libertad, o Lucifer o Alba de Revolución, e incluso supe de alguno que le puso a sus once hijos e hijas nombres de piedras preciosas. Que eran embarcados desde Buenos Aires una y otra vez hacia sus países de origen sólo para ser reenviados a remotos presidios en el África o en Nueva Caledonia. Que exigían al patrón trabajar en feriados religiosos o estatales y sólo se negaban a concurrir a sus labores los 1º de Mayo, día de los “Mártires de Chicago”, que por entonces no era asueto reconocido por el Estado argentino. Que alguna vez el sindicato de caldereros hizo huelga porque el patrón de una empresa había puesto a su hijo a trabajar en el puesto más básico del oficio y no le abonaba sueldo alguno. Que en su diario más conocido hubo publicidades de una conocida marca de cerveza, avisador que no dudaron en perder al denunciar en esa misma página que de su fábrica habían sido despedidos varios obreros. Que se cuidaban mucho de erigir montajes jerárquicos y entonces se congregaban en “grupos de afinidad”, lo cual no quiere decir,

no exclusivamente, acuerdos ideológicos o tácticos, sino vínculos de confianza mantenidos en el tiempo. Que de sus escuelas propias habían destituido la vivisección de animales y llevaban a los niños de excursión a ver pájaros y animales de la ciudad o el campo. Que fueron pioneros del pensamiento anticolonialista y así lo hicieron saber muchas veces, en casos como el de la ocupación española de Cuba, o la norteamericana de las islas Filipinas, o bien cuando los embates europeos contra los boxers chinos, o, ya más recientemente, el zarpazo indonesio contra Timor Oriental. Que siempre hubo muchos más anarquistas pacíficos y constructivos que impulsados por violencias ciegas e inconducentes. Eran rasgos diferenciales, y además máximas de un sermón del no-ser, lo opuesto al destino manifiesto de la Argentina, que terminó siendo áspero y desdichado.

Por lo demás, las ideas libertarias son de difícil digestión en este país, donde hace mucho tiempo que la autoridad de Estado se transformó en vector de organización social, lo que quiere decir que los habitantes todo lo esperan del aparato estatal a la vez que procuran no entregarle nada a cambio, comenzando por los impuestos o la renta que se saca de la tierra o del trabajo de los demás. No obstante, siendo tan pocos, los anarquistas lograron hacer muchísimo en pocos años: sindicatos, escuelas, periódicos, ateneos, comunas vegetarianas, piquetes contra carnicerías, poner en locución pública la conveniencia del nudismo y del culto al sol, incluso la crítica a los prejuicios de los compañeros con respecto a la virginidad de sus hijas, para no mencionar las centenares de huelgas, algunas sostenidas durante meses y meses. Poca memoria quedó de todo ello y ya casi es pasto de paleontólogos. Quizás era una forma de pensar la vida que jamás hubiera tenido posibilidad de escucha duradera, pero eso no es un problema exclusivo del anarquismo. Les ha sucedido a tantos otros ideales que por un tiempo gozaron de alguna popularidad, pero que, al iniciarse el ocaso, quedaron sumidos en el desconcierto. Era difícil tomar conciencia de que la noche avanzaba, aún para ellos, que siempre supieron moverse en catacumbas y márgenes. Además, en el siglo xx, Argentina ha demostrado que su sistema político ha sido capaz una y otra vez de absorber matanzas de todo tipo, desde las últimas de indígenas en el norte argentino –cientos de muertos– o las de anarquistas en el sur del

país –cadáveres por miles–, para no mencionar ejemplos posteriores. Se diría que aquí hay una fosa común permanentemente abierta donde descartar los malos recuerdos.

Aunque su tiempo era otro, como el nuestro también lo será, el anarquismo insiste. En cuentagotas, a veces en acometidas, o en reapariciones inusuales, aquí y allá. Ni siquiera minoría, necesariamente socia de la mayoría; tampoco “destituyentes”, que son los instituyentes *mientras tanto*. Sólo portadores de incompatibilidades que de vez en cuando han hecho acople con personas o agrupamientos, o con gestos, como esos arroyuelos que parecen ondular a su aire y que conceden vigor y desborde a corrientes más caudalosas con las que súbitamente confluyen. Su mera mención pasa a ser llamativa, por ejemplo el 25 de mayo de 2010, el día del Bicentenario, en boca de la presidenta de la nación, en la Casa Rosada, por cadena nacional y ante embajadores y dignatarios extranjeros, cuando rememoró a los anarquistas, en un recuento histórico de ganancias sociales, como luchadores que quisieron iluminar al obrero. Una esquirla de la historia argentina con dejo de venia dada desde el futuro al animal extinto, en el entendimiento de que otros ideales, otros movimientos políticos, que tuvieron su esplendor, incluso gobernaciones y hasta el poder en algún país, se contrajeron tanto que ya no vienen a memoria. En todo caso, una vez reconstituida la autoridad de Estado, y con su “exterior” neutralizado, es posible la magnanimidad, en su justa medida. Así, México acuñó una moneda en memoria del anarquista Ricardo Flores Magón; Francia una estampilla en homenaje a Pierre-Joseph Proudhon; el Uruguay inscribió el nombre de Eliseo Reclús en un muro de la Universidad de la República; e incluso la Unión Soviética dio el nombre de Piotr Kropotkin a una avenida, una estación de subterráneo, y a una entera ciudad.

Bien, ya no están. ¿Cómo se mide la influencia que deja una persona o un grupo de afines? Es algo tan elusivo. La hendidija, al comienzo, es muy pequeña. La grieta, apenas visible. La herida, no se sabe qué, quién, cuándo, cómo. Pero allí están: hendidija, grieta y herida. Nada que haya sido dicho en nombre del dolor y la libertad desaparece así nomás. Hay dejos libertarios en muchos autores y publicaciones posteriores al gran momento de que disfrutó el anarquismo a principios del siglo xx. Hubo algunos entendimientos

con el radicalismo yrigoyenista una vez que fueron echados del poder. Algo de anarquismo queda en lo más rasposo de la memoria histórica del peronismo, es decir cuando no eran gobierno, cuando ni intendencias tenían, cuando eran apenas unos perseguidos. A veces fue recuperado por sindicalistas, por la tradición de lucha más que por el contenido de sus demandas. Asimismo algo anárquico late en la desconfianza general de los argentinos hacia los políticos, herencia quizás de sucesivos ultrajes. Y hay algo de todo eso en la exageración, ese delirio fértil de los argentinos, y en el vaivén entre individualismo y comunidad, siempre irresuelto, o en el gusto por lo “fuera de la ley”, no siempre interesante, y en la tendencia a la queja y el momentáneo aluvión, un hábito nacional que suele sobresaltar al aparato estatal, que olfatea el peligro. Además, la decadencia del marxismo les abrió algún espacio más en tanto el despliegue de las actuales “sociedades del control” suscita –un poco– una desconfianza no exenta de ideales libertarios. O quizás se trate simplemente de una tradición de pensamiento que tiene algo de “maná”, de atracción antípoda para aquellos que no aceptan dar conformidad, añorándose una existencia que permita desplegar las fuerzas no hasta donde comienza la libertad de otro sino justamente hacia encuentros en los cuales se potencian. La prosperidad del malestar existencial no siempre depende de las oscilaciones de la economía o la política.

Tréboles

Cuando se quiera comprender porque los escritos libertarios no dejaron marca en las subculturas intelectuales argentinas –o en otros países– no deberá recurrirse al largo predominio que mantuvieron el marxismo político o científico, o bien el populismo en sus variopintas combinaciones y derroteros, ni tampoco ha de remarcarse que las creencias de los anarquistas resultaban incompatibles en un país a fin de cuentas moderadamente conservador, o repercutir una vez más sobre las campañas de represión –tanto las rutinarias como las extraordinarias– que fueron desatadas sobre ellos y que los diezmaron mucho. Son motivos de peso, pero aún más significativa es la ausencia,

en los ajuares bibliográficos de los hombres de ideas, y en las de sus lectores, de atención dolorida o espantada a las obras de librepensadores sin partido, como Lewis Mumford, George Orwell y Albert Camus, por nombrar a tres hojas de un trébol que no pasó desapercibido pero que nadie se tatuó en la frente. Si se piensa en los cientos y cientos de autores y libros que esas subculturas consumieron en su momento y que fueron a parar a los osarios de las librerías de viejo, o en los que son leídos hoy como supuestos reveladores de claves de la política, la geopolítica, el porvenir y el ciberespacio y que tampoco nadie consultará mañana, más pronunciada se hace la falta de contrapeso. Tanto materialismo terrenal que terminó remontándose a las nubes y tanta sal ática que el tiempo y los acontecimientos disolvieron casi en un santiamén cuando hubo gente con opiniones insobornables, sobre todo no orgánicas, no prendidas de las ideologías del momento. Esos hombres –Mumford, Orwell, Camus– fueron voces de alerta en defensa del pensamiento independiente en tiempos liberticidas y fueron la compañía y la interlocución de los anarquistas. En asuntos que dejaron tras de sí víctimas y muertos por decenas de millones –la tecnificación acelerada, la deriva asesina de los imperios significativos del siglo y también la de sus satélites, las tomas de posición en favor de movimientos de liberación cuyas castas dirigentes ya aflaban el cuchillo para lanzarse unos contra otros una vez que las autoridades coloniales abandonaron el territorio, para no mencionar tantos otros sucesos de la Guerra Fría ya entumecidos en un témpano que ahora flota al garete en la memoria de nadie–, fueron los anarquistas los que tuvieron razón. Y no sólo ellos, los hubo más, muchísimos más, pues en todo prado hay variaciones infrecuentes, tréboles de cuatro hojas.

En los diccionarios de historia los anarquistas suelen aparecer en el pie de página, a veces clasificados entre los animales desaparecidos. Incluso en el mejor de los casos se resaltan los rasgos aberrantes, facetándose el arquetipo que por mucho tiempo los ha identificado en la imaginación política: monstruo, espantajo, esperpento. Son espectros apaciguantes, pues la policía, y no pocos filósofos políticos, enfatizan el dato de puntuario y dejan motivaciones y circunstancias fuera de cuestión. Éstos son los atributos clásicos: el llamamiento a la sedición, el gesto blasfemo, el arte de la barricada, el regicidio, el aire viciado de la catacumba, la actitud indisciplinada, la vida clandestina. Y la exageración. Pero el identikit no es nítido. Aunque los antecedentes parezcan conducir a la antesala del infierno, la pura verdad es que las biografías de los anarquistas pueden ser relatadas como vidas de santos. Es cierta la cuota de violencia y no es inexacta la historia de sus asonadas, muchas veces prematuras, como tampoco es desdeñable el rasgo “demoníaco” en los acontecimientos que los tuvieron como protagonistas, pero sólo contingentemente fueron aves de las tormentas. Por lo general el móvil de las actividades anarquistas fue constructivo y sus existencias se asemejaron más a las del evangelizador y el disidente que a las del “poeta maldito” o el nihilista atormentado.

¿Existieron? Todo indica que sí, que fueron el asombro de su época y por un tiempo la obsesión de la policía secreta. Pero su sorprendente aparición histórica ha sido tan improbable que tienta a hacer la pregunta contrafáctica: ¿qué hubiese pasado de no haber existido anarquistas? ¿Hubiera surgido otro ideal más o menos equivalente? La jerarquía y el poder, ¿hubieran quedado sin impugnación radical, o bien como problemas presentados de formas más “comprensivas”? ¿Y cómo rememoraríamos hoy la historia de la disidencia? ¿Toda la tensión política moderna se hubiera condensado en la pulseada entre liberalismo y autoritarismo, entre nacionalismo e imperialismo? Ciertas libertades, conseguidas o por lograr, ¿hubieran podido ponerse

en locución pública o iniciar su marcha? Porque los anarquistas efectivamente existieron estas preguntas pueden ser enunciadas sin el sentimiento de pavor político retrospectivo que suscita darse cuenta que la vida política de los siglos XIX y XX podría haber sido más sombría.

Astillas, clavos miguelitos, cabezas de tormenta, marabunta, átomos sueltos en el panal burgués. Pero además, y no sólo ocasionalmente, los anarquistas postularon y llevaron a cabo formas de existencia deseables. Retrocedidas en el tiempo, eran mejores que las de hoy. Todavía nos nutrimos de los restos vivos o metamorfoseados de las innovaciones que fueron propias de la imaginación política del siglo XIX, una de las más prolíficas de la historia humana, y aún está insuficientemente rastreada la influencia radial que el anarquismo tuvo sobre liberales, anticlericales, bohemios, individualistas de toda suerte, fugitivos del marxismo, o sobre la floración de la década de 1960, particularmente sus variedades extraparlamentarias, o bien sobre la “contracultura” y otras variantes de la disidencia, el pacifismo antimilitarista, el reclamo de usos placenteros del cuerpo, el movimiento de liberación de los animales y el ecologismo radical. Se diría que el anarquismo constituyó una porción importante del plancton ingerido por algunos cetáceos del movimiento social.

La historia cultural del anarquismo es un yacimiento que puede ser explorado fructíferamente. ¿Cuál fue su modo de existencia específico? ¿Cuáles sus innovaciones? ¿Cuáles las relaciones entre sus prácticas existenciales y la imaginación política de su época? Estas preguntas deben ser antecedidas por un presupuesto demográfico: la escasez de anarquistas, lo exiguo de su número. Nunca hubo muchos, y aunque siempre fueron evangelizadores, jamás se alteró la penuria. Hacia 1910 la policía calculaba que, en Argentina, había entre 5000 y 6000 adherentes a “la Idea”. Esa cifra era altísima. En la mayor parte del mundo apenas un puñado de partidarios y simpatizantes activaba intermitentemente, mantenía correspondencia con centros emisores de ideas, se involucraba en huelgas o bien editaba alguna publicación. Los anarquistas, minoría demográfica, siempre han vivido al borde de la cesación. Y sin embargo, en su tiempo,

muy amplia fue la extensión de las ideas libertarias. El inmenso esfuerzo individual devotado por cada anarquista a la supervivencia de su causa explica la dispersión de sus ideas. Eran fogoneros de un tren fantasma. En todo caso, el número, la “masa crítica”, no supuso un obstáculo para la propagación de este ideario exigente. En cambio, si algo favoreció esa difusión fue la inexistencia de un “conmutador central” que informara y disciplinara a los militantes dispersos acerca de la orientación de su acción y el contenido de sus propuestas. Por el contrario, lo que resalta en la historia anarquista es la plasticidad y la autonomía, y consecuentemente una variedad notable de flora y fauna.

Esa restricción demográfica explica por qué cada vida de anarquista, entendida como “ejemplo”, resultaba ser igual de valiosa que los libros y manifiestos que editaron. Cada cual era, por medio de prácticas éticas específicas, un testimonio viviente, la prueba de un posible porvenir. Se percibían a sí mismos como esquirlas de un futuro obturado una y otra vez por fuerzas más poderosas. De allí que sus biografías se nos presenten como vidas exigidas que todo lo sacrificaban en beneficio de su ideal: familia, ascenso social, tranquilidad, previsión de la vejez. Algunos, en su momento, se negaron a solicitar la jubilación estatal. Estas privaciones eran aceptadas, si no jubilosa al menos convencidamente, pues el anarquismo les había sido anunciado como experiencia severa y trabajosa aunque no imposible, resultado de la coherencia entre medios y fines. De modo que el anarquismo no constituyó un modo de pensar a la sociedad del dominio sino una forma de existencia en su contra. Justamente porque el anarquismo no concebía a la persona según el modelo liberal del “sujeto de derecho”, la norma que los orientaba era la siguiente: “Vive como te gustaría que se viviera en el futuro”.

Querían trastocar el régimen psicológico, político y cultural del dominio, por coercitivo, pero además porque compelia a los seres humanos a volverse muñones de sí mismos, incapaces de dignificación. La antropología subyacente en las obras de la patristica ácrata suponía que cada persona era energía autocreadora ilimitada. Autodidactismo, apego por la camaradería humana, combate al miedo y la sumisión, imaginación anticlerical, toma de

partido por el oprimido, eran las piezas a ser ensambladas. A la vez ideal de salvación del alma y subversión de la topografía histórica. En el extremo, se aspiraba a la santidad, no tanto por afán de perfección sino para purgar la idea de revolución de la tentación del “golpe de mano”, un peligro que los padres fundadores previeron en la deriva de las ideas liberticidas propagadas por el marxismo, o “socialismo autoritario”, tal como lo definían. Por eso insistían en que la revolución fuera “social” antes que “política”, y eso supone un maceramiento cultural previo de hábitos libertarios.

El desligamiento de la sociedad “carcomida” comenzaba por la toma de conciencia de la miseria existente y de las tropelías de la autocracia, pero también por ejercicios de purificación. El ingreso a grupos de afinidad siempre supuso un autodescubrimiento y el consiguiente despojamiento de vicios arrastrados. Se procuraba la autodignificación. En la prensa anarquista se reiteraban los consejos dirigidos a la forja de la personalidad, entre ellos no dejarse atropellar, servir de ejemplo, abandonar las “inmoralidades”, en particular el alcohol, el burdel, el juego por dinero y la participación en el carnaval a modo de comparsa. Pero la dignificación de sí no sólo exigía eludir males sino también ejercer un autocontrol, una apropiación de sí a fin de hacer lugar a un querer libre, pero eso no podía realizarse en el interior de experiencias sectarias ni en bordes vírgenes de la experiencia histórica, como lo habían intentado los fourieristas en sus falansterios y otros utopistas en comunidades cerradas. El anarquista se veía a sí mismo como “hijo del pueblo”, título de uno de sus himnos más conocidos. Era un átomo suelto en medio del encadenamiento cuyo vínculo orbital con la cultura popular era paradójico. Estaban muy próximos a las prácticas populares y a la vez en la frontera de las mismas. Fueron la inflorescencia salvaje de prácticas populares en formación sin dejar de ser la continuidad moderna de antiguas tradiciones de resistencia y lucha.

La preocupación por la correlación entre medios y fines se volvía tanto más acuciante porque demasiadas veces se hallaron aislados en territorio inhóspito. De modo que recordar “quién se era” a través de rituales específicos era fundamento del persistir. Por ejemplo, la correspondencia (*todos* los anarquistas

respondían tarde o temprano el correo) y la lectura de libros “de ideas” los fortalecía ante la adversidad, sobre todo durante la primera época de diseminación, entre 1870 y 1900. En ellos confluyeron las ideales de la Ilustración, los estilos de lectura de los librepensadores, las prácticas asociativas de los conjurados, la dedicación total de los revolucionarios vocacionales, la sensibilidad generacional “romántica” y el ejemplo de emigrados célebres que luchaban por la liberación de pueblos irredentos. Son los antecedentes de los anarquistas organizados y de los anarco-individualistas, las dos subespecies del género ácrata de fines del siglo XIX. El aprestamiento de la voluntad los fortalecía ante la persecución y les hacía no desfallecer. Incluso un solo anarquista se sentía capaz de fundar publicaciones o erigir sindicatos, bibliotecas o ateneos. También ése fue el sentimiento y proceder de los doce apóstoles de Cristo. Ser un revolucionario suponía “tener moral” y no solamente para devenir en “caso ejemplar” sino también para transformarse en contrapesos de coyunturas históricas determinadas, tal cual ocurrió con acusados ante los tribunales que “daban vuelta” los argumentos de las fiscalías. Pero el misterio de la fe política era balanceado por una sólida formación racionalista –por momentos científicista– y por un gusto por la sensibilidad escéptica de tipo “volteriana”. Eran centauros: mitad razón, mitad impulso.

Las prácticas de autoformación suponían algunas obligaciones de conciencia distintivas. No aceptaban el servicio militar obligatorio: desertaban. Tampoco unirse en matrimonio bajo supervisión de Iglesia o Estado. En lo posible no enviaban a sus hijos a colegios estatales, sino a escuelas libres o “racionalistas”. No bautizaban a los hijos según el santoral: recurrían a nombres indómitos y significativos. No aceptaban ascensos de rango en las jerarquías laborales. Debían procurar ser, además, buenos trabajadores, para dar ejemplo a la burguesía rentista tanto como a las mujeres y hombres que alguna vez levantarían un mundo distinto. No participaban de comicios electorales. Rechazaban los feriados dictados por el Estado. Tampoco daban limosna o propina, pues lo correcto era luchar por un salario digno. Daban hospitalidad a los perseguidos. Los había que se negaban a jugar a las cartas o apostar dinero a fin de no promover la lucha de “todos contra todos”. Algunos anarquistas

renunciaron por testamento a la tumba individual, prefiriendo el osario común. Otros donaron sus cuerpos “a la ciencia”.

A la afirmación de sí contribuían una serie de prácticas introspectivas y de acción, hayan sido la lectura de libros de ideas o las pruebas de fuego de la lucha social, seguidas por las inevitables temporadas en la cárcel, que no dejaba de ser vivero de adherentes, pero la formación libertaria de la persona sucedía mayormente en un nicho político y afectivo, el grupo de afinidad, sostenido no únicamente en acuerdos ideológicos sino en la confianza mutua: en la empatía. Era contrapeso y alternativa a la familia burguesa y el orden laboral, y también lugar de aprendizaje. La “interiorización” de las ideas dependía del contexto grupal, pero también de la “libre voluntad” del integrante. Se abandonaban las costumbres “burguesas”, declinación que se correspondía menos con el modelo de la “proletarización” que se volvería habitual hacia mitad del siglo xx que con la purga de una “vida falsa”. Ocasionalmente se hacía deserción de nombre y la persona se “rebautizaba” con un apodo singular, prueba nominal de una metamorfosis. Un notorio ácrata colombiano pasó a llamarse Biófilo Panclasta, es decir “amante de la vida y destructor de todo”, y nombres como Perseguido, Libertario o Insumisa se volvieron copiosos. Otros optaban por un alias cuando publicaban en la prensa anarquista a fin de enfatizar que las ideas no pertenecían al erario individual sino a toda la humanidad. A la prole comenzó a bautizársele con nombres inhabituales, sea a modo de homenajes –Espartaco, Volterina, Giordano Bruno–, afirmaciones doctrinarias –Acracio, Libertad, Ideal, Liberto, Alba de Revolución–, marcas oprobiosas –Oprimido, Siberiano–, veneraciones –Bakunin, Reclús–, entronizaciones de la naturaleza –Amanecer, Universo, Aurora, Sol Libertario–, o asertividades –Vida, Placer–, y también Poema, Eleuterio, Amor, Esperanza, Floreal y tantos otros que expandieron una onomástica propia. Del culto a la naturaleza surgieron devociones y no poco hijos de anarquistas llevaron nombres de flores, de ciclos estacionales o de piedras preciosas.

A veces, el acceso a las ideas corría a cargo de “maestros” que oficiaban de transmisores de la memoria social o de la epopeya anarquista. Tal maestría no estaba necesariamente vinculada a

la lectura de libros, aun siendo valuados especialmente, sino con el conocimiento personalizado de alguien ya experimentado en la acción y doctrina libertarias. Eran habituales las “lecturas comentadas” en sindicatos y ateneos para personas sin educación formal alguna o recién llegados. Otras pruebas iniciáticas suponían la participación en huelgas, boicots, sabotajes o viajes de publicitación hacia lugares vírgenes. Los peregrinajes se hacían para apoyar una lucha específica y los mejores oradores y organizadores solían ser los más requeridos. En esas jornadas en tierra de nadie quedaban expuestos al acoso policial pero también a la incomprensión de sus familias, que temían el efecto de ese activismo sobre la economía y armonía del hogar. Los ejercicios de oratoria, en veladas, ateneos o sindicatos, servían a modo de entrenamiento. En cambio, nada preparaba al hombre “de ideas” para las rutinarias estadías en los presidios, pero todos podían confiar en la solidaridad que provendría del otro lado de los muros. No eran olvidados. Por otra parte, quienes maltrataban a los presos o reprimían concentraciones obreras sabían que podían ser el blanco de la venganza tribal. De todos modos, en casi todos los casos de “justicieros”, éstos actuaron en la mayor soledad.

Cotidianamente se participaba de eventos de fraternización. Conferencias y veladas, concurrencia a declamaciones y cuadros filodramáticos, asistencia a picnics y lunchs de camaradería, colaboración con piquetes de huelga o campañas de solidaridad. Se solían entonar canciones e himnos revolucionarios, así como se participaba a título de público en “reuniones de controversia” o torneos de oratoria en que dos contendientes, uno anarquista y otro que adhería a una filosofía distinta, disputaban en torno a un tema convenido, por ejemplo la existencia o inexistencia de Dios o la importancia de las teorías de Charles Darwin. Los ateneos, bibliotecas populares y las publicaciones también hacían sentir su influencia entre sectores de la pequeña-burguesía intelectual, capturándose, de vez en cuando, algún pez gordo para la causa. Y desde ya que era notoria la fuerte creencia de los anarquistas, propia de la época, en el poder transformador de la palabra. El objetivo de estos rituales buscaba inspirar y facetar sentimientos nobles y desarraigar los “males de la subjetividad” que dividen a los seres humanos. Las bibliotecas personales cerraban el círculo.

Todos los anarquistas se armaban pacientemente de una biblioteca “de ideas”, incluso los analfabetos. En los libros estaba contenida la salvación por el conocimiento y la relevancia del autodidactismo entre los anarquistas es un tema aún inexplorado. Han de haber existido pocos movimientos políticos menos antiintelectuales que el libertario, que sólo se cuidó de enfatizar la importancia de aunar trabajo manual e intelectual en una sola madeja. La imprenta constituía su “multiplicación de los panes”. Los libros atesorados incluían historias de revoluciones, clásicos de la patrística ácrata, biografías de militantes caídos, memorias de revolucionarios, testimonios de persecución y prisión, compendios de ciencia “moderna” y las ineludibles novelas sociales. Las autobiografías de militantes, equivalentes a martirologios, constituyen una fuente de información importante, pero no deben descartarse las obras de refutación del anarquismo, las de sus heresiólogos. Algunos han sido excelentes exegetas del anarquismo, por vía negativa. Resta una fuente a la que no siempre se puede acceder: los archivos policiales.

Para 1900 comenzaron a difundirse entre los anarquistas dos discursos dirigidos al cuidado de la mente del niño y del cuerpo en general: el de la “escuela moderna” y el de la eugenesia. Las escuelas racionalistas o “modernas” tuvieron su momento y una duración variable, muchas veces efímera. Se proponían como alternativas a la fiscalización eclesiástica de la infancia y a las retóricas estatales en los planes curriculares, y en ellas se inculcaba el conocimiento de la ciencia, la libertad como ideal, la formación integral del alumno, y la convivencia de saberes manuales e intelectuales. En las escuelas anarquistas se habían eliminado castigos y amonestaciones, y también las jerarquías preestablecidas entre maestros y alumnos. La suposición que las orientaba consideraba que el niño es librepensador por naturaleza y que la religión, el patronato estatal y el patriotismo desvirtuaban la mente. Educar niños para un mundo distinto, al que se aguardaba para un futuro no muy lejano, suponía ponerlos a salvo de las garras y vicios de la vieja sociedad. Cabe destacar que, incipientemente, los anarquistas propusieron planes de ciudades ideales para la vida social, que no deben confundirse con la tradición de las utopías perfectas, sino con el interés por mejorar el hábitat obrero.

A su vez, el discurso eugenésico, sin ser del todo ajeno a las preocupaciones sanitaristas e higienistas de la época, se inclinaba hacia un borde cultural. En el anarquismo, la “biofilia” incumbió distintas preocupaciones: la difusión del vegetarianismo, el nudismo, el antitabaquismo, la procreación responsable o “consciente”, la propaganda del uso del condón en barrios proletarios, la publicitación de otros métodos anticonceptivos en la prensa anarcoeugenista, la crítica al consumo de alcohol, el cuidado de la salud obrera en general. Súmense los énfasis puestos sobre el amor libre y las afinidades electivas, que se cruzan con discursos radicales sobre la sexualidad, críticas al matrimonio burgués “hipócrita” y la postulación del derecho a decidir sobre el propio cuerpo. Las ideas ácratas sobre la sexualidad son complejas, y allí se intersectan una analítica de índole científica, una preocupación social de raíz médico-higienista, e ideales relacionales nutridos por el romanticismo, que no excluyen una dosis de voluptuosa erotización discursiva, en la que descollaron los así llamados “armandistas”. Creían que el placer era un derecho “natural” de los seres humanos y que se podían promover prácticas existenciales menos insinceras. ¿En qué medida eran llevadas a cabo? Algunas, mucho; otras, escasamente. En todo caso, no eran de cumplimiento forzoso. El anarquismo nunca fue una secta ortodoxa ni dispuso de un “libro negro” en el cual hubiera podido consultarse una preceptiva.

Tanto en sus actuaciones públicas o en la puesta en locución de temas “tabú”, los anarquistas nunca se refugiaron en retóricas de conveniencia, aun cuando las consecuencias fueran espinosas, incluso letales para su inmediata supervivencia. En suma, nunca ocultaron quiénes eran y qué querían. Los tejamañes, disfraces, hipocresías y “operaciones” a las que con tanto fervor recurrirían liberales y comunistas durante la Guerra Fría les eran por completo ajenos. Tampoco el cinismo era lo suyo, que parece ser una de las esencias de la política tal como la conocemos. La sinceridad pública era una de sus “obligaciones de identidad”, condición derivada de la adecuación entre conducta y creencia. Esto explica por qué solían identificarse a sí mismos como “anarquistas” cuando eran llevados a los tribunales. También permite identificar uno de los centros de gravedad de

su drama político: la absoluta responsabilidad con las propias convicciones les restaba “eficacia” y audibilidad, aunque les concedía el raro prestigio de disponer de un “exceso de razón”.

Eran “verdades excesivas” que encajaban golpes proporcionales. Los asesinatos de organizadores de sindicatos fueron habituales. De la Argentina se los deportaba, del Brasil se los expulsaba como “indeseables”, o bien recibían largas condenas cumplidas en penales espectrales en la isla de Tierra del Fuego, en la Guayana, en Siberia, o en posesiones coloniales españolas, francesas y portuguesas en el África o en la Polinesia. Otras veces se los enviaba a cumplir servicio militar de “asociales” en durísimas “compañías de disciplina”. Súmese a ello las cíclicas prohibiciones de actividades y la destrucción de imprentas, archivos y locales. Por cierto, las cárceles resultaban ser muletas herméticamente cerradas pero con doble fondo, pues los anarquistas se dedicaban a concientizar a los otros presos “sociales”. Las prohibiciones eran gajes del oficio, no solamente porque el derecho a la publicación de sus “zamizdats” se los daban ellos mismos, sino porque en el terreno de la clandestinidad eran baqueanos. Por lo demás, ningún anarquista tenía el día comprado. Vivían en libertad condicional. La honestidad era conductapreciada y se extendía a otros ámbitos de la actividad, particularmente la administración de las finanzas. En esto, eran estrictos y escrupulosos. En lo posible, trataron de vivir y morir en su ley.

“Su ley”. ¿En qué medida los anarquistas no experimentaron una tensión espiritual no fácilmente resoluble entre el esfuerzo por “mejorar” el alma humana y la insondable turbulencia espiritual que se vierte en ímpetus violentos? Algunas de sus acciones fueron sangrientas e insensatas, otras veces sacrificadas y dignificantes. Fueron seres de extremos. Lo cierto es que la historia del anarquismo es incomprensible sin su antípoda, la jerarquía. Anarquista y monarca siempre se han medido entre sí. La insistencia del anarquismo en la libre asociación lo transformó en un símbolo antípoda de la imaginación jerárquica, pero la distinta suerte que tocó a sus empeños no se explica únicamente por el ángulo vertiginoso que ocupó en la época moderna. También resultó ser el emergente peculiar de un tipo de relación

social que enormes sectores de la población ansiaban y practicaban, el gusto por la afinidad electiva. Por otro lado, las vidas de los anarquistas, siempre basculándose entre el color tenebroso y el aura lírica, encarnaron un modelo moral de “subversión existencial”, que quizás explique su extraña supervivencia, menos parecida al rebrote del yuyo en el jardín que al sarpullido en un cuerpo que ha sido una y otra vez persuadido de doblar la cerviz o de evacuar sus malestares en corralitos previamente delimitados al efecto. En tanto y en cuanto perdure ese malestar, el anarquismo podrá retornar.

Pueyrredón, casi San Luis

Los publicaciones que integran el libro “Folletos anarquistas en Buenos Aires” fueron encontrados en una librería de viejos y usados que en otro tiempo existió en Pueyrredón, casi en esquina con San Luis. Si doy precisión de calles es porque, a pesar de su cercanía con varias casas de estudio, nadie que yo conozca parece haberla visitado. No estaba ubicada en un lugar del todo propicio, pues la extensa avenida Pueyrredón es casi toda ella zona “comercial” y desde siempre allí se alinean, uno tras otro, locales de venta de vituallas, vestimentas, enseres, y otros objetos de los que se sobreentiende su utilidad. De modo que la librería pasaba desapercibida, se diría disimulada por el flujo continuo de gente apremiada vaya a saber uno porqué. Así son las ciudades: carruseles sin contento ni reposo. Lo cierto es que esa librería, algo escorada y ya vetusta, no invitaba a ingresar, al igual que sucede con esas casas de barrio que no han sido apuntaladas ni redecoradas en mucho tiempo. El pasillo de entrada era largo y los volúmenes de papel arracimados en las dos vidrieras que lo escoltaban no solían ser renovados, conviviendo al unísono algún título sugerente con decenas imposibles de vender. Adentro era igual. Dado que en esa calle el costo de una llave de comercio siempre fue cuantioso, por no decir prohibitivo, mucho más para este tipo de negocios, quizás el sitio le perteneciera al librero, un hombre mayor e impasible. No era muy comunicativo. Sólo estaba allí. En mi recuerdo se llamaba “señor Binderman”. Un día cualquiera, inevitablemente, la librería desapareció de la vista. Así también ciertos barcos, que hinchan sus velas sólo en vida de su capitán.

* Prefacio al libro *Folletos anarquistas en Buenos Aires*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2015.

“Con amor”

En el año 1981, todavía en tiempos de la última dictadura, la prestigiosa casa editora Losada publicó un libro en Buenos Aires. Se llamaba *Anarquistas, gracias a Dios*, y la autora –Zelia Gattai–, brasileña, era una desconocida en este país. También en el suyo, pues *Anarquistas, graças a Deus* fue su estreno literario y ella tenía por entonces 63 años de edad. El libro está dedicado, en primer lugar, “a Jorge, con amor”. También está dedicado a doña Angelina Da Col y a don Ernesto Gattai, sus padres.

“Yo”

En mi tercera o cuarta visita a esa librería de viejos y usados, una vez que se me hizo muy cuesta arriba seguir escarbando laderas de anaqueles en busca de gemas elusivas entre tanta ganga acumulada sin orden ni concierto, y ya convencido de que ese yacimiento había sido saqueado de lo que alguna vez pudo haber tenido algo de valor, pregunté al dueño por ciertos temas de mi interés. Mencioné, entre otros, al anarquismo, palabra deslizada con cierta cautela, una más entre otras. ¿Podría haber libros de esa “temática” en su librería? Por primera vez noté en el hombre una mirada atenta, escrutadora. Se alzó de su silla de madera y se dirigió, siempre en silencio, hacia un “atrás”, no a otro cuarto sino a la vuelta de un panel de libros que oficiaba de separador entre la nave principal de su dominio y una zona retirada, no permitida al cliente. Pronto regresó con un tomo encuadernado y me lo tendió, dejándome en suspenso. También su ánimo se había transformado. Parecía complacido, predispuesto a observar. No era un libro, sino una encuadernación –forrada en papel veneciano– que contenía publicaciones de los años 1895 y 1896. Era material antiguo y supe de inmediato que me lo iba a llevar, costara lo que costara, aunque por un instante temí que no estuviera en venta. De los catorce folletos cosidos en lomo, cuatro tenían sello de imprentas españolas, pero el resto había sido editado en Buenos Aires en un tiempo en que los anarquistas convencidos no debían ser más de cien o

doscientos, la mayoría llegados desde el otro lado del mar. La mitad de las publicaciones pertenecía a un grupo de afinidad llamado “La Expropiación”, y la otra mitad se correspondía con el sello “Biblioteca de La Questione Sociale”. Alguno estaba en idioma extranjero. Tres integraban la colección “Propaganda emancipadora entre las mujeres”, y un folleto en particular, cuya existencia no me era desconocida pero al que nunca había visto, se llamaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Tanto al inicio como al final de la encuadernación había varias páginas en blanco. En la primera estaba escrito un nombre, seguramente el de quien decidió congregarlos a todos juntos: F. Denambride. Y tras el último folleto esta misma persona había enlistado, en tinta china y numerándolos con caracteres romanos, los títulos de cada uno de los folletos. Le fue necesario añadir al orden uno que se le había traspapelado, justamente el del episodio de amor. Un lapsus quizás, secuela postrera de un suceso violento sucedido en 1896 y del cual fue protagonista. Sólo había otra inscripción, hacia la mitad de la encuadernación, en la contratapa de uno de los folletos, que rezaba: “Viva la Anarquía y Mueran los Usureros”. La firmaba “Yo”.

Lo malo en sí mismo

Piotr Kropotkin y Soledad Gustavo y Juan Montseny y Ana Mozzoni y Giovanni Rossi no cuentan en la historia de las ideas. Fichas de prontuario entonces, fantasmas de biblioteca hoy. Una vez abismados en su orco junto a esos réprobos anteriores a los que tanto les gustaba conmemorar, su caso quedó a cargo de eruditos y memoriosos, sin que su enigma político haya sido revelado ni cancelado del todo. De tanto en tanto, gente venidera presta atención, pues bajo tierra, los huesos siguen haciendo ruido. Su declive fue menos consecuencia de la inviabilidad o el infortunio que de una pertinaz voluntad de no adaptarse a lo inaceptable. Dado que no eran seres diestros en gradientes ni estaban interesados en evolucionar “con la época” o en recurrir a medios bastardos que deslegitimaran el fin procurado, su eventual supresión

era aceptada como gaje de oficio. Tampoco podía ser de otra manera. Las voces antípodas ponen el mundo del revés y no hay institución, agrupamiento, matrimonio o individuo que no tienda a tachar, cuanto menos neutralizar, los indicios que pudieran certificar que los motivos ordinarios de cohesión son, en esencia, fastidiosos, adversos o siniestros. En cuanto a la impericia anarquista para aclimatarse al medio ambiente, era el desenlace inapelable de su disgusto por la comedia, “la representación”. Muchas veces, antes que condescender, prefirieron desertar de la Historia. Siempre habría otra posibilidad de fracasar mejor.

Unos pocos más: Georges Étiévant y José Prat y Émile Henry y Ravachol. Una fauna variada y dispar, por no decir multiforme, que pastaba en torno a temas recurrentes y álgidos, se diría explosivos. La repulsa de las instituciones (“la fuerza del egoísmo convertida en derecho”), los burgueses (“alimañas que poseen muy desarrollado el instinto de conservación”), la religión (“una nube cargada de electricidad diferente de la nuestra”), la ley (“toda obligación impuesta es un crimen que llama a la revolución”), la explotación (“cangrejo social”), el matrimonio (“un círculo odioso”), las ergástulas (“cárceles y tribunales no disminuyen los crímenes, los siembran con profusión”), la sociedad actual (“sentina de todos los vicios, origen de todas las desgracias, monstruo devorador que jamás se sacia”), el progreso (“la máquina ha dado fruto solamente al especulador de tu trabajo”), el salario en sí mismo (“quitad esa piedra y el edificio burgués se derrumbará”), la resignación (“la torpe creencia de que hemos nacido unos para sufrir y ellos para gozar, y que la vida y los goces son legados forzosos de unos pocos y perpetua herencia reservada a los más”), y al fin, el misterio de la dominación de unos sobre otros (“la Gran Esfinge”). Y así sucesivamente.

No se sabe si eran invocaciones a lo imposible, consignas asignadas al anacronismo prematuro o juramentos contra el cielo y la tierra, pero todo dictamen venía espolvoreado con mecha centelleante. Y sin embargo no todo era reprobación y mandoble, también podían ser afirmativos y hasta líricos. Abundaba la toma de partido: por el proletariado (“crucificado colectivo”),

por el gran libro de la naturaleza (“la naturaleza nos dice, toma, y no, compra”), por el amor libre (“el hombre y la mujer son libres de entregarse o rechazarse cuando les plazca”), y por la Anarquía, usualmente escrita con mayúscula (“la supresión de todas las causas que dividen a los hombres”). Quizás la hipótesis que los orientaba, a saber, que el medio ambiente manda y que dadas vueltas las cosas todo cambia, era demasiado confiada. No por caer las cadenas a tierra desaparecen los fantasmas y tampoco las almas se purgan en un santiamén. Pero en lo esencial tenían razón, porque algo que es malo en sí mismo sólo puede engendrar más maldad aún. El lucro, la usura, la creación de más y más puestos de trabajo, la política entendida como lucha ascendente, la inteligencia humana puesta al servicio de la astucia y el engaño, la comprensión de la vida en sociedad como parada de gladiadores.

Dado que los anarquistas profetizaron que la “gerencia” del patrimonio común, de ser encomendada a vanguardias, expertos o representantes de alguna pléyade de víctimas acabaría transformando la vida social entera en un “convento autoritario” que ni siquiera exceptuaría a los afectados de ser alisados por el rodillo industrial, no quedaba otro camino que aniquilar la pirámide, porque su ápice –“la insolente orgía de unos pocos”– alucina a los más. No todos esos propósitos eran alcanzables entonces, y hoy ya resultan impensables, pero eran grandiosos y necesarios. Ser desatendidos sólo logró reforzar los fundamentos políticos del engranaje universal, lo que es decir el ciclo de la destrucción de cada vida que pasa por esta tierra. Y sin embargo, allí está todavía, la maldición, inscripta en uno de esos rayos que alguna vez terminan por descargarse desde un cielo sereno: “La lucha está abierta, la guerra de clases está declarada, habéis sembrado el viento, entonces cosecharéis la tempestad”.

Un lugar en el mundo

De todos los folletos, el más impactante se titulaba “Un episodio de amor en la Colonia Socialista Cecilia”. Se inicia –el epígrafe– con una prevención: “Si la verdad te espanta, no leas; porque este librito está, para ti, lleno de espantos”. Curiosa advertencia, pues de lo único que se discurría allí era sobre el amor. Amalgama de testimonio personal, detalladísima encuesta, crónica de un romance y también manifiesto de ideas, el escrito sostiene que no es bueno que los sentimientos amorosos sean legislados o cohibidos, y que más malo aún es supliciarlos e inmolarlos en nombre de la impotencia, la hipocresía o la resignación. El autor del folleto creía que estábamos ingresando en una era de palingenesia –de resurrección de los seres– en la cual serían posibles vínculos y placeres sinceros, espontáneos e irrestrictos: “Amar a más de una persona contemporáneamente es una necesidad de la índole humana”. Esta aseveración no concierne al adulterio ni a la poligamia, sino al horizonte forastero de las “libertades corpóreas”. La tirada de la publicación amontó a tres mil ejemplares, cifra nada desdeñable para un tema tabú, entonces y ahora, aunque no entre anarquistas, que no vacilaban en poner en locución pública designios improbables, y, en este caso, más bien encendidos, sino férvidos, como los que atizan la lumbre de los braseros. Piénsese que su órgano de difusión más importante en Argentina, el diario *La Protesta*, incluyó en primera plana, a comienzos del siglo XX, un llamamiento a los compañeros para que se desentendieran de los prejuicios con respecto a la virginidad de sus hijas. Lo cierto es que el “episodio de amor” a que hace referencia el título del folleto aconteció verdaderamente, hace más de cien años, en un lugar remoto del sur del Brasil donde unas cuantas decenas de inmigrantes llegados de Italia habían establecido una experiencia de vida en común. Las motivaciones que los trajeron desde tan lejos son comprensibles y desovillables, y hay historiadores que se ocuparon de ello. Más misterioso pudo haber sido el origen del viaje y la opción por el Brasil. Quizás episodio insólito o limítrofe en la historia de las corrientes migratorias del viejo mundo hacia este continente, o estampida maravillada hacia el espejismo por parte de creyentes que anhelaban vivir según leyes

propias, o auge y caída de un fogonero de empresas ensoñadas que acarreó a muchos en agridulce cruzada, o bien resultado del entendimiento, casi inverosímil y sin embargo plausible, entre un utopista y un rey, mediados por un artista. Ninguna de estas hipótesis se contradice entre sí, y a fin de cuentas, cuando mucho tiempo haya pasado, triunfará la que alcance rango de leyenda.

Los compañeros

Los folletos se subvencionaban con la venta pero también mediante suscripciones y con el auxilio de quienes aportaban algo de dinero, aunque hayan sido centavos de peso. En el folleto siguiente, escrupulosamente, se incluía la lista de aportantes. Dado que la policía no les prodigaba mucha empatía los contribuyentes adoptaban seudónimos o nombres de guerra, tales como “Marat” y “Frititis” y “Zapatero loco” y “Maratito” y “Poca plata” y “Uno que toca la guitarra” y “Dr. en papas” y “Un demonio” y “Un tiro que me den” y “El más atorrante del mundo” y “Uno que era patriota y se hizo anarquista”, o bien el “Grupo de doctores en tierra romana”. También dejaban asentadas truculencias y baladronadas algo torvas aunque donosas: “Échamelo en la olla”, “Mata vigilantes”, “Curto cuero de fraile”, “Bomba y bomba”, “Voy a ver si puedo quemar algún taller”, “Una joven que quiere el amor libre”, “Una señora anciana vuelta anarquista por ser este mundo lleno de farsas”, “Maldito sea el nombre de Dios que por ese vil misterio ha reducido a millares de infelices a la miseria y al trabajo perpetuo”, “Courage camarade, á la dinamite”, “Puñal y veneno, Oh”, y así muchos más. Por su propia naturaleza, el argot de las sectas efímeras o de bandadas fugaces suele desvanecerse sin que nadie alcance a ser su Herodoto, pero aquí toda una región del gracejo popular resurge del omitido subsuelo. Cabe enviar un saludo retrospectivo a los muchachos de “Sobrante de copas”, que sacrificaron un trago de más por el bien de la causa, y también a aquel otro que firmó “Nada”. Por cierto, y dado que los editores eran antagonicos a todo sistema de venta, el precio que

se abonaba por cada ejemplar no era unívoco: “De cada uno según sus fuerzas”. “Un indio”: este fue el santo y seña escogido por un aportante. Otro optó por “un gaucho”. Y otros se identificaron como “Refractario”, “Desterrado”, “Hijo del mundo” y “Cosmopolita”. Y hubo, al fin, alguien más que se hizo llamar “Uno que ya no sueña con Europa”. En efecto, del viejo continente habían llegado muchos, no solamente a este país sino a casi toda nación de Sudamérica. Dos de tantos se llamaron Francesco Gattai y Argia Fagnoni, oriundos de la Toscana, y en el barco que los llevó hasta el Brasil, en 1891, también iban cinco hijos suyos, cuyos nombres eran Ernesto, Aurelio, Rina, Guerrando, e Hiena. Ésta última, nacida pocos meses antes, morirá afectada por la desnutrición a poco de desembarcar en el puerto de Santos. El grupo familiar entero había partido de Génova para llegarse hasta una “comuna anárquica experimental” establecida el año anterior en un lugar llamado Palmeira.

Ruedas kármicas

Un tema que preocupaba a los autores de estos folletos era la condición de la mujer, acuciada por atavismos y sumisiones, o bien por su propia conformidad en protagonizar una farsa. Enfrenta –la mujer– dos tipos de enemigos. El primero asume rostros de sacerdote, magistrado, legislador, libertino, proxeneta y moralista, a los que se suma el marido. Si además es asalariada, y amén de padecer el yugo del capital, ha de contrarrestar –si puede– los caprichos del patrón o del mayordomo. Cuando no es cosa explotable, igual que todos, o bien mueble indispensable del hogar, es entonces carne de placer, también en horarios laborales, pues el secreto a voces, en esa época, de los abusos cometidos en contra de los aprendices de oficios, de ambos sexos, pierde en estas páginas su estado usual de sordina. El otro enemigo es ella misma. Cuando no languidecen –las damas burguesas– en “doradas prisiones”, la mujer lleva una conducta “apocada en unas, denigrante en otras, necia en las más”. La posición estructural de víctima sempiterna no explica toda la indignidad y tampoco se ahorran denuestos para con las congéneres inclinadas hacia “la soberanía de la frivolidad”.

Tales señoras, “disgustosa mezcla de artificio y coquetería”, y tales señoritas, “pintarrajeadas muñecas cuya mente es una vacía caja ósea”, son sus contrafiguras. No es que se rehuyera de afeites o galanteos, pero se repelían bobada y vanidad. En todo caso, se proponían desencorsetar la jaula de los afectos y derruir un par de instituciones: “Queremos sea abolido el mercado de la carne, desmonarquizada la familia, equilibradas las razones económicas del trabajo y de las recompensas, y que sean dados a la juventud los placeres del amor”. ¿Y cómo se logra ese querer? Aprontándolo catárticamente, sin diluirlo en incotejables promesas de muda gradual, puesto que el mañana no existe, sólo el día de hoy, y la libertad no es un proyecto sino elixir que se bebe en vida, o nunca. De allí las exhortaciones a eludir la tentación de exigirle derechos, puestos y salvaguardias a un sistema social que es, en sí, productor de dominación, no importa quienes sean sus eventuales o duraderos objetos de martirio. El patriarcado era inherente a toda forma de gobierno. De eso tenían certeza: “El enigma moderno –Libertad, Igualdad, Fraternidad–, empujado por la Esfinge de la Revolución, una vez resuelto, este será la Anarquía”.

Predomina –es el otro tema– un martirologio, el de los trabajadores, a los que la sociedad industrial, cíclica horca caudina, constriñe al tamaño del “limón estrujado”. Su cuadro es tétrico. De la vista panorámica ofrecida resaltan los focos de infección donde cunden “efluvios mefíticos”. Es el insondable precipicio de las barriadas obreras. Se nos relata una historia del estrago de la carne que anticipa en diez años las conclusiones del informe llamado “Estado de las Clases Obreras Argentinas” que en 1904 fuera preparado por el médico Juan Biale Massé a pedido del gobierno nacional. En suma, para los autores de estos folletos, la fábrica es el castillo feudal de la edad moderna. Allí dentro, según lo consigna Georges Étiévant, condenado a cadena perpetua, sólo hay “máquinas humanas donde la vida se reduce siempre a un mismo acto, indefinidamente repetido, reempezar cada día la vieja tarea, hasta que un día se rompa un rodaje de vuestro cuerpo o que usados y viejos, os releguen al olvido como no reportando suficiente utilidad”. En ese contexto –“cruentos suplicios”, “atrofia del proletariado”, “hiel burguesa”–, las mejorías parciales redundan en perfeccionamiento

de la máquina total en tanto el dolor hace presión sobre otras zonas de la realidad. En cuanto a las intenciones de socialistas y ulteriores progresistas, que preconizaban subas de jornal (“nada más despreciativo que el salario”), más puestos de trabajo (“la vituperable empleomanía”), e igualación de las condiciones de vida con las de sus explotadores (“burguesía de conciencia metalizada”), el encono de los anarquistas no podía ser más acen- tuado. La síntesis de la cuestión, apocopada por Pierre-Joseph Proudhon –“La propiedad es un robo”–, era para ellos artículo de fe. Más lacónicamente: “No es justo”.

Historia real

Si se conjugan datos fehacientes, alguna presunción de lazos, y un mito de origen a ser desenmarañado de las tretas de la memoria pero no desactivado, porque es indecible, esta historia, admisiblemente, podría comenzar así: por lo general, a fines del siglo XIX, si un monarca y un anarquista cruzaban sus pasos, la situación se resolvía malamente para alguno de los dos. Pero no fue ese el caso de Pedro II, de la Casa de Braganza, emperador del Brasil, y el del italiano Giovanni Rossi, alias “Cardias”, o sea “corazón”, un agrónomo, botánico, veterinario y músico que desde joven venía predicando la necesidad de vivir, aquí y ahora, de la forma más libertaria posible, y que además daba conferencias en favor del amor libre. Ya en 1873, a los dieciocho años, había presentado a la Asociación Internacional de Trabajadores un proyecto para llevar a cabo una comuna socialista en la Polinesia, moción que fue denegada. Pero Rossi no cejaría. Un tiempo antes de cruzar su destino con el del Emperador del Brasil promovió una experiencia comunitaria de campesinos en Cremona, fracasada. También editó, por un año, *Lo Sperimentale*, apenas cinco números. Pero aunque Giovanni Rossi hubiera deambulado por muchas ciudades promocionando su ideal y hasta publicado avisos en la prensa a fin de reclutar contingentes de hombres y mujeres dispuestos a implantar una comunidad sin leyes injustas ni puritanas, carecía de suelo firme donde asentarla. Le era preciso encontrar un lugar en el mundo.

Ocurrió que Giovanni Rossi tenía un pariente en Milán, “il Maestro Compositore Lauro Rossi”, músico de renombre que alguna vez vivió en México y en Cuba, y por intermedio suyo trabó amistad, hacia 1887, con Carlos Gomes, el autor de *O Guarani*, la primera ópera brasileña. Gomes vivía en Milán, habiendo sido becado por Pedro II para que afinara su conocimiento del pentagrama y para la fecha de su encuentro con Rossi estaba preparando el estreno de *Lo Schiavo*, ópera basada en la novela homónima de José de Alencar que celebraba la lucha de los siervos por su emancipación. También aguardaba la llegada a Italia, para abril de 1888, de su benefactor, don Pedro II, llamado “El Magnánimo”, un rey que se negaba a tener esclavos, caso distinto de los terratenientes que lo derrocarían al año siguiente para instaurar la República, que sí los poseían en abundancia. Fue Carlos Gomes quien sugirió a Giovanni Rossi escribirle una carta al rey explicándole su proyecto “experimental” y tal parece que sendos amigos se encaminaron hacia el hotel donde se hospedaba el monarca para llevarle la propuesta, que les fue recibida por el barón, conde y vizconde Claudio Velho da Mota Maia, profesor de anatomía y fisiología en la Academia de Bellas Artes y médico de la Casa Imperial.

Una vez regresado a sus dominios Pedro II leyó la carta, o alguno de los folletos firmados por Rossi, *Il Commune in Riva al Mare*, o bien *La Comune Socialiste*, y algo impresionado por el atrevimiento y por la solicitud en sí misma, habría concedido a Giovanni Rossi y los colonos que éste pudiera alistar el usufructo de 300 alqueires de tierra en el sureño Estado de Paraná, lindante con la provincia argentina de Misiones, cuyo costo debía ser reembolsado en forma diferida. Extraño como pueda parecer, la adjudicación no supone una paradoja. Pedro II era hombre culto, conocedor de ideas, y durante su largo reinado, entre 1831 y 1889, comenzado a los cinco años de edad, pasó buena parte de su tiempo estudiando y reuniendo una biblioteca de sesenta mil libros, así como examinando el cielo desde el observatorio astronómico que hizo instalar en su palacio. En verdad, este rey que se carteaba con sabios de todo el mundo y que incluso conoció a Friedrich Nietzsche, soportaba mal su elevado cargo y quizás hubiera preferido –según confió a su diario personal– consagrarse

a las letras y la ciencia. En lo que concernía a los anarquistas extranjeros a quienes autorizó a ocupar esas tierras, Pedro II estaba menos preocupado por sus propósitos subversivos que preocupado por el aporte que su laboriosidad e instrucción podían hacer a su país. En cuanto a Carlos Gomes, el músico más importante que tuvo el Brasil en el siglo XIX, le siguió siendo fiel al rey una vez que éste fue destronado, negándose al encargo de la nueva república de componer el himno nacional de los ahora denominados “Estados Unidos del Brasil”.

La historia de lo que sucedió en el sur del Brasil es lo que Giovanni Rossi contaría en el folleto *Un episodio d'amore nella Colonia Cecilia*, publicado en 1893, antes del final mismo de la experiencia, en la ciudad de Livorno por la editorial Sempre Avanti. Un año después fue vertido al francés y al alemán, y hacia 1896 al portugués en el Brasil, y al castellano en Buenos Aires, y por un tiempo el folleto fue muy comentado por la prensa anarquista de varios países. Su traductor al castellano fue José Prat, alias “Urania”, un anarquista gallego de origen catalán –y por un tiempo “catalán” fue, en Argentina, eufemismo por ácrata– llegado en 1897 desde Inglaterra una vez sorteada la persecución de las autoridades españolas. Aunque en Argentina sólo permaneció por un año, se mantuvo activo, integrándose al grupo redactor del diario *La Protesta* (que reeditaría el folleto sobre la Colonia Cecilia en 1920) y colaborando con Fortunato Serantoni en *La Questione Sociale* y en su sucesora, la revista *Ciencia Social*. También enviaría colaboraciones a *El Corsario*, y a *El Rayo*, y a *Anticristo*. Más adelante editaría la revista *Natura* –era naturista– y publicaría el opúsculo *A las mujeres*, una conferencia suya sobre el amor libre y la emancipación femenina.

Los editores

Un lugar donde podían ser conseguidos era la Librería Sociológica, localizada en la avenida Corrientes, entre Ayacucho y Junín. Justamente su dueño, Fortunato Serantoni, editó los folletos que portan el sello *La Questione Sociale*, además nombre de la revista que, desde 1894, y en italiano y en castellano, estaba a cargo suyo. Había llegado desde España hacia 1892, y en Buenos Aires estuvo próximo a “Los Desheredados”, grupo activo en el barrio de Almagro –editaban el periódico *El Perseguido*– y muy hostil a toda forma de organización que trascendiera el clan de afines. Ni siquiera disculpaban a los sindicatos. Digamos que la “organizomanía” no era lo suyo. Los remanentes de este grupo y de ese periódico se congregarán en “La Expropiación”, y editarían la otra mitad de los folletos, la más incandescente. Pero Serantoni, de oficio marmolista, tomaría distancia y se puso del lado de los partidarios de organizar las cosas. Entre otras, y sin casi hacerse notar, se ocupó de lubricar varias vías de llegada de material impreso prohibido.

Ya desde antes de ser expulsado de Italia, joven aún, tenía currículum. Con dieciocho años de edad Serantoni fue promotor del periódico *Il Sataná*, y más adelante de *Il Vero Sataná*. También sobrellevó varias estadías en cárcel, un año entero una de ellas, combinadas con colaboraciones enviadas a *Il Ladro* e *Il Petrolio*, título que hace referencia a las bombas manufacturadas con ese material. Ya en Argentina eligió para su revista el nombre *La Questione Sociale* probablemente porque el anarquista Errico Malatesta, cuya reputación era mundial, había optado por el mismo para sendas publicaciones suyas salidas en Buenos Aires y en Florencia, ciudad natal del propio Serantoni. Su revista perduró hasta 1896, y luego, por tres años, editaría una nueva, *Ciencia Social*. Cuando a fines de 1902 el Estado Argentino promulgó la Ley de Residencia, que posibilitaba la expulsión urgentísima de extranjeros “indeseables”, más de cien en apenas una semana, Serantoni escapó a Montevideo –su librería había sido allanada– y luego anduvo zigzagueando entre España y Francia hasta culminar su jornada en suelo italiano, donde murió en 1908 a poco de salir de su último encarcelamiento por apología del delito. Años antes había fallecido Comunardo, aún pequeño, el hijo que Fortunato había tenido con su compañera Isabella.

Existían varios grupos de afinidad, entre otros Los Atrantes, Los Descamisados, Los Hambrientos y Los Desautorizados, como así también las cofradías El Errante, Amor Libre y Los Desheredados, agrupación esta última que devendría en La Expropiación. El arpón de este grupo, entre 1890 y 1896, fue *El Perseguido*, periódico furiosamente individualista y rabiósamente anti-organizativo, y tendiente a justificar la “propaganda por el hecho”, es decir los atentados. A pesar de que en su primer número, con respecto a ellos mismos, se delinearon como “vagabundos, malhechores, la canalla, la escoria de la sociedad”, y de que en la portada, acerca de su periodicidad, alertaban que “Aparece cuando puede”, llegaron a sacar cien números, con tiradas que fluctuaron entre los mil y los cuatro mil ejemplares, alcanzando alguna vez los siete mil, que era mucho para la Argentina de entonces. *El Perseguido* fue punto nodal de una constelación de publicaciones anarco-individualistas, entre otras *Gli Incendiari*, *Il Pugnale*, *I Malfattori*, *El Ciclón* y *Demoliamo*. Ésta última promocionaba justamente eso: las demoliciones. Además de Serantoni, que estuvo en un inicio, tanto Orsini Bertani como Francisco Denambride fueron miembros del periódico, y ambos acabarían enfrentados por un asunto “de faldas”. Cabe consignar que Denambride, el hombre que hizo encuadernar los folletos encontrados en Pueyrredón y San Luis, decidió aunar ambas corrientes, la que repelía la organización y la que la fomentaba, en un solo y mismo tomo.

Por cierto, editar publicaciones, demasiadas veces en condiciones de penuria e ilegalidad, no sólo suponía integrarse a la riada de letras de molde que fue propia de esa época de alfabetización y periodismo. Era, por derecho propio, obsesión de los anarquistas, persuadidos de que las palabras, de serles extirpada la espoleta, podían cuartear el mundo, y por eso muchas veces arraigaban en el oficio de tipógrafo o se esforzaron en montar imprentas que les eran una y otra vez confiscadas o destruidas. ¿Y qué es lo que pretendían? En sus propias palabras, “un mundo sin ejércitos, sin cañones, sin fronteras, sin barreras, sin cárceles, sin magistratura, sin policía, sin leyes y sin dioses, con hombres y mujeres reconciliados con la naturaleza y con ellos mismos”. Dicho así, parece un mensaje del espacio exterior, pero eso, la execración del mundo burgués, era su programa de

mínima, al que añadían la promoción de una moral sin sanción ni obligación y la convicción de que todo es de todos, pues se es copropietario de la Tierra. Eran plegarias que les eran susurradas por todas las vidas marchitadas desde el comienzo de los tiempos, pero también consignas que se hacían cargo de las frustraciones del hombre moderno. Con respecto a la relación que pretendían tener con el mundo tal cual era, tenían muy en claro su principio de higiene mental, resumido en esta frase: “No queremos respetar nada de todo lo que existe, porque es falso, ficticio y mentiroso”. De allí que su jurisprudencia entera cupiera en esta piedra: “De aquí en más, haz lo que quieras”. Es un lema para el fin del mundo.

Infancia en Paraíso

No es habitual comenzar una carrera literaria con más de sesenta años de edad. De modo que, cuando en 1979 Zelia Gattai mandó a imprenta *Anarquistas, gracias a Deus*, no pretendía hacerse de un nombre sino contar una historia, la suya, la de su infancia y adolescencia transcurridas en el barrio Paraíso de San Pablo. Es una obra memorialista, o evocativa, hilvanada con suave, sonriente y entrañable nostalgia. Tanto cariño. Quisiera uno, luego de leer sus recuerdos, haber nacido y vivido en ese tiempo, en esa ciudad, en esas calles, entre vecinos sin fortuna que arribaban de todas partes para enraizarse a los esfuerzos, supersticiones y prodigios de todos los días. Todavía se escuchaba música en gramófono de corneta y manivela, y un día a la semana los cines ofrecían “soirée de damas”. No hormigueaban automóviles por las calles, no aún, y los vuelos en avión eran recientes, cosa de ricos. El ritmo de la vida era lento, el tiempo duraba más. Aquel mundo era sacrificado, engañoso y trágico, como el de todas las épocas, pero algo menos cínico y polucionado que el nuestro. Y a pesar del tardío brote de su vocación literaria, y de que en el Brasil regía una dictadura, no le fue nada mal al libro de Zelia Gattai, que llegó a vender doscientos mil ejemplares, y a devenir, eventualmente, en miniserie televisiva, o telenovela, como se les dice en Argentina. Y ella seguiría escribiendo, quince libros más, casi todos de

recuerdos, y, ya octogenaria, fue admitida como miembro de número de la Academia Brasileira de Letras.

Más que autobiográfico, el suyo era un libro “intimista”. Cada breve capítulo –son muchos– parece una lenta toma fotográfica, resultando el conjunto un montaje de reminiscencias urbanas de un San Pablo todavía amable y del que están ausentes la pujanza y celeridad del impetuoso dinamismo que es hoy. Mayormente se cuentan sucesos familiares, anécdotas de la vida barrial, y se rememoran algunas transformaciones urbanas significativas. Y aunque sobresale algún que otro acontecimiento extraordinario, mucho más lo hacen los cotidianos, que a fin de cuentas son los que determinan el temple y los estados de ánimo de la persona que alguna vez será adulta. Un centro de gravedad de *Anarquistas, graças a Deus* son los padres de Zelia, Angelina da Col y Ernesto Gattai, anarquistas ambos y enlazados en matrimonio a la edad de quince años, ella, y dieciocho, él. También es continua la presencia de sus hermanos y la de la casa misma, situada en la encrucijada de Santos con Consolação. Angelina era hija de inmigrantes y se ocupaba de las labores de la casa, en tanto Ernesto, que de niño había vivido en la Colonia Cecilia, primero fue chofer de un potentado que residía en Higienópolis, y más luego trabajó toda su vida en taller mecánico propio.

El relato de Zelia ondula entre hechos que concernieron a su educación sentimental y sensorial y aquellos otros que puntuaron la apertura al gran mundo allende el barrio de infancia, hayan sido la lectura de las novelas sociales de Émile Zola y Víctor Hugo como la concurrencia familiar a conferencias de disertantes libertarios o la participación en la intensa y frustrada campaña para evitar la injusta ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos. Suicidios y notables son los camafeos de olvidados hombres de ideas y acción, como el sanguíneo y brioso Conde Francesco Frola, ex diputado italiano forzado a exiliarse en San Pablo que diseminó el antifascismo por varios países sudamericanos, incluso en la Argentina, donde por un año dirigió el periódico *La Giustizia* hasta que la sección “Orden Social” de la policía local lo conminó a volverse al Brasil. O bien el caso de Gino Meneghetti, llamado “O maior gatuno de América Latina”,

un ladrón solitario que vivía en la Rua da Abolição y sólo robaba en palacetes de gente pudiente (también en Buenos Aires, adonde viajó para hacer de las suyas). Un día la policía logró acorralarlo arriba de un tejado, ya sin municiones, salvo por las imprecaciones que siguió lanzándoles: “¡Eu sou Meneghetti! ¡O César! ¡O Nerón de São Paulo!”. Preso incorregible, lo tuvieron treinta años en prisión, pero se fugó cuantas veces pudo. Morirá en San Pablo, cercano a los cien años de edad, en compañía de sus hijos Lenin y Espartaco. Nunca se arrepintió de sus fechorías y alguna vez, entrevistado en la cárcel, declaró a un periodista: “El comerciante es un ladrón que tiene paciencia”.

Pero no siempre resultó congruente crecer en casa de padres “librepensadores”, sobre todo en épocas de carnaval. Ernesto Gattai no permitía que sus vástagos concurrieran a las carnestolendas del barrio, no ya porque el pobrerío terminara haciendo de comparsa para la burguesía –también ese era el criterio del anarcosindicalismo argentino–, sino, sobre todo, porque don Ernesto temía, un poco infundadamente, que las tentaciones de la carne en esos días de todo vale encontrarán escasa resistencia espiritual por parte de sus hijas. Cierta vez, ya adolescentes y hartas de la rígida veda anual, las hijas confrontaron al padre: “¿Por qué nos prohíbe ir al carnaval, acaso usted no es anarquista, no cree en la libertad?”. “Io sono anarchico”, les retrucó Ernesto Gattai, “*ma non troppo*”. Nárrase en el libro, además, la creciente curiosidad de los niños por la historia familiar previa a sus nacimientos y el modo en que sus padres van revelándoles arcanos y antecedentes. También cuenta Zelia las búsquedas de intimidades acometidas sin permiso ni conocimiento de los mayores, tal como el asalto a un supuesto tesoro oculto en un ropero cerrado con llave que sólo reportó la existencia de fotografías antiguas y algunos libros que, más que apartados, estaban resguardados del paso del tiempo, entre ellos títulos de Bakunin y Kropotkin, más un viejo folleto, *Il Commune in Riva al Mare*, firmado por Giovanni Rossi, a quien, cuando Angelina da Col y Ernesto Gattai mencionaban, lo hacían con vibrante emoción, pues de los sueños de aquel hombre había dependido el destino posterior de la familia entera.

A pesar del sugestivo título de su libro, no dedica Zelia Gattai tanta atención a las ideas anarquistas de sus padres. Allí están, y de tanto en tanto reaparecen como rumores de fondo, o latidos de sueños en otro tiempo recurrentes pero ya amustiados por la dolorida asunción de que hay cosas en la vida que se van volviendo inviables, aunque no para la policía, que encarceló a don Ernesto cuando Getúlio Vargas llegó al poder. No obstante, cada tantas páginas, reaparece el recuerdo de una pintura al óleo enmarcada en la sala principal de la casa, una alegoría poblada de escenas tremendas, por no decir tremebundas. En un lado del cuadro hay un sacerdote, erguido y babeante, cabeza encasquetada con sombrero de ala ancha, en la mano aferra un puñal ensangrentado mientras a su lado lloran varias personas enlutadas. Uno y otros representan a la Inquisición y a las familias de los martirizados. En otra zona se ven ruinas y escombros y muertos y heridos que remiten al sinsentido y horror de todas las guerras. Ya idos, siguen clamando contra el militarismo, que es campo de destrucción más que del honor. En el centro, una mujer desnuda de larguísima cabellera sostiene una antorcha encendida, las muñecas aún engrilladas pero ya rotas las cadenas. Es el Ideal Anarquista iluminando el mundo. Y al fin, en una esquina, el retrato de Francisco Ferrer y Guardia, el pedagogo libertario fusilado en 1909 en el foso del castillo de Montjuich, en Barcelona.

Ese cuadro, ya desde el tiempo de la Colonia Cecilia, pertenecía a Francesco Scipione Gattai, el abuelo de Zelia, que antes de morir lo transfirió a su hijo Ernesto. Poco se nos dice sobre Francesco Gattai, pues falleció cuando Zelia tenía apenas dos años de edad, pero sabemos que llegó al Brasil en 1891 desde Génova junto a esposa y cinco hijos. También sabemos que poco antes de embarcar se apersonó en una oficina pública a fin de dejar constancia del nacimiento de su beba más reciente. Para ella había elegido el nombre Hiena. Un empleado intentó disuadirlo: “Señor, ¿cómo puede ponerle a una niña inocente el nombre de un animal repugnante como ese?”. Francesco le respondió: “Si el Papa puede llamarse León, ¿por qué mi hija no puede llamarse Hiena?”. Se refería a León XIII, el Papa número 256, cuyo predecesor, el 255, había sido Pío IX, y el sucesor, el 257, Pío X. Una vez fracasada la experiencia de la Colonia Cecilia

Francesco Gattai afincaría a su familia en San Pablo, viviendo del oficio de electricista. Su esposa, Argia Fagnoni, abuela de Zelia, murió en 1898, y pasados veinte años, en 1918, se fue él, según lo informó por entonces el periódico *Crônica Subversiva*, dirigido por Astrojildo Pereira, un anarquista intransigente que tres años después fundaría el Partido Comunista do Brasil.

Compendio

Mozzoni, Ana María. Italiana, feminista, otrora fourierista, mitad librepensadora y mitad socialista, fue la fundadora de la Lega Promotrice degli Interessi Femminili. Merlino, Salvatore, también italiano, alguna vez forzado al exilio. A su regreso, y al momento de la publicación de su folleto en Buenos Aires, estaba en prisión. Mañé Miravet, Teresa, cuyo seudónimo era “Soledad Gustavo”. Maestra española que pocos años antes había escrito un cuadernillo en favor del amor libre, editado en Montevideo. Al publicarse su folleto “A las proletarias” estaba a punto de ser desterrada, a Londres, Inglaterra, y si bien regresaría a su patria, donde dirigió *La Revista Blanca* y el periódico *El Luchador*, morirá del otro lado de la frontera, tras los Pirineos, apenas terminada la Guerra Civil. Kropotkin, Piotr Alekseyevich, nacido príncipe. Geógrafo, naturalista de vocación y anarquista por convicción, uno de sus padres fundadores. Ligó siete años de cárcel en Rusia –logró fugarse– y en Francia. En algún tiempo, de joven, fue ayudante personal del Zar de Todas las Rusias, pero luego pasaría casi toda su vida en el exilio y siempre editando su periódico *Freedom*. En 1917, transcurridas cuatro décadas, volvió a casa, y allí murió, en 1921, cerca de Moscú. A su funeral concurren cien mil personas y fue el último acto anarquista permitido en la naciente Unión Soviética. Montseny, Juan, también conocido por sus alias “Federico Urales”, “Siemens” y “Ricos de Andes”. Tonelero, sindicalista, maestro de escuela y director de las publicaciones *Tierra y Libertad*, *El Escándalo* y *La Revista Libre*. Cabe mencionar algunas obras suyas: *El hombre adúltero*, *La mal casada*, *La reina de la belleza y el dolor*, *Las que tienen y las que no tienen marido*, *La repudiada*, *Las novias con y sin hijos*, *La mujer caída*, *Los hijos*

del amor, Lluvia de flores. Para 1895, fecha de publicación de su folleto, y luego de un año encarcelado, vivía desterrado en Londres, al igual que Kropotkin. Regresó a España, participó de la Guerra Civil, y cruzó la frontera en 1939 sólo para ser encerrado en el campo de concentración de Saint Laurens, acabando sus días en confinamiento obligado por orden del gobierno colaboracionista del Mariscal Petain, que gobernaba la república títere de Vichy.

Y además, Georges Étiévant, tipógrafo anarco-individualista muerto en la isla de la Salvación, una de las tres islas del Diablo. O el franco-español Émile Henry, guillotinado a los veintidós años por haber intentado vengar, en 1894 y par de bombas mediante, el paso previo por la cuchilla de Auguste Vaillant, compañero de ideas que había arrojado un explosivo en la Cámara de Diputados. Por cierto, Fortune Henry, el padre de Émile, un *communard*, en su momento también había recibido condena a muerte, “in absentia”. Al momento de ser juzgado, cuando el magistrado le espetó a Émile Henry, “Todos pudimos ver tus manos cubiertas de sangre”, no lo ayudó mucho haberle respondido “Mi mano está tan cubierta de sangre como enrojecidas están sus ropas”. Y al fin Ravachol, apodo de François Claudius Koëningstein, cartonero, acordeonista y tintorero cuya cabeza también terminó seccionada por la guillotina. De joven había quedado convertido a “las ideas” tras escuchar una conferencia anticlerical dada por la feminista y revolucionaria Paule Mink, una mujer formidable a cuyos dos hijos bautizó con los nombres Lucifer Vercingetorix y Espartaco Revolución. Muy afectado por los catorce muertos que dejó la carga policial contra la marcha de trabajadores del 1º de mayo de 1891, Ravachol preparó varias marmitas explosivas y las hizo estallar, dejando un tendal de muertos. Al preguntarle el juez de instrucción de su caso, “¿Qué llevaba usted en su maleta?”, se le respondió: “Dinamita, sebastina, pólvora y pistones para cebar”. Fue castigado con la pena máxima. Al llegar su día último Ravachol se encaminó hacia la máquina de ejecución cantando.

Puede tenerse una idea del genio y el temple de estas personas a través de este breve diálogo que en 1892 mantuvo Georges Étiévant en el Tribunal de Versalles con el juez que se disponía a juzgarlo:

Juez: Levántese.
Étiévant: ¿Por qué he de levantarme cuando usted sigue sentado?
Juez: Porque yo soy magistrado y usted un acusado.
¿Su nombre?
Étiévant: ¡Y a usted qué le importa!
Juez: Frecuentaba usted grupos anarquistas.
Étiévant: ¡Siempre es mejor que ir a misa!
Juez: Sea serio.
Étiévant: ¿Por qué? No reconozco a nadie el derecho a interrogarme. Estoy decidido a no responderle nada de nada.
Juez: Estoy aquí para interrogarle.
Étiévant: Y yo, para no dejarme interrogar.
Juez: Yo aplico la ley.
Étiévant: ¡La ley es variable y no puede ser la expresión de la justicia!
Juez: Estamos aquí para hacerla ejecutar.
Étiévant: Y yo, para violarla”.

En aquella ocasión Étiévant fue condenado a cinco años de cárcel por complicidad con robos de dinamita. Una vez salido de la prisión, y en apariencia exiliado, recibiría nueva pena de tres años entre rejas por causa de declaraciones suyas. Atrapado al fin en 1898, luego de batirse con dos policías, fue penado con la muerte, conmutada por la de reclusión a perpetuidad en una isla frente a la costa de la Guayana, por entonces posesión francesa. Allí sucumbió. Mucho antes, durante su juicio, había dicho: “Por el hecho mismo de su nacimiento tiene cada uno de nosotros el derecho a vivir y ser feliz”. Siendo una premisa benéfica y promisoria, y aunque en vastas zonas retóricas de estos panfletos tintineen las campanillas de la armonía y la benignidad, no por ello se equilibra el apasionado tono de indignación y cólera que retumba en cada una de sus páginas. Aunque el anarquismo abogaba por una vida de “amor, libertad y sabiduría” opuesta a otra de “odio, tiranía e ignorancia”, la opinión pública y las autoridades de su época no fueron indulgentes con “la Idea”, nada de eso, más bien primó la incomprensión y la represalia desmedida y sanguinaria. Era inevitable que lágrimas de fuego afloraran en el alma de muchos anarquistas, motivándolos a desquitarse con actos irreflexivos y a fin de

cuentas perjudiciales para su causa. Y si en estos panfletos porteños se reivindica a varios “atentadores” y hay reconcentración de ira en la tinta, no es por mera conformidad con los hechos sino por aborrecimiento hacia la guillotina, el garrote vil y el pelotón de fusilamiento. Pacíficos los más, capaces de acciones enloquecidas otros, batalladores todos, los ácratas se reconocían en este lema impreso en la portada de uno de los folletos: “NI DIÓS NI AMO NUESTRO ENEMIGO ES NUESTRO AMO”.

La colonia

El primer grupo de colonos partió de Genova un 20 de febrero de 1890 en el barco *Città di Roma*. Eran cinco hombres –Giovanni Rossi entre ellos– y una mujer. Si bien el primer destino idealizado habría sido el Uruguay, las noticias sobre luchas fratricidas entre blancos y colorados lo hicieron desestimar. Optaron por el Brasil. Dos semanas después los seis anarquistas pudieron avistar la bahía de Guanabara, en Río de Janeiro, y una vez atracado el navío recibieron albergue en el hotel de los inmigrantes, la Hospedaria da Ilha das Flores, frente a la ciudad. De allí rumbo hacia el sur en el vapor *Desterro*, hasta llegar a Paranaguá, en el Estado de Paraná, aunque el desenlace final del itinerario se cumpliría tierra adentro, en un lugar llamado Palmeira. Curioso: tres meses antes el emperador Pedro II había sido forzado a subir al buque *Parnahyba*, al mando del capitán de fragata Palmeira, para ser transportado hasta esa misma Ilha das Flores, donde se lo trasbordó a otro que lo condujo al destierro europeo. Había sido destronado por oligarcas que establecerían una forma de gobierno republicana.

A comienzos de abril los colonos arribaron a una región distante unos cien kilómetros de Curitiba, la capital de Paraná, donde improvisaron un campamento, y ya el primer día hicieron flamear la bandera negra. El sitio quedaba entre los poblados de Palmeira y Santa Bárbara, lo que es decir entre el idilio y el polvorín. Era tierra prometida, aunque algo yerma. Seguramente no economizaron entusiasmo ni esfuerzos, pero los primeros tiempos han de haber sido difíciles. No tenían un cobre, no

hablaban el portugués, desconocían la cultura del lugar, sobre todo no eran campesinos, sino, la mayoría, artesanos u obreros. Nada sabían de labores agrícolas ni habían previsto demasiado, y por meses y meses las condiciones de vida no fueron nada confortables. Y además, al principio, eran pocos, no más de diez. Ya llegarían otros pioneros, bastantes más, y mientras tanto, en el centro del asentamiento de casas de chapa establecieron un lugar para reunirse en común al que llamaron “Casa d’Amore e Fratellanza”. En septiembre nació el primer niño, Giuseppe.

Al finalizar ese año 1890 Giovanni Rossi regresó a Italia por seis meses en busca de nuevos voluntarios para la colonia. Reclutó hombres y mujeres en Pisa –su ciudad natal–, en Milán, en Brescia, en Livorno, en Cremona, y también en Turín, Parma, Génova y La Spezia. A comienzos de 1891 ya había unos treinta moradores en la Colonia Cecilia; un año después eran cuarenta; y al iniciarse 1893 se contaban sesenta y cuatro habitantes, incluyendo niños. Es difícil saber cuánta gente pasó por la colonia en esos años, pero es probable que hayan sido unas doscientas personas, quizás algunas decenas más, aunque los constantes fueron menos y no todos eran anarquistas. Sin duda el ensueño que los sostenía era robusto y frondoso, podía ascender incluso hasta la Luna, pero la verdad es que los cimientos eran de cristal. De a poco la subsistencia se les fue volviendo trabajosa; los víveres, insuficientes; y el ánimo debió haberles fallado muy a menudo. Inevitablemente, hubo divergencias, en parte por las presiones contextuales, en parte por pugnas de personalidad. Muchos bajaron los brazos y se integraron a la marea de inmigrantes europeos ya asidua en el Brasil. Otros regresaron a Italia. El propio Giovanni Rossi, un poco desanimado, dejó la colonia pocos meses antes de su disolución. No obstante, mal que mal, la experiencia anarquista en Palmeira logró sobrevivir a varias crisis, y eso que nunca hubo allí organización directiva ni tampoco reglas de cumplimiento permanentes. Las decisiones se tomaban por consenso, respetando únicamente el lema que podrá leerse en uno de estos folletos: “Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo”.

Muchas fueron las causas que confluyeron en el final de la colonia: la pobreza, el desconocimiento de las labores de la tierra, la dificultad de arraigo, el exceso de integrantes en

condiciones aún desfavorables para contenerlos a todos, la guerra civil que irrumpió en la región, las suspicacias del nuevo régimen republicano, y el mal de la desilusión. En fin, el entusiasmo menguó, aunque algunos de los más jóvenes persistieron por un tiempo más. En abril de 1894, cuatro años después de su fundación, los últimos colonos dejaron el lugar. Pasado mucho tiempo Giovanni Rossi dirá que ese experimento comunitario no había desaparecido por causa de la escasez de recursos, sino porque se encontraba solo en el mundo: “Si el mundo entero se hubiese vuelto Ceciliano, sostengo que la Colonia Cecilia aún subsistiría”. Lo cierto es que el mundo no era “ceciliano” y menos que menos las cercanías. Considérese que los anarquistas que fallecieron por entonces debieron ser sepultados en terreno improvisado, pues la iglesia católica más adyacente no los aceptó en camposanto. Hasta el día de hoy, a ese solar se le llama “Cemitério dos Renegados”.

Terminaron dispersos. Algunos dejaron huella en la zona, sobre todo en Curitiba, donde florecerían dieciséis periódicos anarquistas en los siguientes veinte años, sin contar los sindicatos. Otros se unieron a las filas de los “maragatos”, puesto que el último año de existencia de la colonia coincidió con el inicio de la “Revolución Federalista”, un intento de independizar a los Estados de Paraná y Río Grande do Sul. La sedición contó con la participación en lucha de un batallón de inmigrantes italianos y de otro de polacos, a los que se sumaron connacionales de la provincia de Corrientes y seguidores del caudillo uruguayo Aparicio Saravia. De un lado, los maragatos, que eran monárquicos y descentralizadores; del otro, los pica-paus, o sea “chimangos”, republicanos y centralistas. Cuando al fin acabó el enfrentamiento, en 1895, con el triunfo del gobierno central, diez mil hombres habían expirado en los campos de batalla. En esa contienda Giovanni Rossi ofició de médico, con rango de capitán, aunque se negó a usar uniforme y dejó en claro que no se sometía a ninguna autoridad del bando en conflicto, el suyo, el “maragato”, también el perdedor, de modo que tuvo que esconderse por un tiempo. Por cierto, los restos de la Colonia Cecilia aún existen, pero el actual propietario de las tierras no permite visitas.

Cacao

Cuenta Zelia Gattai en sus memorias que la casa paterna era visitada por amigos y conocidos de la colectividad italiana de San Pablo, muchos de ellos de ideas “avanzadas”. Un huésped asiduo era Oreste Ristori, que devino en su mentor literario. Fue él quien le pasó a una Zelia todavía adolescente la novela reciente de un conocido suyo, un muchacho “flaquito, vivo e inteligente” oriundo del norte, de la ciudad de Bahía, aunque por esa época estudiaba leyes en Río de Janeiro. *Cacao*, ese era el título, y era el segundo libro que publicaba en su vida. Pero escribiría más, muchos libros más, en total cincuenta, que fueron publicados en cincuenta países distintos y traducidos a cincuenta idiomas del mundo. Nadie, en la historia de la literatura brasileña, tuvo más éxito que él. Su nombre de pila era Jorge y es el hombre mencionado por Zelia, “con amor”, en la dedicatoria de su *Anarquistas, graças a Deus*.

El incendio y la plaza

Oreste Ristori, el hombre que prestaba libros a Zelia, era corajudo y determinado, y llevó una vida insurrecta. De joven estuvo entre rejas y también dos veces confinado, en Diómedes, islote del mar Adriático, y en la isla Pandataria, en el Tirreno. En 1902, ante nueva persecución, se vino clandestino –polizonte– a Buenos Aires, aunque al poco tiempo le sería aplicada la “Ley de Residencia”, o sea que fue eyectado hacia Italia, si bien se escabulló del barco en la escala montevideana. Allí se reencontraría con Orsini Bertani, también expulsado, y con Fortunato Serantoni, el editor de los folletos. Buenos Aires debía gustarle a Ristori, pues por dos veces regresó y cada vez fue nuevamente echado hacia la República Oriental. En 1904 ya está en San Pablo y editando *La Battaglia*, con páginas en italiano y portugués, aunque hubo de languidecer en prisión un año entero por denunciar el hábito de la depravación sexual en los colegios eclesiásticos. En 1916 otra vez se instala en Buenos Aires, guareciéndose bajo el subrepticio nombre de Cesare Montemaggiore, y aquí lanzó *El Burro*, periódico satírico y enfáticamente anticlerical. Atrapado por la policía

durante los sucesos sangrientos de la Semana Trágica de 1919 y previo encierro en la isla Martín García, Ristori fue declarado “persona non grata” y despachado a la península itálica pero otra vez saltó por la borda en la rada de Montevideo, esta vez con mala suerte, cayendo a plomo sobre un bote salvavidas. Aunque puesto a salvo por una canoa de rescate aprestada por compañeros, de allí en más hubo de recurrir a un bastón.

De nuevo en San Pablo –1922– Ristori edita un nuevo periódico y funda una escuela libre y promueve el Comitê Antifascista y también hace de pregón en contra de la guerra desatada por el Duce Benito Mussolini contra los abisinios. Según su ficha policial, se lo tenía por entonces como “exaltado, prepotente y temible”, lo cual quería decir que era obstinado e ininterrumpible. No iba a escarmentar. Pero a pesar de tanta andanza y zigzaguo, la vida de Oreste Ristori no fue excepcional, sino lealmente normal dentro de los parámetros de la gran aventura anarquista, lo que es decir la odisea de las ideas que ponen proa hacia la isla de las sirenas. Cuando en 1936 Getúlio Vargas se hizo con el poder, Ristori fue expulsado hacia su país natal, si bien partiría de inmediato para combatir en la Guerra Civil Española. Vencido su bando, pudo cruzar la frontera francesa, pero el gobierno pro-nazi de Vichy lo entregó a Italia. Quedó confinado en su pueblo y por unos años no fue molestado, hasta el 2 de diciembre de 1943. Ese día, llevado ante un comandante fascista, le dijo “gelataio”, o sea frígido, y entonces fue arrastrado hasta un polígono de tiro y rematado contra un muro junto a otros cuatro compañeros. En San Pablo, hoy, una calle y una plaza llevan su nombre. También en Empoli, la ciudad en la cual Oreste Ristori pasó su infancia, hay una plaza bautizada con su nombre, y eso que, cuando él era adolescente, había puesto incendio al edificio de la municipalidad.

Elédá y Aníbal y Giovanni y Jean

Los hechos están acreditados y la historia es sencilla de contar. Todo comienza en el año 1892, cuando Elédá y Aníbal, unidos en las ideas y en el amor, se incorporan a la Colonia Cecilia. Giovanni Rossi los había conocido meses antes y la chica le había dejado viva impresión. Al tiempo, Giovanni, que andaba por los 35 años de edad, y hablándole a ella “sin artificios”, le solicita tenga a bien aceptarlo como compañero amoroso en igualdad de condiciones que Aníbal, o Annibale, tal como está escrito su nombre –sin apellido– en los registros de la Colonia. Ella, Elédá, en verdad anagrama de Adele –Adele Serventi–, se toma un tiempo para sopesar emociones y meditar respuesta, y también para saber cuál era el parecer y los sentimientos de Aníbal. Luego de saberlo, y habiendo contemplado como único obstáculo el temor de hacerlo sufrir, Elédá, de 33 años, aprueba la invitación y los tres se aclimatan a esta metamorfosis de la pareja clásica. Mucho tiempo había pasado desde 1876, cuando Giovanni Rossi había incluido en su folleto *La Commune Socialista* este dictamen: “El adulterio es la forma menos digna del amor libre”. Consecuentemente, era preciso hacer lugar a otras formas de “camaradería amorosa”. Pues bien, se necesitaba mucha suerte y una catarsis del tamaño de mil soles superpuestos. Lo intentaron. Los vericuetos y dificultades del suceso contado en *Un episodio de amor en la Colonia Cecilia* pueden haber sido menos idílicos o más lacerantes de lo que se desprende de su lectura, mucho más si se tiene en cuenta que, aunque el hecho no es mencionado, Elédá, o Adele, añadió otro hombre más como pareja suya, un tal Jean Géléac, de origen bretón. Que se sepa, en la Colonia Cecilia, solamente otra mujer hizo lugar a tríos, una chica oriunda de Parma cuyo nombre se perdió en el tiempo y que parece haber apasionado a varios, conformando círculos poliándricos. Lo cierto es que en la colonia había muchos más hombres que mujeres. Cabe consignar que el nombre Adele significa “Ecuánime”; Aníbal, “Señor generoso”; en tanto Jean y Giovanni, que son traslación uno del otro, “Dios se ha apiadado”.

“¡Qué vergüenza!”

El 11 de mayo de 1896 ocurrió un hecho violento, y según lo informado días después por *La Voz de la Mujer*, periódico redactado por mujeres anarquistas, así fue cómo sucedió:

“Estando nuestro periódico en máquina, tuvimos conocimiento que la compañera Anita Lagouardette presentose, acompañada de otros compañeros, en casa de F. Denambride (su esposo) para pedirle que le entregase sus ropas, pues habiendo terminado su afinidad con él, se retiraba. Pues bien, el pretendido anárquico Denambride solicitó de los acompañantes se retirasen pues tenía que hablar particularmente con ella. Dichos compañeros se retiraron a la puerta de calle, enseguida cinco detonaciones de revólver venían a demostrarnos cómo respeta dicho señor la libertad individual. Por fortuna, de los cinco disparos sólo dos pudieron hacer algo aunque poca cosa, pues las heridas son leves. (...) El proceder de ese individuo no es de anarquista, es de un verdadero burgués disfrazado, pero burgués despótico y tirano. Si hombres de esta especie pueden llamarse anarquistas y considerarse como tales, ¿por qué no consideran como tales a los burgueses y a los inconscientes que obran de idéntico modo? ¡Qué vergüenza! *La Voz de la Mujer*, como defensora de los ideales del Comunismo-Anárquico y, por lo tanto, de la libertad de la mujer, no tiene por menos de estigmatizar el cobarde atentado contra la libertad y la vida de una compañera. Éstas, pues, no son cuestiones personales sino causas que perjudican la idea”.

O Denambride tenía mala puntería o bien la suerte estuvo del lado de Anita. No mucho más sabemos de este “incidente”, salvo que en esos meses hubo un intercambio público de acusaciones anónimas y no tan anónimas, más bien deplorables, que evidenciaban incubados enconos entre distintas personas, incluyendo Anita Lagouardette, integrante activa de *La Voz de la Mujer*, cuyo lema era “Ni Dios, ni Patrón, ni Marido”, y Francisco Denambride, por entonces de 27 años de edad, siendo ambos, además, miembros del grupo de afinidad “Amor Libre”. No hubo denuncia policial –algo impensable entre anarquistas–, ni tampoco se convocó un “tribunal de honor” para tratar el caso –factible en su propia jurisprudencia–, pues nadie lo pidió. No había forma de justificar el acto bárbaro de Denambride y

es probable que, al menos por un tiempo, sus compañeros lo sumieran en un cono de sombra. La cuestión es que todo había terminado mal entre ellos y Anita formó pareja con el tercero en discordia, el exuberante e infatigable Orsini Bertani, también de 27 años, un italiano que había arribado a Buenos Aires en 1894 luego de eludir en Francia una condena a medio año de prisión por “ilegalista”, y también por habersele detenido portando un arma “prohibida”.

Acerca de la anarquista francesa Anita Lagouardette, cuyo nombre de bautismo era Elisa, o bien Eliza, poco se sabe, salvo que siguió a Bertani al Uruguay una vez que éste fuera expulsado del país. Aparece mencionada en las memorias de Julio Camba, arribado clandestinamente a Buenos Aires en 1900. Allí se dice, escueta y quizás apocadamente, que era “muy guapa”. En cambio, de Orsini Bertani hay mucha más noticia, tanto acerca de sus actividades porteñas como sobre las mucho más importantes que emprendería en el Uruguay. Por lo pronto, Bertani fue miembro destacado de *El Perseguido*, al igual que Denambride, y quizás por el incidente mencionado dejó el grupo en ese año de 1896, llevándose consigo a otros cismáticos hacia el periódico *La Revolución Social*. Según el español Julio Camba, cuyos escritos de la época son apasionados pero también risueños y algo escépticos, Bertani era “un anarquista gordo, barbudo y jovial”. Y no la pasaba mal, pues su padre disponía de medios que el hijo se encargaba de dilapidar en beneficio de sus compañeros de ideas: “La Anarquía es también uno de los paraísos artificiales, y bien vale la pena visitar este paraíso cuando no se dispone de uno natural: la casa de Orsini estaba en él”.

En efecto, Bertani había transformado su vivienda en falansterio, o aguantadero, y Julio Camba allí se hospedó: “Era una madriguera, un foco revolucionario capaz de estremecer al mundo”. Aunque más adelante Camba seguiría su propio camino, acomodándose a la España de Francisco Franco, por entonces escribía con estilete turbulento y burlón. Considérese que a los quince años había publicado una apología del amor libre en un periódico de Marín, un minúsculo pueblo gallego, que *ipso facto* encajó un anatema lanzado por José María de Herrera y de la Iglesia, Cardenal Arzobispo de Santiago de Compostela y antes

de Santiago de Cuba, que portaba estas palabras taxativas: “Se prohíbe a los fieles, bajo pecado grave, suscribirse al semanario referido, como también leerlo u oírlo leer”. En 1902, por aplicación de la Ley de Residencia, tanto Camba como Bertani y unos cien anarquistas más –entre ellos, Oreste Ristori–, fueron expulsados de la Argentina sin más trámite que el de ser previamente medidos y fotografiados en la oficina antropométrica de la Policía de la Capital.

Hoy, Orsini Bertani es el nombre de una calle montevideana, merecidamente, pues en esa ciudad tuvo librería y editorial propia, y en ella publicó a casi todos los autores uruguayos significativos de la época, y además, en algún momento, se hizo seguidor del líder colorado José Batlle y Ordóñez, por dos veces presidente oriental, una tentación que no fue ajena a otros compañeros suyos. Además de la casa editora que llevaba su propio nombre y de su Librería Moderna y de la subsiguiente Librería Florencio Sánchez y de su revista *La Pluma*, Bertani también fue propietario de una sala de cine, el “Biógrafo Excelsior”. Cuando murió, Anita Lagouardette aún estaba a su lado. Fue enterrado en el panteón de la Augusta Logia Masónica “Les Amis de la Patrie”, de la cual alguna vez Giuseppe Garibaldi fue Venerable Maestro.

Más adelante en el tiempo, un nieto suyo dirá: “A los sueños de mi abuelo los cristalizó Perón”. Era Piero Bruno Hugo Fontana Bertani –así lo bautizó su madre Orsolina–, más conocido como Hugo del Carril, apodo artístico de cantante, actor y cineasta. Quizás alguna vez sus actuaciones y filmes terminen retrotraídos en el olvido, pero no así su voz, pues fue el primer hombre en grabar en disco la Marcha Peronista, la versión más frecuentemente soltada al aire hasta el día de hoy, si se exceptúan a los millones que todavía la cantan a capella y porque sí. En 1976, ante nuevo golpe de estado y a medio siglo de haberla registrado en pasta para la gran masa del pueblo, de nuevo le fue prohibido cantarla en público. Su nombre había quedado estampado en una “lista negra” y conste que el primer periódico anarquista que se editó en la Argentina, en 1879, se llamó “El Descamisado”, y que la tinta con la que se imprimía era roja.

En lo que concierne al carpintero Francisco Denambride, poco rastro quedó de él. Se sabe que estuvo activo en la zona de Santa Fe hacia 1887, que en 1890 era miembro del periódico *El Perseguido*, que en 1893 lo expulsaron de la Argentina y que regresó poco después, que se integró al grupo La Expropiación y por lo tanto fue uno de los editores de estos folletos, y que tuvo una hija con María, su compañera, a la que bautizaron Anarquía, y que esta niña se fue de este mundo pequeña aún, casi sin haber entrado en él.

Cupido total

Al igual que otros redentores de los sentimientos que aparecieron por la época, Giovanni Rossi descreía que matrimonio y amor pudieran ser sinónimos. Eso, bien podía ser una supersunción. La oquedad de sustancia en la vida del hogar era, en el siglo XIX, un tema callado que tendría un largo porvenir. Lo existente podía mostrar una fachada de credibilidad, pero en los interiores el “mal de la insatisfacción” hacía su trabajo de zapa, y tanto la hipocresía y la insinceridad, en lo que concernía a la sociedad conyugal, como el “tedio vital” espesándose en estuches domésticos, perturbaban a los personajes de muchísimas novelas y folletines de entonces. Con clarividencia, Rossi vislumbró el devenir de la cuestión: “Así como las relaciones económicas fueron la cuestión del siglo XIX, del mismo modo las relaciones afectivas serán tal vez la cuestión palpitante del siglo XX”. Le preocupaba, en especial, el suplicio del amor en las uniones convencionales, y comprendió que para hacer menguar la tasa de desdicha en el mundo era preciso suspender el ansia de posesión y habilitar otras figuras y combinaciones, y para eso la monogamia no era de gran ayuda.

A la fuente del problema la encuentra Rossi en el engarce matrimonial mantenido en el tiempo una vez que su móvil original ha quedado definitivamente estático. Secuela probable es el infortunio emocional, reforzado además por la mutua anulación de la libertad. Al cohibirse el ansia de riesgo vital y concederse plenos poderes a la gestión impecable de la firma familiar

el buen querer acaba por marchitarse o se vuelve formalidad, y eso en el caso de que el vínculo, por prevalencia de intereses, no devenga inmoral en sí mismo. Para estos entusiastas del amor libre una eventual distensión de las correas –separaciones, divorcios, reinversiones de identidad– no aboliría el armazón. Sólo dejaría vía libre a la sustitución rotativa de candidatos o cónyuges hasta dar con el mejor modelo posible en plaza, o bien sus saldos. Pero si el cálculo prevalece sobre gustos y caprichos del carcaj de Cupido siempre sale una y la misma flecha que declina antes de llegar al blanco. Era la convención en sí misma, y no su mayor o menor rigidez, el problema: “La hipócrita moral logrará alguna vez condenaros a un ridículo martirio, pero las más de las veces destruirá la substancia de la monogamia y conservará de ella solo la forma”. También la sexual, de la cual la alegría de índole erótica es la primera en huir.

Restaría el recurso a la infidelidad, pero Giovanni Rossi desconfía de este fuero subrepticio de la cultura burguesa, un menoscabo en el encuentro de libertades. Si efecto del disgusto por aquello en que se ha convertido la persona, o bien boqueadas por “oxígeno”, la infidelidad puede devenir en “consumo humano”, unilateral o mutuo. Por el contrario, Rossi encuentra que el amor libre es “protesta de la naturaleza”, sino una de sus leyes, pero nunca “vulgar comedia”. Si consignas de esta suerte ya habían valido a los anarquistas la atribución de ser “enemigos de la familia”, Rossi las lleva un paso más allá, hacia círculos amativos superpuestos de distinta intensidad. Al encadenamiento de pareja, eventualmente sucesivas, Rossi opone los amores múltiples. Esa es su disyuntiva. En un mundo donde la monogamia ocuparía solo el lugar de excepción, regiría entonces “un múltiplo y contemporáneo enlace de afectos, por todos deseado, de nadie temido”. La Colonia Cecilia era, idealmente, el lugar que podía amparar esa experimentación amorosa, pero el proyecto de un claustro propio donde foguearse en epifanías del alma y la carne no era una rareza en el siglo XIX. Había habido, y habría más, comunidades de “camaradería amorosa” implantadas aquí o allá, a veces por sectas políticas o religiosas, y otras por afines que pretendían vivir queriendo bien: “Esa mezcla apetitosa de voluptuosidad, sentimiento e inteligencia”. Bueno, como suele decirse, lo que vale es la intención.

Rossi recurre al término “amor libre” y lo prefiere a otros que le resultan aún insuficientes, como “amor complejo”, “matrimonio comunal”, “poliandria poligámica” o “abrazo anarquista”, incluso por sobre su acuñación favorita, un tanto esotérica: “beso amorfista”. ¿Cuánto de esta prédica era atendida en la Colonia Cecilia? Algo debían escucharlo –era el impulsor de la iniciativa–, pero la fuerza de la convención y el temor al sufrimiento serían más poderosos y ya bastante tenían con intentar sobrevivir en lugar tan remoto. Más adelante, reflexionando sobre lo sucedido, Giovanni Rossi escribió que la posibilidad del amor libre dependerá de una rebelión femenina contra el casamiento, conjetura que sigue siendo incierta. Alguna otra vez pensó en rehacer la comuna en la selva del Matto Grosso, en la suposición de que las indígenas, incontaminadas aún por la civilización europea, aceptarían el amor libre sin tanto prejuicio. Por el momento, año 1894, la Colonia Cecilia que tanto había esperanzado a Giovanni Rossi ya no existía más.

No podía saber él que, pasando el tiempo, la nieta de un colono contaría los hechos sucedidos; que alguien publicaría un estudio histórico, y otro, una novela; que se filmaría una película en Francia y otra en Italia y que la historia llegaría a formato de serial televisivo en el Brasil, en 1989, y para entonces un siglo entero había hecho su paso de danza. En verdad, la colonia Cecilia daría frutos en abundancia, incluyendo obras de teatro, documentales, canciones, programas televisivos, tesis universitarias y hasta un simposio entero, sin contar las sucesivas y actuales reimpresiones de aquel folleto de 1893. Al menos este detalle de la Historia no pudo ser engullido por el monstruo del olvido. Acerca del propio Giovanni Rossi, se sabe que permaneció un tiempo en el Brasil, que trabajó como profesor de agronomía en Taquari, Blumenau y Florianópolis, que en 1907 regresó a Italia, que siguió manteniendo vínculos con círculos anarquistas aunque un poco de lejos, y que al fin se instaló en Pisa, donde moriría casi nonagenario. No se sabe si Adele Serventi murió antes o después, en todo caso fue allí también, pues había regresado a Italia junto con él y una hija, Ebe Cecilia. Otra, Pierina, falleció en el Brasil, todavía bebé. Un 9 de enero de 1943 Giovanni Rossi se fue de este mundo, y casi medio siglo después, el 17 de mayo de 2008, Zelia Gattai también.

Al mes siguiente la Municipalidad de Palmeira, por decreto número 2737, instituyó el día 1º de abril como “Día de la Colonia Cecilia” a ser festejado en toda la comarca.

La silla 23

La Academia Brasileira de Letras, fundada en 1897, consta de cuarenta sillas, y en cada una de ellas se han ido alojando sucesivos escritores escogidos por pares ya apoltronados. De modo que el ocupante actual siempre sustituye en la silla al cadáver del antecesor, quien a su vez lo hizo con el anterior, y así hasta llegar al primero de todos, uno de los fundadores. Además, cada asiento asume el nombre de un “patrono”, un escritor previo al establecimiento de la Academia, o sea un precursor. Quienes toman asiento son llamados “Inmortales”. Zelia Gattai ocupó, en el año 2002, la silla número 23. Su predecesor inmediato en el puesto había sido su difunto esposo, Jorge Amado, el hombre con quien compartió cincuenta y seis años de vida en común.

Zelia fue la sexta mujer en ser admitida. La primera, en 1977, se llamó Rachel de Queiroz y era descendiente de la familia de José de Alencar, el hombre que al principio de todo había sido designado patrono de esa silla 23, y que, amén de escritor célebre, fue diputado por el Estado de Ceará y asimismo ministro de Justicia, de cuando Brasil todavía era Imperio y no República. Y por cierto que el libro que hizo conocido a José de Alencar ante el gran público fue la novela *O Guarani*, publicada en 1857 y transformada en ópera en 1870 por Carlos Gomes, aquel compositor que fungió de puente entre el anarquista Rossi y el emperador Pedro II. Alencar había nacido en 1829, fruto de una relación más bien ilegal entre un senador vitalicio y gobernador del Estado de Ceará con una prima suya de sólo trece años de edad. También novelista, y poeta, y asimismo miembro de la Academia de Letras, en silla 21, fue el único hijo de José de Alencar, bautizado Mário Cochrane de Alencar, alias “John Alone”, aunque, según se dice, su verdadero padre habría sido Machado de Assis, por cierto buen amigo de Alencar.

Joaquim Maria Machado de Assis, nieto de esclavos libertos y auténtico patriarca de las letras brasileñas, fue el primer ocupante efectivo de la silla 23, y también, por unánime aclamación, primigenio presidente de la institución. Diez años antes de asumir tan alto cargo, bajo gobierno republicano, Machado de Assis había sido condecorado con la “Orden de la Rosa”, cuya divisa era “Amor y Fidelidad”, y que premiaba los actos de lealtad al emperador Pedro II. También fue su Director de Comercio Interior y subdirector del periódico oficial del reino. Lo sucedió en la silla, en 1908, Lafayette Rodrigues Pereira, de padre barón y madre baronesa, autor de obras de derecho y más recordado por haber sido Primer Ministro y ministro de Justicia y asimismo de Hacienda y antes aún gobernador de los estados de Ceará y de Maranhão, y al fin senador. A su muerte, en 1917, le tocó el turno al crítico literario Alfredo Pujol, asimismo diputado federal y secretario de gobierno y autor de un libro de homenaje a la memoria de Marie François Sadi Carnot, el presidente de Francia a quien el anarquista Santo Caserio, en 1894, el año final de la Colonia Cecilia, le embutió un puñal en el pecho. El mango del arma blanca estaba forrado en rojo y negro y el acto en sí mismo procuraba vengar la ejecución anterior de Ravachol. Y Sadi Carnot murió, y también murió Santo Caserio, pero en la guillotina. Pudo haberse salvado, si hubiera aceptado “dar nombres”, pero no: “Caserio es un panadero, nunca un delator”.

Luego, en 1930, y por los siguientes treinta años, quien se aposentó en la silla 23 fue Octavio Mangabeira, nacido en San Salvador de Bahía, capital del Estado del cual llegaría a ser gobernador electo. También fue diputado y senador y ministro de Relaciones Exteriores. En verdad, Mangabeira, apenas nombrado académico, se vio forzado al exilio, de modo que recién tomaría asiento en 1934, y nuevamente tuvo que dejar la silla vacía durante cinco años, ante nuevo destierro infligido por el presidente Vargas. Si bien arrellanarse tres décadas en una silla era todo un récord, eso fue superado por el siguiente ocupante, Jorge Amado, alguna vez diputado federal por el Partido Comunista, que se quedó en ella por largos cuarenta años, desde 1961 hasta el 2001. Al año siguiente, y después de tanto escritor metido en alta política, la silla le fue otorgada a Zelia Gattai, mujer que jamás ocupó un cargo público. Habiendo nacido en 1916, se fue de este mundo en el 2008,

y ellos dos, Zelia y Jorge, son los únicos “Inmortales” que están enterrados juntos, en un cementerio de San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

“Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”

Cuando en 1978 se estrenó *Doña Flor y sus dos maridos* en Buenos Aires, la película brasileña pasó a ostentar el récord argentino nunca superado en cantidad de cortes de censura, no menos de cuarenta. Por momentos no se entendía nada de lo exhibido en la pantalla. Si bien el espectador local siempre estuvo habituado a los “tijeretazos”, el ensañamiento no parecía tener justificación en este caso. La película no era especialmente pródiga en libidinosidades ni traía adosado mensaje político específico, y la novela en que estaba basada podía ser comprada en las librerías porteñas desde dos años antes. Pero lo cierto es que existía el delito de bigamia y la película era poco menos que su apología. Todavía en 1983 –en el último año de la dictadura–, a pocas semanas de su estreno en el Metropolitan, la versión teatral de *Doña Flor* fue prohibida, y tanto el director de puesta en escena como los actores y el cuerpo de baile completo terminaron en la justicia, procesados bajo carátula de “Espectáculo Obsceno”. Dado que el actor principal, en determinado momento de la obra, se daba un paseo desnudo por la platea cubriéndose apenas con un sombrero, el juez ordenó a la división Moralidad de la Policía Federal el secuestro del sombrero. Era la “prueba del delito”. Bien, estas cosas ocurrieron.

La novela preexistía en veinte años a la película, y su autor, Jorge Amado, tenía ya varias otras obras adaptadas al cine, pero el éxito descomunal y mundial de la película –tan solo en Brasil la vieron 10 millones de espectadores, y es la más taquillera hasta ahora– ha de haber dejado alelados al director, Bruno Barreto, de tan sólo veinte años de edad, como al novelista, ya sesentón. Si bien la película hizo multiplicar las ventas del libro, y también las reediciones, que ya pasan de cincuenta, también obturó su lectura. De allí en más casi cualquiera sabría cuál era el argumento sin

necesidad alguna de leer la novela. Un poco más y la película hace desaparecer al autor. Pero no sucedió así, Jorge Amado ya tenía renombre y ocupaba silla en la Academia, de modo que el film sólo le potenció la fama, puesto que se hicieron numerosas versiones para teatro así como un serial para televisión de veinte capítulos y también una “remake” estadounidense –*Kiss Me Goodbye*– estrenada en España con el simpático título *Bésame y Esfúmate* y en el continente sudamericano con el no menos desafortunado *Mi Adorable Fantasma*. Tampoco la encantadora y pizpireta película era capaz de condensar los muchos aspectos de la vida popular de Bahía tratados en la novela, que así comienza: “Esotérica y conmovedora aventura vivida por Doña Flor, profesora de arte culinario, y sus dos maridos. Uno, el primero, apodado Vadinho; otro, el segundo, el farmacéutico Dr. Teodoro Madureira. Extraordinaria batalla librada entre el espíritu y la materia”.

La trasposición del suceso acaecido sesenta años antes en la Colonia Cecilia, que Zelia Gattai ha de haber contado a su esposo, a una versión un poquito más sublimada, puede presumírsela, una resolución socialmente aceptable del improbable equilibrio en la vida real. Café cargado, sin duda, pero bebible. En todo caso, el libro *Doña Flor y sus dos maridos* le está dedicado a Zelia Gattai y la trama de la novela sucede en los años ’40, época en que Jorge Amado conoció a Zelia. Para entonces ya había pasado una década desde la vez que Oreste Ristori, el anarquista, le prestara a ella un libro del aún poco conocido escritor de Bahía, y ahora éste mismo acababa de ser electo parlamentario por el Partido Comunista. En 1947, al año de haberse encontrado Jorge y Zelia, las actividades comunistas fueron proscritas y el diputado Amado despojado de su mandato. De modo que la pareja hubo de partir, por cinco años, al exilio francés y checoslovaco. Él, antes, ya había conocido el destierro en Argentina y el Uruguay.

En cuanto a la trama de la novela, cuenta la historia de Florípedes Paiva, que ha quedado viuda tras el súbito deceso de su marido en pleno carnaval y vestido de bahiana. El difunto –Vadinho– era juerguista, mujeriego, haragán, timbero, sableador, embustero y desde ya irresponsable y hasta golpeador, pero ella lo quería, porque también era gracioso, entrador, engatusador, pícaro y audaz, y además “machazo”. En virtudes, era imbatible. Ave nocturna, no

marido, o más bien esposo ideal –para las otras–. Pasado un tiempo de tristeza y de no pensar en rehacer su vida, Doña Flor acepta las atenciones de un pretendiente y se casa con él. Es el Dr. Madureira, consorte atento, respetuoso, trabajador, servicial y previsible, de los de todos los días. En cuanto a ella, Doña Flor es propensa a la autocontención y el recato, pero no siempre. La cuestión es que hete aquí que el caradura de su ex marido se le aparece bajo forma de fantasma y en calidad de tal pretende retomar el vínculo matrimonial, en particular su faz ardorosa. Luego de intentar ahuyentarlo –un par de veces– a ella se le vuelve cuesta arriba resistir, y entre tanto va y viene y ya que estamos al final decide convivir con los dos. Bueno, como se dice en el Brasil: “Óptimo”. La frase final del libro es la siguiente: “Y aquí se da por terminada la historia de Doña Flor y sus dos maridos, narrada en todos sus pormenores y con todos sus misterios, clara y oscura como la vida. Todo esto sucedió realmente, créalo quien quisiere”.

Osario común

¿Cómo habrá llegado ese tomo encuadernado hasta esa librería de viejos y usados? Ya no es posible saberlo. A los osarios comunes son arrojados los muertos que nadie reclama, los soldados sólo conocidos por Dios, los apestados mantenidos a distancia, y los hombres y mujeres demasiado abatidos o abandonados. Lo cierto es que los folletos encuadernados en papel veneciano habían pertenecido a Francisco Denambride, quien, además, los editó, allá por 1895. A la muerte del propietario el tomo ha de haber pasado a manos de la familia, o quizás de algún compañero, o quedó subsumido en algún baúl clausurado durante tiempo indefinido junto a otros libros y papeles cuyo motivo de congregación muy pocos, acaso sólo él, podrían haber reconstruido. Por eso se publican tal como fueron encontrados y según el orden elegido por su dueño y editor.

GASTRONOMÍA Y ANARQUISMO

Restos de viajes a la Patagonia

Las expediciones

Cuatro son los puntos cardinales y cuatro los hombres significativos que ingresaron en la Patagonia a fines del siglo pasado. Por el norte, el general Julio Argentino Roca seguido de su ejército. Por el sur, el anarquista Errico Malatesta junto a cuatro compañeros de ideas. Por el este, doscientos inmigrantes galeses liderados por Lewis Jones, llegados en el buque *Mimosa* al Chubut, en busca de nueva vida. Y por el oeste, a través de tierras araucanas, el francés Orllie Antoine de Tounens, hidalgo arruinado que pretendía cetro y corona. Llegaron, entonces, un militar que sería próximo presidente de la Argentina, un rey de opereta, un anarquista fugitivo del gobierno italiano, y colonos cuyo líder creía en un impreciso ideario fabiano. Cada cual tenía en mente un modelo de organización social. La comunidad se corresponde con los colonos, el imperio con el pretendiente a la inexistente corona arauco-patagónica, el estado-nación con el general Roca, y la revolución mundial con los anarquistas. Cada una de las expediciones dejó tras de sí restos históricos, emblemáticos, espirituales e incluso gastronómicos, que, a excepción de la crónica de la incursión estatal-militar, fueron zozobrando en el olvido y resultan ser, para los argentinos de hoy en día, vaporosos, a lo sumo anécdotas. Son vestigios que sobreviven en las leyendas regionales o en rumores que de vez en cuando alguien deja correr. Es justo: el Estado se ocupa de promover las gestas unificadoras del territorio y de incrustarlas en los programas curriculares de escuelas y universidades; los demás sólo pueden aspirar a la piedad que se transmite de boca en boca. En ocasiones una sola persona en el mundo recuerda lo sucedido.

A mediados del siglo XIX la Patagonia era un territorio bastante desconocido, muy poco poblado, apenas mensurado. Era el mundo exclusivo de Tehuelches y Mapuches. Aún circulaban coletazos de leyendas improbables, como la de la existencia de

un El Dorado, la ciudad forrada en oro que los españoles buscaron afanosamente. Lejos de la línea costera, donde de vez en vez se detenían exploradores, balleneros o abastecedores de los míseros puertos establecidos, el desierto patagónico era tierra de nadie, es decir de indígenas. Era “La Tierra”, tal como la llamaban los Mapuches. Sólo algunos pioneros y los eternos traperos que comerciaban con los indios conocían los senderos interiores. El resto era viento, cuyas borrascas fogosas alcanzaban, en el momento de esplendor, los ciento veinte kilómetros por hora. Patagonia era una palabra en un mapa vacío, al cual los gobernantes argentinos recientemente liberados de su larga e imperdonable guerra civil vigilaban ansiosa y codiciosamente desde Buenos Aires, preocupados por las posibles reclamaciones chilenas.

Colonos y soldados

Algunos galeses huían de la intolerancia religiosa; de los ingleses, todos. En 1865 desembarcaron en el Golfo Nuevo y se internaron por el valle del río Chubut. Demarcaron la tierra, lucharon contra los elementos, erigieron pueblos a lo largo de la ribera: Trelew, Gayman, Dolavon. Por años sus vecinos habituales no serían los argentinos sino los indios Tehuelches, quienes, pediguëños ocasionales, les reclamaban comida y todo tipo de utensilios. El intercambio se hacía en lenguajes intraducibles en Buenos Aires: galés y aonikenk. A poco de llegar murió el primero de los colonos y lo enterraron detrás de la capilla protestante. Fue entonces que la colonia dio una vuelta de campana sobre sí misma. Ese cementerio, ya colmado, sería clausurado en la década de 1930. Aun así, el último de los inmigrantes originarios fue sepultado en ese primer camposanto, reabierto exclusivamente para él. Lentamente, los galeses fueron acriollándose y al tiempo el valle del río Chubut comenzó a ser compartido con otras corrientes migratorias, incluyendo argentinos.

En 1878 el gobierno argentino comenzó la ocupación final de la Patagonia mediante un movimiento de tropas al cual se denominó oficialmente “Conquista del Desierto”, o sea la subordinación de

sus dueños originales al Estado. Para acabar con el “problema del indio” se envió un ejército más allá de la línea de frontera establecida décadas antes y sembrada de fortines. Había que derrotar drásticamente y definitivamente a Ranqueles, Pehuenches, Pampas, Mapuches y Huiliches. Eran 6000 soldados organizados en cinco divisiones contra 2000 combatientes indígenas dispersos. Eran fusiles y telégrafos contra lanzas y boleadoras. Cuando el 25 de mayo de 1879 el impulso beligerante de ese ejército ya había dejado tierra arrasada detrás de sí y acabado con el poder del último capitanejo indígena, el general Roca dio por finalizada la expedición al llegar a los márgenes del río Negro. Habían muerto 1300 indios, se habían hecho 10000 prisioneros y 55 millones de hectáreas quedaron abrochadas al mapa argentino –más bien a la elite que se ocupaba de trazarlo–. Poco después, en esos territorios se fundó una ciudad cuya toponimia mantiene hasta el día de hoy su marca de fuego: Fuerte General Roca. El destino posterior del comandante sería la política, de la cual se transformó en el “gran arbitro” por varias décadas. Aun así la toma definitiva de la Patagonia llevaría diez años más de escaramuzas con indígenas localizados más al sur.

El rey

Veinte años antes, desde Chile, un hombre solitario que soñaba con imperios cruzó la cordillera de Los Andes. Había sido procurador en Périgueux –Francia– y ávido lector de libros de geografía y de viajes. El esfuerzo rutinario sin provecho alguno se le decantó en favor de un periplo a Sudamérica para tentar suerte y conquistar tierras. En 1858 desembarcó en el puerto de Coquimbo. Durante los siguientes dos años, y aun antes de pisar los territorios donde los Araucanos vivían ajenos a los designios del gobierno chileno –y a los suyos propios– ya se había pertrechado de una bandera, un escudo y una constitución para su futuro reinado. En 1860, junto a dos comerciantes franceses que solían traficar baratijas y vicios con los indios y a los que había prometido elevar al rango de ministros, se internó en la Araucanía. Lentamente, a lomo de mula, arribó a la tierra que se había prometido a sí mismo. El 17 de noviembre de 1860, apenas conseguido un tímido y ambiguo apoyo de los caciques

locales, Orllie Antoine emitió un decreto proclamándose a sí mismo Rey de Araucanía. Acto seguido, envió una comunicación postal a Manuel Montt, presidente de Chile, anunciándole la buena nueva, noticia que el gobierno chileno decidió ignorar por completo. Un rey sin ejército no supone un problema por más que el primer número romano haya sustituido al apellido Tounens. Tres días después, mediante otro decreto, anexó la Patagonia argentina entera a su reino, al cual bautizó con el nombre de “Nouvelle France”. La primera aventura araucana de Orllie Antoine finalizó abruptamente en enero de 1862, luego de ser atrapado por un destacamento militar, una vez que fuera traicionado por sus guías y lenguaraces. Para entonces el gobierno del nuevo presidente José Joaquín Pérez estaba medianamente alarmado ante la posibilidad de una sedición indígena soliviantada y liderada por un maniático francés. Dos años de arengas a los indios y de solitario reinado se desgranaron en una prisión chilena, donde permaneció por nueve meses. Juzgado y condenado a ser recluido en la Casa de Orates de Santiago de Chile, la humillación le fue evitada por la oportuna intervención del cónsul de Francia en Valparaíso, que logró repatriarlo a París. Allí desembarcó sin corona y sin gloria.

En el “destierro” francés, entre 1862 y 1869, Orllie Antoine se volvió objeto de mofa: una “curiosidad”. Pero el hombre era incansable. Publicó un periódico, lanzó un manifiesto, fatigó al senado francés con una petición tras otra. En 1869 desembarca nuevamente en San Antonio –costa argentina de la Patagonia– y atravesando el desierto desemboca entre las tribus araucanas de Chile. Uno de sus acompañantes se llamaba Eleuterio Mendoza, que bien merecería ser el nombre de un anarquista. Perseguido por el ejército chileno vuelve a cruzar la cordillera en sentido inverso y llega al puerto de Bahía Blanca, casi el mismo lugar donde había iniciado la reconquista de sus territorios. Era julio de 1871. Embarcó a Buenos Aires, donde fue entrevistado por varios periódicos. *La Tribuna*, órgano político del “roquismo”, se sorprende irónicamente de que el gobierno argentino “no le haya hecho la recepción debida a su alto rango”. En abril de 1874 intenta por tercera vez llegar hasta sus súbditos desde Buenos Aires: viaja a Bahía Blanco en el barco *Pampita*, pero es descubierto, detenido y expelido rápidamente a Francia.

De allí en más vivirá en una corte de fantasía, rodeado de ministros sin poder y de aventureros varios que inauguraban las sesiones de la corte cantando el himno del imperio a voz en cuello. Otorgaba títulos de nobleza y vendía monedas acuñadas de un reino inexistente, de valor únicamente numismático, pues ni siquiera en su falsa corte eran aceptadas como medio de pago. Curioso: mientras compartió las rutas de los Mapuches sólo el antiguo método del trueque le había permitido sobrevivir. Al fin, acosado por sus acreedores, se refugió en la región de Dordoña, donde se ganó el pan de cada día con el oficio de lamparero público en el municipio de Tourtoirac. Y así hasta el 19 de septiembre de 1878, cuando el Rey de la Araucanía y la Patagonia fue llamado a visitar un reino superior.

El anarquista

Errico Malatesta nació un 14 de diciembre de 1853 en Santa María Maggiore, en lo que entonces era todavía el Reino de las Dos Sicilias. En los folletos de turismo actuales se menciona que hubo sólo dos personalidades “ilustres” relacionadas a la ciudad: Espartaco y Malatesta. Cuando Malatesta tenía catorce años escribió una carta insolente y amenazadora al Rey Vittorio Emanuele II. La policía se tomó la correspondencia muy en serio: fue arrestado y apenas logró salvar la ropa. El pronóstico del padre, un modesto terrateniente de ideas liberales, no fue alentador: “Pobre hijo, me sabe mal decírtelo, pero a este paso acabarás en la horca”. Las cosas no sucedieron así, pero casi. En 1871, luego de enterarse de la insurrección de París, Malatesta adhirió a las ideas de la Internacional y con diecisiete años viajó a Suiza a fin de conocer al patriarca Mijail Bakunin. De allí en adelante se transformaría en uno de los revolucionarios más famosos de su tiempo. Organizó grupos de compañeros, fundó sindicatos, editó publicaciones, lideró revueltas, escribió algunos libros, sobre todo procuró unir a la “familia anarquista” y salvarla de sus tendencias centrífugas. Editó, entre 1883 y 1900, el periódico *La Questione Sociale*, primero en Florencia, luego en Buenos Aires, y al fin en New Jersey. Con el tiempo

editaría también los periódicos *L'Associazione*, *L'Agitazione*, *Volontà*, *Umanità Nova* y *Pensiero e Volontà*. Pasó treinta y cinco años de su vida en el exilio y difundiendo “la idea” por España, Francia, Suiza, Inglaterra, Portugal, Egipto, Rumania, Austria-Hungría, Bélgica, Holanda, Estados Unidos, Cuba y la Argentina.

En 1874 Malatesta fue encerrado en la cárcel por primera vez, tras liderar una insurrección en la zona de Apulia –el “tacón” de la bota italiana–. Tres años después, al mando de una banda de anarquistas, Malatesta ocupó la aldea de Letino –unos 1300 habitantes–, donde, en presencia de los campesinos, destituyó al Rey Vittorio Emanuele y mandó quemar los registros fiscales de la región. La bandada se dirigió luego al pueblo de Gallo Matese, y luego de abrir la puerta de la municipalidad a pistoletazos, pusieron fuego a los registros catastrales y a la medida con la que se ponderaba el impuesto en harina. Habían abolido –simbólicamente– al Estado y la propiedad privada. Nuevamente es llevado a juicio y condenado a tres años de prisión, de los que cumple solamente uno. Más adelante pasaría muchas más temporadas en la mazmorra. Cuando ya se había hecho de un nombre en los ambientes anarquistas logró sortear una orden de detención escondiéndose en una caja que también contenía una máquina de coser y que fue depositada en la bodega de un barco. Así llegó a la Argentina, con pasaporte de polizón, junto a otros cuatro camaradas. Era el año 1885. En Buenos Aires se contactó con los italianos del Círculo Comunista Anárquico y reinició la publicación de *La Questione Sociale*, que se repartía gratuitamente. Trabajó primeramente como mecánico electricista y luego en la elaboración de vinos. Permanecería en el país hasta 1889. Durante toda su vida, cuya mitad transcurrió en la cárcel, en el exilio o en confinamiento domiciliario, Malatesta se destacó por su sentido práctico y su capacidad organizativa y publicística. Nunca fue un soñador, siempre creyó que la voluntad humana era más importante que la “inevitabilidad histórica” de la revolución y que ninguna acuñación utópica podía sustituir al análisis preciso de las coyunturas históricas. Y sin embargo, también él se internó en la Patagonia.

Geografía

Brújulas y mapas son utensilios imprescindibles para viajeros y exploradores. Los teodolitos lo son para propietarios de tierras y gobernantes. No obstante, la tierra también ha sido hollada por caravanas de nómades, por expedicionarios curiosos, y por odiseas y diásporas. El espacio físico no es un dato material constante, es la arcilla hendida y modificada continuamente por las leyes humanas del espaciamento, en cuya jurisdicción rigen el esfuerzo y la imaginación tanto como la suerte y la reticencia de la naturaleza. En su conjunción se abren paso las expediciones de hombres solos o de tropas organizadas. Así como algunos adivinan el destino sobre un portulano otros avistan el derrotero en manifiestos o en murmullos escuchados en las ciudades. Entre hombres y regiones han de existir secretas correspondencias, paralelos y meridianos de un atlas espiritual que conduce a los pasos perdidos y los senderos desusados, lugares de intersección de los planisferios comprobables y otros imaginarios, más los dramas biográficos. Es la imaginación impresa sobre la materia. Por ejemplo, la toponimia patagónica expone la desbordante creatividad de los pioneros: el humor y el delirio se unen al santoral y la simbología estatal. Inútil consultar esos mapas en busca de “energías cósmicas” u horizontes turísticos novedosos, pues en ellos sólo resalta la psiquis de la cartografía, la “ánimica” de las regiones locales, y a veces las de las naciones.

Los primeros que llegan no suelen ser enemigos de las tierras vírgenes. El explorador siempre ha sido un “adelantado del verbo”, nombra los ríos, clasifica la flora, bautiza los confines. Pero es el agrimensor, notario estatal, quien mide, calcula y diagrama. No obstante, los misántropos, los aventureros y los réprobos llegan antes. La Patagonia, incluso hasta nuestros días, carece de historia. Solo dispone de *historias*, rescatadas de lo que el viento se llevó. La de Malatesta es una de tantas. Las dimensiones de la cartografía poblada de “historias” deben proyectarse tomando en consideración el modo en que la geografía actuó sobre el destino de los que allí incursionaron, no en tanto condición de existencia sino como activante de tareas o de fuerzas anímicas en tensión. Hombres como Malatesta, Orllie Antoine o los colonos galeses confirmaron

que allí donde hay ausencia de catastro, frontera, plaza fuerte o señalización, quizás haya más posibilidades existenciales. Lo cierto es que aquélla era época de anhelar e imaginar libertades.

Oro

Incluso antes del alambrado de púa y los decretos de creación de administraciones, antes también del relevamiento y explotación de las riquezas “naturales” de la región, estas soledades ofrecían una sola fuente de fortuna a la que desde antiguo acuden enjambres de desfavorecidos por la rueda de la fortuna: los metales. Una historia del nomadismo expondría un mapa de los desplazamientos de mineros y metalúrgicos desde la Edad del Hierro en adelante. En el norte del Canadá como en el sur de la Argentina el oro hibernó durante siglos, pero quien busca la Ciudad de los Césares tarde o temprano encuentra sus ruinas detriticas. De todas maneras, la historia de las ciudades que han crecido al amparo de una sola explotación es la misma historia de las efímeras fiebres del oro. Son fundadas, declinan, caen en el abandono, son olvidadas. Terminan siendo pueblos-fantasma.

En 1882 los colonos galeses descubrieron oro en un lugar cercano al río Chubut, en el Valle del Tecka. La noticia llega meses después a Buenos Aires. En verdad, se había encontrado una sustancia llamada piritita, metal rutilante aunque sin valor alguno, el así llamado “oro de los tontos”. Expuesto el fraude con celeridad, se interrumpió entonces la estampida de ilusionados hacia la Patagonia, aunque mucha gente paró las orejas. Cuatro años después, en 1886, se anunció que mucho más al sur, en el Cabo Vírgenes (actual provincia de Santa Cruz, entonces Territorio Nacional de la Patagonia), había oro en dosis considerables. Errico Malatesta se entusiasma y junto a tres compinches parten en pos del palíndromo. La imagen de los cuatro anarquistas rascando oro en ese desierto es menos patética que desmesurada. En todo caso, eran hombres jóvenes, de castellano deficiente, estaban varados en puerto, y, siendo desaconsejable el retorno a Europa, habrán considerado que no perdían nada en el empeño. El fin era honesto: financiar la revolución mundial con lingotes patagónicos.

Las fantasías de los revolucionarios pueden impulsarlos hacia espléndidas auroras tanto como al disparate y la catástrofe. Así fue que las aventuras auríferas del siglo XIX arrastraron a cazadores de fortuna y ganapanes, y también a utopistas: no pocos fugitivos de la frustrada revolución francesa de 1848 acudieron a la fiebre del oro de California. Pero la estampida de los anarquistas italianos duraría lo que un santiamén: la expedición acabó en callejón sin salida. Los distritos auríferos estaban mayormente bajo el control de una compañía explotadora, la temperatura descendía bajo cero por la noche, y llegó el momento en que se hartaron de dar caza a las nutrias de mar. Siete meses después de su llegada, ya en invierno, Malatesta y sus compañeros abandonaron la región luego de andanzas nada promisorias. Casi mueren de hambre y debieron ser rescatados por un barco a título de naufragos, desembarcándose en el pueblo de Carmen de Patagones, en la provincia de Buenos Aires. Esa estadía en el sur constituyó un excéntrico episodio en la vida del por lo demás bastante sensato revolucionario italiano. Ya en Buenos Aires, Malatesta se dedicó a actividades propagandísticas y otro de los fallidos prospectores, el panadero Galileo Palla, a falsificar dinero. Aquí, Malatesta dio conferencias en italiano y en 1887 ayudó a organizar el primer sindicato argentino moderno, la Sociedad de Resistencia de Obreros Panaderos, redactándole sus estatutos. Un año después participó de la primera huelga de panaderos del país, que duró diez días y acabó en triunfo. Más adelante padecería incontables días de cárcel en muchos países. Cuando murió, en 1932, hacía años que vivía en arresto domiciliario, que le fue impuesto por el dictador Benito Mussolini.

Fiebre

A veces la geografía gasta bromas pesadas a los estadistas: el oro del Yukon, descubierto a fines del siglo XIX, se halla no muy lejos de territorio norteamericano. Pero siempre hay compensación para los poderosos. Décadas después se descubrió “oro negro” en Alaska. En cambio, el populacho sólo puede recurrir a la apuesta y la ilusión. No pocas veces eso acaba en desvarío: oro y

fiebre son palabras siamesas. Muchos de quienes peregrinaron al Yukon murieron helados durante la travesía y los que se quedaron pronto tuvieron que retornar al antiguo trajín del comercio de pieles. En la Patagonia el oro apenas alcanzaba para sobrevivir y extraerlo suponía un trabajo extenuante. Pero incluso el metal hallado en los “placers auríferos” es oro de tontos, pues en la historia centenaria de las estampidas muy pocos se hicieron verdaderamente ricos. La mayoría sólo acaparaba pepitas suficientes para subsistir ociosos por unos días, como si hubieran hallado droga en polvo. En el único lugar de la Patagonia donde se encontró oro en mayores dosis fue en la isla de Tierra del Fuego. Allí, en la década de 1880, el extravagante rumano Julius Popper, masón, ingeniero en minas y genocida, se hizo de una buena cantidad, e incluso dispuso de un pequeño ejército propio, y también emitió moneda y estampillas, hasta que su deceso prematuro le evitó las escaramuzas de rigor con el gobierno argentino. En la provincia de Santa Cruz uno de los pocos filones seguros crece todavía en el ganado ovino, pero el vellocino no es de oro. Y sin embargo, y a fin de cuentas, en los hornos de pan la masa de harina se vuelve dorada.

En letra de molde

Cada una de las expediciones tuvo su cronista. Al general Roca corresponde toda la historia oficial y en particular los partes de guerra de la campaña militar enviados a Buenos Aires. Además, una vez fundado su partido político, tuvo prensa propia, el diario *La Tribuna*. Al día de hoy el nombre de Roca se repite en todas las bocacalles de una de las más importantes diagonales de la Ciudad de Buenos Aires y su caripela está estampada en el billete de 100 pesos, que por mucho tiempo fue la más alta denominación monetaria argentina. Así es: toponimias, estatuas y efigies gráficas de manual escolar son prerrogativas de Estado. Pero la monetaria, al menos, es gloria efímera: en este país la inflación suele carcomer el valor de la moneda con harta celeridad. Malatesta dejó un breve testimonio y más adelante su biógrafo, Luigi Fabbri, contará esa aventura. Orllie Antoine I se vio forzado

a ser su propio notario de actas, engrandeciendo los hechos de su fiasco imperial en francés y en un libro titulado *Orllie Antoine I, roi d'Araucanie et de Patagonie. Son avènement au trône. Relation écrite par lui même*. Cincuenta años más tarde el estanciero Armando Braun Menéndez, cuya familia era dueña de media Patagonia, fue el primero en recuperar aquella historia esperpéntica. En el tiempo transcurrido entre su primer retorno obligado a Francia y su segundo viaje a la Patagonia Orllie Antoine publicó intermitentemente *La Corona de Acero*, un periódico marsellés dedicado a defender su causa y que resultaba ser una especie de boletín oficial de un reino inexistente. Lewis Jones, en galés, escribió la historia de los colonos, *Una Nueva Gales en América del Sud*, traducida al castellano mucho después, en la década de 1960. Pero antes fundó el periódico *I Dravod* (“La Verdad”), editado en lengua galesa en el Chubut, crónica diaria de la experiencia de los colonos. Pero cuando las biografías, los periódicos facciosos y los testimonios ya han sido olvidados todavía subsisten las leyendas, algunas veces reducidas a tamaño de anécdota y otras rehogadas en papilla literaria. Roberto Arlt debió haber escuchado la historia del fracaso de Malatesta en alguna mesa de bar porteño. Es conocida su empatía para con los anarquistas. Malatesta, que en su madurez sería conocido como el “Lenin de Italia”, nunca se enteró que su prospección minera había sido integrada a la novela *Los siete locos*, transmutada en un personaje que se propone financiar la revolución mundial con una cadena de prostíbulos.

Matanzas

En 1921 y 1922 la Patagonia sería el escenario de uno de los dramas más conocidos de la epopeya anarquista. En las huelgas –su represión– sucedidas en el Territorio Nacional de Santa Cruz murieron mil quinientos trabajadores. Serían vengados: primero las prostitutas de la zona se negaron a recibir visitas de militares y luego un ácrata solitario ajustició al comandante a cargo. Pero la Patagonia siempre ha convocado la imaginación libertaria. Osvaldo Bayer, autor de *Los vengadores de la Patagonia trágica*,

crónica de aquellas gestas anarquistas, reclamó en 1996 la independencia de las cinco provincias patagónicas, propuesta que le atrajo la animadversión del Senado, donde fue declarado *persona non grata*. Bien pensado, es inevitable que encontremos anarquistas en todos los arrestos febriles de la historia. Pero aunque la tierra prometida es siempre nueva, los adelantados pronto descubren que su paso ha ido demasiado rápido o que los ha llevado demasiado lejos. De cualquier modo, los anarquistas no suelen volver sobre sus pasos. Quedan, por un tiempo, los ecos. Irónicamente, cuando todavía eran peligrosos, los anarquistas eran despachados al presidio de Ushuaia, institución que malafamó a Tierra del Fuego con el mote siniestro de “La Siberia Argentina”, una isla del Diablo muy fría.

Secuelas

El 2 de abril de 1982 el ejército argentino inició abruptamente la conquista de la única porción de suelo patagónico que cien años antes, en tiempos de la Conquista del Desierto, había quedado fuera de sus posibilidades. Apenas comenzada la Guerra de Malvinas la colectividad galesa del Chubut tomó partido por la causa argentina. No fueron las tres o cuatro generaciones nacidas en Patagonia el único motivo de la preferencia. Los descendientes de los colonos aún recordaban la antigua opresión de su tierra originaria a manos de los ingleses, que incluso llegaron a prohibir el uso público de nombres propios escritos en galés, condición que recuperaron al pisar tierra argentina. A su vez, los anarquistas locales se constituyeron en uno de los poquísimos grupos de la izquierda local en manifestarse en contra de la guerra. Por ese tiempo, en momentos en que la armada inglesa navegaba hacia el Atlántico sur, un pequeño buque se deslizó por el Canal de la Mancha en dirección a las Islas del Canal, bajo soberanía inglesa. Por la madrugada, Philip I, el heredero en ejercicio del reino de Araucanía y Patagonia, junto a un breve séquito, plantó la bandera imperial en uno de los islotes. El rey en el exilio había decidido protestar contra el intento inglés de invadir sus “Illes Malouinas”, a las cuales consideraba un apén-dice insular de su enorme aunque prohibido imperio.

Mucho antes, y mientras Malatesta buscaba oro en la Patagonia, el presidente Julio Argentino Roca se dirigía caminando, junto a sus ministros y la escolta militar, hacia el Congreso de la Nación. Inauguraría, poco antes de entregar el mando a su con-cuñado Miguel Juárez Celman, el período de sesiones del Parlamento Argentino. Era el 10 de mayo de 1886. Por entonces el Congreso funcionaba en una mansión cercana a la Casa de Gobierno. Sólo debía cruzar la Plaza de Mayo, centro de gravedad de la política nacional. En ese momento un anarquista llamado, algo paradójicamente, Ignacio Monjes, salió de la multitud y se abalanzó sobre Roca, asestándole un golpe en la cara con una piedra. Mientras Roca cae al piso, Carlos Pellegrini, su ministro de Guerra y futuro presidente, derribó al atacante. La herida era leve y ya en el Congreso el ministro de Salud le practicó las primeras curaciones y le vendó la cabeza. A pesar del desaliño ceremonial, Roca dirigió su mensaje al país. La escena fue immortalizada en un cuadro del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes que hasta el día de hoy puede contemplarse en el Salón de los Pasos Perdidos del Congreso Nacional. Ignacio Monjes pasaría diez años de su vida en la cárcel. Sesenta años después, Laureano Riera Díaz, último dirigente anarquista del Sindicato de Panaderos, ya perdida la conducción del gremio, viajó con varios compañeros de ideas hacia Barcelona. Era el año 1936 y en Cataluña no sólo los panaderos eran anarquistas, la ciudad entera estaba ornamentada con banderas rojinegras.

Gastronomía

Quienes se internan en territorio desconocido han de sobrellevar aún una prueba más: la prueba del hambre. La comida, salvo en el caso del ejército de Roca, no la tenían garantizada los pioneros, ni el rey, ni los anarquistas. De cada una de las cuatro expediciones quedaron huellas gastronómicas, al fin y al cabo las únicas duraderas. De antiguos imperios y de lenguajes que alguna vez se hablaron quedan apenas ruinas y marcas de escritura en piedras, muchas veces ininteligibles. Sin embargo, sus hábitos culinarios sobrevivieron a reorganizaciones geopolíticas y cambios de dioses. La relación entre cultura gastronómica y territorio viene determinada por la cuota de animales y vegetales que en el momento de la

creación les fuera otorgada en suerte. También por la benignidad del clima. Pero quienes están en marcha lo están a merced de sus provisiones o de la bondad de los extraños.

Los colonos galeses vivieron de lo que en Chubut sembraron y cosecharon. Orllie Antoine y los anarquistas recurrieron, en algún momento de su travesía, a la caza y la pesca, sin excluir la carne de guanaco o la “picana” de avestruz. Y a veces se innovó. El coronel Artemio Gramajo, un hombre muy obeso y edecán de campaña del general Roca, le inventó a su jefe el único plato auténticamente argentino, el “Revuelto Gramajo”. En tanto la soldadesca masticaba carne seca, el “charqui”, Roca se relamía con ese enredo de papas, cebolla, jamón cocido, huevos y manteca, todo salpimentado y freído en aceite de girasol, hasta el día de hoy un plato gustosamente aceptado por niños y adolescentes argentinos. Por su parte, la colonia galesa viene transmitiendo a lo largo de las generaciones la receta de la Torta Galesa. De consistencia dura y orlada interiormente de frutas secas y otras azucaradas, amén de miel, la Torta Galesa es una de las ofrendas turísticas de la región que además sirve como primer piso de las tortas de bodas. Cuando una pareja galesa de la colonia se unía en matrimonio guardaba esa base en una lata cerrada herméticamente, por un año, abriéndola una vez por mes para degustar un trozo, a modo de prueba confirmatoria de la fortaleza del vínculo. Es una dieta posible para enamorados, pero decididamente insuficiente para un rey.

Gustave Laviarde D’Alsen era un lugarteniente de Orllie Antoine I y primo suyo en segundo grado. Fue designado como sucesor, y a la muerte del fundador de la dinastía asumió el cetro adoptando el nombre de Aquiles I. Ya antes se arrogaba otros títulos conferidos por el Rey de la Patagonia, como los de Príncipe de los Aucas y Duque de Kialeú. A pesar de que otorgaba, y a granel, títulos nobiliarios de su imposible reino de ultramar, Aquiles I jamás salió de París. En su destierro, alejado de las riquezas explotables de su reino, y mientras denunciaba continuamente la usurpación de sus territorios por parte de chilenos y argentinos, el nuevo monarca se vio obligado a terminar sus días como comensal a sueldo de *Le Chat Noir*, cabaret de moda en la década de 1890, donde oficiaba de “número sensacional” para los clientes. Cuando murió, en 1902, ya llevaba un cuarto de siglo reinando sobre un mapa sólo consultado

por una secta y en cuyo centro estaba marcada “Mapú”, la aldea indígena elegida como ciudad capital por su predecesor.

En 1889 Errico Malatesta abandonó la Argentina, dejando atrás el combativo sindicato de panaderos al que había ayudado a organizar. Las panaderías argentinas despachan la repostería habitualmente desayunada por los porteños, las así llamadas “facturas”, de gusto dulce, una mezcla horneada de harina, levadura y manteca. Algunas son de origen europeo, pero en la Argentina adquirieron formas singulares y apodos blasfemos. La más conocida, la “media luna”, permite comprender el sentido sarcástico de sus nombres. Cuando en 1529 Viena fue asediada por largos meses por los ejércitos turcos, los reposteros locales, a fin de fortalecer el alicaído ánimo de la población, se apropiaron del emblema de los sitiadores, la media luna musulmana que flameaba en las banderolas del campamento enemigo, y las moldearon en sus hornos de pan. Luego, el populacho se asomaba a las murallas de la ciudad y las masticaba ante los irritados soldados turcos. Blasfemia y gastronomía. A su vez, las muestras argentinas llevan por nombre “cañones”, “bombas”, “vigilantes”, “bolas de fraile”, “suspiros de monja” y “sacramentos”, y en provincias hay otra llamada “jesuita”, para escarnio del ejército, la policía y la Iglesia respectivamente. Cabe conjeturar una secreta conspiración de los oficiales panaderos anarquistas: la intersección entre palabra y alimento parece haber sido suturado con hilo de coser ideológico. Y por cierto que el sindicato de panaderos fue conducido por dirigentes anarquistas a lo largo de varias décadas.

Los usos gastronómicos que dejaron las cuatro expediciones fueron resultado de la nostalgia, el fracaso, la urgencia y la voluntad de protesta. Pero ha pasado el tiempo y los actuales habitantes de Buenos Aires ya no reconocen en los nombres de la repostería su retintín inquietante, pues rara vez pensamos el vínculo entre nombre y forma, menos aún la relación entre hábito gastronómico y origen político-lingüístico. Las palabras suelen osificarse y lo que en un tiempo fue escándalo hoy es rutina. Por su parte, el anarquismo argentino ha quedado angostado a un mínimo caudal y su audibilidad política es muy escasa. Y sin embargo, cada vez que mordemos una factura, el crujido de lo que en otros tiempos fue sarcasmo sedicioso rechina entre los dientes.

MISTERIO Y JERARQUÍA

I

En toda ciudad del mundo, por más pequeña que sea, hay al menos una persona que dice ser anarquista. Esa solitaria proclama resulta ser un enigma para la historia de las ideas. Un ideal intransigente y perseguido, sostenido por pocos, apenas un puñado en Suiza, Italia y España, llegó a ser conocido en casi todo el planeta. Así las cosas, puede considerarse al anarquismo, al igual que la evangelización cristiana y la propagación del industrialismo moderno, como una de las experiencias migratorias más exitosas de la historia. Uno de los suyos en cada lugar. Fue todo un acierto que los partidarios de la anarquía nunca se hayan orientado según los métodos intensivos de la “plantación” ideológico-partidaria. Se desperdigaron siguiendo las ondulaciones inorgánicas del “grupo de afinidad”. Lo cierto es que la resonante palabra “anarquía” aún está aquí, a pesar de los pronósticos agoreros que la dieron por extinta más de una vez. Se diría que los anarquistas, como los eclipses, cuando ya los tenemos olvidados, insisten en llamar la atención.

Que el ideal anarquista haya aparecido en la historia también es un acontecimiento prodigioso, porque es inevitable que en su formulación haya intervenido una intuición feroz y pánica, magnificada sin duda por el estilo “de garra” de sus portadores. Sus vidas siempre asumieron el contorno de la brasa caliente. Pero si las ideas anarquistas sobrevivieron es porque absorbieron el malestar humano con respecto a la existencia del poder jerárquico, impávido e inmemorial como un ídolo tallado en piedra. La reaparición esporádica de la pregunta por el poder incautado significa que la posibilidad radical sigue abierta, que por ella retorna lo reprimido en el orden de la política. Sin embargo, para la mayoría de las personas, el anarquismo, como saber político, se ha ido transformando en un misterio. No en algo desconocido o incognoscible, pero sí insoluble como un arcano.

Nada hace suponer que su aparición haya sido un acontecimiento “históricamente necesario”. Las vindicaciones obreristas y socialistas eran frutos inevitables de la selva industrial, pero el anarquismo no. Cabe especular que podría no haberse presentado jamás en sociedad. Efectivamente existió, y cualquier historiador profesional sabría dispersar banderillas causales sobre el mapa de la evolución de las ideas jacobinas, pero la especulación no es ociosa. Facetas del anarquismo estaban presentes en las utopías socialistas, en la doctrina liberal, en las proclamas comunistas. Su abrupto y notorio ingreso en escena pareció una errata de inventario. La cuestión es que se depositó en el anarquismo la clave de comprensión del poder jerárquico y a la vez un ideal de disolución del mismo. A pesar de que todos los Estados segregan una suerte de “inconciente político”, punto ciego que no admite ser pensado y que trata a los lenguajes que intentan penetrarlo como blasfemos o exógenos, los anarquistas se les clavetearon como astillas de máximo grosor: fueron agitadores de conciencias que la propia comunidad oscuramente necesitó para dar respuesta, por vía antípoda, al enigma del poder.

II

En su tiempo, la victoria de los bolcheviques sobre el Zar de todas las Rusias supuso la cristalización liberticida del socialismo en un molde despótico–nacional primero e imperial después. Tarde se hizo conciencia que la subordinación de la izquierda al modelo soviético le costaría muy caro. La obsesión por la eficacia y la boca cerrada ante lo intolerable son cargas históricas tan pesadas que ni siquiera un santo podría levantar. Muy difícilmente vuelva a renacer una creencia en el modelo leninista de revolución y lentamente los partidos autodenominados marxistas van transformándose en grupos apostatas o en sectas ortodoxas. Sus lenguajes y sus símbolos crujen y se dispersan. Por el contrario, voluntad de insubordinación y convicciones innegociables, por no decir irreductibles, además de conducta casi siempre íntegra y sinceridad pública casi excesiva, han sido atributos que concedieron al anarquismo una potestad política que a otras ideologías, obligadas a continuos birlibirloques entre fines y medios, les fue siendo sustraída.

Luego de la debacle de los regímenes comunistas en el Este europeo las expectativas confiadas a los partidos reformistas de los países occidentales fueron enormes. Sus triunfos siempre dependieron de su capacidad de mediar entre poderosos y perdedores, procurando “humanizar” la relación. Con el paso del tiempo la socialdemocracia dejó de representar un avance para devenir en ideal de administración del estado de cosas. Quedó incapacitada para diferenciarse nítidamente de sus adversarios, dejando de lado algún que otro relincho. Perdido el monopolio del cambio social y siendo las reformas comparativamente paupérrimas, el ciclo cultural del reformismo se angostó. Es ahora moral de retaguardia. Por su parte, el comunismo siempre pareció una corriente de río que se dirigía impetuosamente hacia su desembocadura natural, un océano post-histórico. Para sus críticos ese río estaba irremediablemente contaminado, pero incluso a ellos la corriente les parecía muy difícil de contener. Y sin embargo ese río se secó, como si un sol sobrenatural lo hubiera licuado en un sólo instante. Ha quedado, apenas, el molde vacío del lecho, y las estrías que restan y la resaca acumulada están siendo numeradas y clasificadas por curadores de museos y exposiciones.

En cuanto a metáforas hidráulicas, al anarquismo le correspondería la figura del géiser, como también la de la corriente subterránea, el rompiente de la ola, la cabeza de tormenta, fenómenos inesperados y confusos aunque dotados de brío singular, quizás irreplicable. Esta diadema de fluidos nos advierte sobre el drama del anarquismo, que no logra conciliar potencia trastornante y débil persistencia posterior, agitación del malestar social e incapacidad para darle cauce, pugnante tradición de acoso y dificultad para amplificar el ideario. La palabra “anarquismo” goza aún de un sonoro aunque focalizado prestigio, a veces un poco equívoco, pero que no deja de ser percibido como aura lírica. Lo tenebroso acopla al anarquismo al jacobinismo y la impaciencia, lo lírico al ansía de pureza y de intransigencia.

Pero casi no hay anarquistas, o bien carecen de audibilidad. Quizás nunca hayan existido demasiados. Las circunstancias históricas nunca les fueron propicias, aunque hayan logrado constituirse, ocasionalmente, en “contrapesos”. Quizás el mundo sea aún hospitalario porque existen este tipo de compensaciones. Si en una ciudad sólo acontecieran comportamientos automáticos y

resignados, sería inhabitable. El anarquismo es “la sombra” de la política, inasimilable a ella. El objetivo que se propuso fue la disolución del régimen psicológico y cultural de la dominación. Para llevar a cabo el cometido recurrieron a un arsenal variopinto pero coherente: comportamiento insolente, humor paródico, temperamento anticlerical, actitud indomable, acción contrapotente, todo ello sazonado con una crítica radical del poder de alcances antes casi desconocidos. Pero al anarquista no le es concedido establecer fáciles ni rápidas negociaciones con la vida tal cual es y justamente por ello, en algún momento, padece a su ideal como un embrujo del que no sabe como liberarse.

La disolución del orden soviético y el descrédito del comunismo parecieron concederle la oportunidad de salir de las catacumbas. Sin embargo, la caída estremeció el abanico socialista entero, pues incluso el anarquismo estaba familiarizado con el imaginario derrumbado. Ese desplome clausuró momentáneamente la mensajería de redención. Se asistía al canto del cisne del humanismo. Por otra parte, la política en sí misma se “actualizaba” y a sus cometidos acostumbrados de representación de intereses y armonización de antagonismos agregó el modelo organizativo de la mafia. O se está incluido en la esfera de intereses de alguna mafia en particular o se está muy desamparado. Por momentos pareciera que el arte de vivir contra la dominación, en el cual descolló el anarquismo, está en suspenso.

III

El despliegue del anarquismo no dependió únicamente de la “verdad” de sus ideas sino de su articulación con prácticas cotidianas que necesariamente le eran preexistentes. Para Marx –también para el anarcosindicalismo– la fábrica y el mundo del trabajo suponían un punto de apoyo necesario para dar forma a la nueva sociedad. Pero los anarquistas siempre se han organizado en “grupos de afinidad”, por lo general de pocos miembros, un equilibrio muy distinto de la centralidad vertical y concéntrica que es propia de los partidos de masas o las sectas de izquierda, a su vez acoplables al imaginario jerárquico. La afinidad promueve el acuerdo, pero también la confianza y el

mutuo conocimiento de los ámbitos intelectuales y emocionales de cada integrante. ¿De dónde proviene esa tradición? Quizás del antecedente de los clubes revolucionarios y seguramente de la experiencia clandestina en que florecieron los grupos carbonarios, condición pronto heredada por el anarquismo. En definitiva, de la tradición de la autodefensa y la conspiración. Sin embargo, la afinidad no es una prerrogativa de la militancia política sino efusión de experiencias afectivas, o de un horizonte antropológico más amplio. A lo largo del siglo xx la amistad trascendió la relación interpersonal y comenzó a enraizarse en ámbitos afectivos que antes eran coto de caza obligados de la familia tradicional. El desvanecimiento del “hogar” como espacio de templanza obligatorio la propició como nunca antes. Sus posibilidades eran menos significativas en tiempos anteriores, su radio de acción más restringido.

El anarquismo ha sido el contrapeso de la dominación. Pero no ha sido el único. También la socialdemocracia, el populismo, el marxismo, el feminismo e incluso el liberalismo reclaman ese honor. En todo caso, el anarquismo fue la más descarnada de las autopsias políticas, un ángulo de mira vertiginoso. Siendo conscientes de su propia desmesura, los anarquistas barruntan que su ideal es contranatura, que la imaginación política podría no haberlos necesitado, pues desafiar a la jerarquía, cuyo peso ontológico y psíquico siempre ha sido imponente, equivale a renegar de un dios. Si al anarquismo se le concediera una nueva oportunidad de hacer algo memorable en el mundo, entonces el misterio de la jerarquía cedería su opacidad a una revelación política.

UNA MONEDA VALACA

I

Cierta vez conseguí una moneda antigua en el Parque Rivadavia. “El Parque” –tal como le llaman los que concurren desde siempre– es un punto cardinal de la ciudad de Buenos Aires. Algunos comercios que subsisten desde hace décadas le procuran una aureola de mercado persa que reluce especialmente en fines de semana. Puede considerársele un refugio para cosas amenazadas por el óxido, el hongo y el olvido. Cinco logias tienen jurisdicción sobre el parque: bibliófilos, melómanos, cinéfilos, filatelistas y numismáticos. A pesar de que en los últimos tiempos los “carritos” alineados en las veredas internas se hayan profesionalizado por demás, los blasones de clientes y puesteros no son de alta alcurnia. Por el contrario, solían enorgullecerse de su visible precariedad y del permiso condicional. Pero a pesar de las simetrías entre unos y otros, un perceptible encono solía enfrentarlos: en otras épocas, la policía persiguió a libreros y a rockeros, nunca a los coleccionistas de estampillas y de billetes. Un rumor malévolo dejaba suponer que un comisario o un coronel coleccionista de sellos postales protegía a sus pares.

Los numismáticos, al igual que los filatelistas, están instalados alrededor de un enorme árbol, a la orilla de la Avenida Rivadavia. Son sabedores de muchas cosas, sobre todo historias laterales, fragmentadas, en desuso. Saberes de oficio: acerca de enclaves coloniales de otras épocas y volteretas geopolíticas en regiones lejanas, sobre grandes falsificadores o bien sobre metales nobles o rebajados. En verdad, en una estampilla o en una moneda se ocultan muchas historias. Quien ha aprendido a no despreciar los pasatiempos improductivos no se engaña sobre las claves que los objetos anticuados pueden revelar. Son aduanas que consienten el cruce a otros pasadizos y es entonces cuando se descubre que hay mercancías cuyo precio siempre está por debajo de su valor. A veces, para analizar las ondulaciones y

los subterráneos de un relieve histórico, es preciso amar lo perimido o lo dejado de lado. De otro modo se escurren.

En un rutinario paseo dominguero por el lugar la curvatura de una moneda se encastró en el diámetro de mi esfera ocular. ¿Qué fue lo que me llamo la atención? Quizás el formato, poco familiar. ¿No ocurre a veces que una moneda que cae al piso desafia la regularidad estadística y comienza a correr sobre su canto? No queda otro camino que seguir la dirección imprevisible de la rodada. Cuando la encontré andaba a la caza de monedas rumanas de este siglo para hacer un regalo, pero es inútil dragar el delta causal: al azar objetivo no se le exige pedigree. Rumania es un país de lengua latina y alfabeto cirílico, de nombre imperial y consistencia campesina, de apodo relativamente nuevo y sucesivos regímenes de índole monárquica y comunista. Pero antes de su nombre actual, Rumania estuvo cuarteada en otros tantos territorios carpáticos y temblando bajo el knut de los señores austro-húngaros, rusos y otomanos.

En los puestos del parque había monedas balcánicas de principios de siglo, billetes emitidos por las autoridades turcas, papel moneda de la época de la Gran Guerra, billetes de valor menudo y otros con clonación de ceros –la cría de la hiperinflación–, había billetes con el cetro y escudo de la dinastía Hohenzöllern y también los “lei” de la época comunista. Y también había una moneda renegrida y solitaria. El nombre y la denominación de la moneda era 2 “para”, pieza de bronce de 35 milímetros de diámetro emitida en el año 1772 en Valaquia y cuyo radio de valor también cubría a Moldavia. Entre 1769 y 1774 Valaquia fue un estado-tapón creado artificialmente por el Imperio Romanov en la época de guerra Ruso-Turca y esa moneda resultaba ser el fruto exprimido de la derrota turca: fueron forjadas con el bronce de los cañones capturados y luego fundidos.

II

Durante mucho tiempo la región de los Cárpatos estuvo en vuelta en las neblinas de la historia. Hasta principios del siglo xx, Buenos Aires o Río de Janeiro estaban más cerca de Londres o París que la entera península balcánica. Siglos de dominio otomano y un pertinaz rechazo a la irradiación del iluminismo la destituyeron del interés civilizado. Luego, ya en el siglo xx se sucedieron las guerras regionales, los continuos asesinatos palaciegos, un magnicidio en Sarajevo, la ocupación nazi, la “Cortina de Hierro”, el cuarteamiento de Yugoslavia y la inmediata matanza étnica y fratricida. Pero mucho antes Valaquia fue el dominio de Vlad III Tepes –tepes significa “empalador”–, llamado “Drácula”, Príncipe de Valaquia y Duque de Transilvania, Almas y Fagaras. El apodo “dracul” –su padre Vlad II había sido condecorado con la “Orden de los Dragonistas”– hace alusión tanto a la palabra dragón como a la más preocupante “diablo”. “Drácula” o “Drăculea” significa hijo del dragón –o del diablo– y ése fue el sobrenombre por el que fue conocido ese príncipe valaco muerto hacia 1476.

La moneda estaba algo deteriorada. Se notaba una inscripción cirilica así como un dibujo de difícil interpretación. Luego averiguaría que se trataba de dos escudos de armas, uno por Valaquia y otro por Moldavia, y sobre ellos había una corona. En uno de los escudos estaba sellada la cabeza de un toro; en el otro, la de un pájaro. Surgían preguntas sin respuestas. ¿Cómo habría llegado esa moneda al Río de la Plata? ¿Por cuáles y por cuántas manos habría pasado? ¿Qué actividades habría subvencionado? ¿Qué hambre satisfecha, qué impuestos fiscalizados, qué mercancías encargadas? ¿Qué era lo que su diámetro había permitido? ¿Se habría derramado sangre por ella? ¿*Quién la habría traído*? Pensé que la podría usar como antídoto personal, como uno de esos amuletos ambiguos a los cuales les ha sido invertida la carga negativa.

“Drácula”, el hijo del diablo, fue en aquella zona, y por años y años, la encarnación de la crueldad y la inmisericordia del poder, pues Vlad Tepes había sido gobernante demoniaco. Y aunque con el tiempo otros alias tuvieron mayor prensa, ningún diccionario de los infiernos puede darse el lujo de prescindir

de este “rumanismo”. ¿Acaso existió un país del diablo? ¿Un territorio que lo cobijó luego de la caída? ¿Un refugio al cual retornar luego de cada correría? Si así fuera, la geografía de ese país tenebroso ha de contener curiosos e inciertos accidentes, propios de las naturalezas muertas. Hoy el castillo de Vlad Tepes es sitio de peregrinación turística, pero en otros siglos circulaban por la región xilografías mostrando los miles y miles de prisioneros empalados por orden de aquel hombre apodado “Drácula”.

La moneda parecía acuñada con torpeza. Si se me decía que tenía miles de años de antigüedad, lo hubiera creído. El arte numismático de otrora nos dejó monedas sustancialmente distintas de etnia a etnia y de imperio a imperio. Las actuales parecen cortadas por el mismo patrón de medida. Se diferencian por el motivo y el diseño, no por un troquel antropológico. En el patrón oro o dólar calzan todas las huellas digitales de hoy en día, como si fuera la ostia consagrada al becerro de los cinco continentes. Cuando la religión o la política titubean, persiste todavía la moneda aherrojándonos a tierra, el ancla que traba la fuga. Esa vieja moneda ya era peso muerto, pero como si fuera una lupa todavía era capaz de exponer un panorama de fin de mundo. Entre tanto papel moneda desmonetizado había en los puestos del Parque Rivadavia ejemplares de una economía de guerra: la numismática de la Segunda Guerra Mundial. En épocas de paz el dinero tasa el tiempo de los hombres y sus mercancías; en las de guerra, se vuelve el peor usurero. Anterior a la secularización de Occidente, la moneda valaca quizás hubiera merecido ser la unidad de medida financiera de la noche de la eternidad.

III

Pot-pourri oriental: papel moneda de Polonia y de Montenegro, de Lituania, Croacia y Eslovaquia. En el mercado numismático circulaba bastante moneda de la época nacional-socialista. Compré un billete del protectorado alemán sobre Bohemia y Moravia, país marioneta que subsistió el tiempo que duró el milenio nazi. Luego adquirí otros ejemplares centroeuropeos y

balcánicos de la época. El diseño de esos billetes –al igual que el de los actuales– suele ser atractivo. Así debía ser el rostro de la Hidra de Lerna, una de cuyas cabezas, la inmortal, estaba recubierta de oro. También los perfumes son fijados con la excrecencia genital de las ratas.

Por entonces existieron varias naciones-títere eructadas durante la expansión nazi por Europa. La taxonomía contiene al gobierno marioneta del país aliado al “Eje” y a la republiquetta creada ex-profeso. En el primer caso se cuentan el gobierno de Ion Victor Antonescu, conducător de Rumania, y la regencia del almirante Miklós Horthy en Hungría. En el otro, la República italiana de Saló, el Protectorado Alemán sobre Bohemia y Moravia, el Estado Independiente de Croacia, la República de Vichy, el gobierno de Monseñor Josef Tiso en Eslovaquia. En este segundo grupo, los casos de Croacia y Eslovaquia, cuya autonomía venía siendo reclamada por nacionalistas locales desde hacía un siglo, se diferencian de Vichy y Saló, ampollas territoriales cuyas fronteras se trazaron de acuerdo a los caprichos del führer o los zigzagados garabateados por la peripecia militar. En Alemania, ya se sabe, pero también en esas naciones, se construyeron infiernos para judíos, y cada nación ocupada y aliada pagó la cuota más alta posible. La mayoría de los judíos rumanos fueron asesinados en la Transnistria, región moldava adonde habían sido expulsados. El resto sucumbió en el campo de concentración de Cluj. Por el Tratado de Trianón de 1919 Hungría había cedido a Rumania su provincia oriental, pero en 1941 la recuperó. Cluj quedaba en esa provincia, llamada Transilvania, donde la sombra de Vlad Tepes aún aleteaba en la memoria de los campesinos. Entre otras etnias, identidades y creencias arrasadas en los campos se cuentan izquierdistas, homosexuales, pacifistas, gitanos, serbios y Testigos de Jehová. Súmense a ellos los prisioneros de guerra que nunca volvieron, los partisanos asesinados en el lugar donde se los encontrara y los “trabajadores esclavos” muertos de extenuación, amén de las “esclavas sexuales” humilladas en Oriente. Números. Sin embargo, un sólo testimonio del espanto los abarca a todos. Eso nunca parece bastar.

Esos países y naciones-títere emitieron moneda, o más bien las confiaron a los cuños de la Casa de la Moneda de la ciudad de Leipzig. En Vichy circulaba dinero cuya divisa oficial era “Travail, Famille, Patrie”, pero también se emitieron vales y chapas. Ucrania tuvo al “Karbovanez”, billete de ocupación emitido en 1942. Bohemia y Moravia al Koruna. Eslovaquia, al Haliev. Estonia, el Krooni, Croacia, el Kuna, Austria, el Kronen, Rumania, el Leu, y así sucesivamente. Estas monedas desaparecieron al finalizar la Segunda Guerra Mundial y al poco tiempo ya eran curiosidades numismáticas. Nacidas de las planchas estatales nazis, acabaron en catalogadores de coleccionista. También los campos de concentración nazi tuvieron su propia moneda, vales entregados a los “internos” cuando ingresaban a cambio de sus posesiones monetarias o materiales. Su radio de valor terminaba en las alambradas. Un sistema monetario específico para “impuros”. La estrella amarilla identificaba a la mayoría, pero también el triángulo negro en el caso de los gitanos, el celeste para los emigrantes caídos en redadas, el verde para los criminales, y el rosa en el caso de los homosexuales. El rojo bastaba para los demás. El tacto del patriota o el del ciudadano explora el relieve de la moneda con la yema de los dedos o con el borde de la uña, y con la misma celeridad con que se atrapa al vuelo una moneda se dispara el índice hacia el descastado.

IV

El dinero es uno de los lubricantes imprescindibles del sistema nervioso de toda ciudad. Esgurridiza electricidad entre los dedos: salario, préstamo, propina, soborno, vuelto, limosna, el dinero pasa de mano en mano. ¿Es la mano la mejor “conductor” de la circulación monetaria? ¿Bastaría con que alguien se niegue a pasar dinero para que se corte el circuito? Es necesario hacerse la pregunta si se quiere comprender la decisión del carpintero Georg Elser, solitario responsable de un atentado contra Adolf Hitler en 1939. En Eslovaquia, en Croacia, en Vichy, circulaba el dinero. Las condiciones de vida eran difíciles,

aún en países protegidos por los nazis: estrechez general, comida insuficiente, terror cotidiano, circunstancias históricas incomprensibles. ¿Cuánto consintió la población a esos gobiernos? En Austria, mucho; en Vichy también; en Noruega y Bulgaria, poco y nada. En todos lados se espesaba el miedo pero también el desinterés y la resignación. Y en una gradación no siempre fácil de establecer, el consentimiento.

Dado que los grupos fascistas locales, tales como la “Guardia de Hierro”, la “Guardia Hlinka” o la “Cruz de Flechas”, no asumieron el poder sino hacia el final de la guerra, los gobiernos estuvieron en manos de una panoplia de derechas: “moderadas”, “conservadoras”, “anticomunistas”, “monárquicas”, y eso hace que la aquiescencia general hacia la protección nazi resulte preocupante. Sólo algunos países ocupados mantuvieron cierta independencia ante los reclamos alemanes de recibir su ración de condenados a las cámaras de gas: Dinamarca y Bulgaria. Alemania encontró cómplices más brutales entre lituanos, rusos blancos, ucranianos, eslovacos, croatas y rumanos. La complicidad de los altos cleros con la matanza, así como ciertas pasividades de los países “aliados” o las evasivas y omisiones del gobierno soviético son cuentas históricas que no deberían cerrarse. Por otra parte, para el comienzo de la guerra la mayoría de los que podrían haber organizado algún tipo de resistencia civil ya no podían hablar. De Austria y Alemania habían sido eliminados, y al poco tiempo de ser ocupado el resto de Europa se destrozó al antifascismo en Croacia, en Polonia, en Ucrania, y así sucesivamente. Los que pudieron huir a tiempo sacaron visa de resucitados de por vida. Maquis hubo en todos lados pero la mayoría de la población sencillamente acataba y sobrevivía. Y hacía circular la moneda. ¿Fatalidad inevitable? Si la supervivencia es ineludible, las manos serían inocentes y la manipulación ordinaria de billetes y monedas pertenecería entonces a una suerte de ámbito público neutro. Pero en los campos de batalla no suele distinguirse lo público de lo privado.

¿Qué significó colaborar? En el caso de los países aliados del Tercer Reich el humus donde germinó la legitimidad de sus gobiernos no fue abonado principalmente por la derrota o la

ocupación sino por el acatamiento cotidiano, enraizado en un terreno de cuyas surcos la trilla ya hacía mucho tiempo que separaba la paja del grano. El odio fue sembrado a veces por ideólogos, otras veces por partidos políticos, otras por eclesiásticos, y tantas otras veces, por la mayoría. Por la indiferencia, siempre. Hay semillas que germinan después de un siglo, incluso cuando se ha renovado el suelo y cambiado el cultivo. En 1416, nueve años después de la llegada del primer grupo de zíngaros a Alemania, se dictó la primera ley antigitana. Se establecerían cuarenta y siete más hasta 1774, algunas tan permisivas que permitían matarlos donde se los encontrara previa violación de las mujeres. Evolución aséptica: las mujeres gitanas serían las primeras en ser esterilizadas en Dachau, en el verano de 1936. El holocausto judío y el gitano, la Shoá y el Porájmos, son simétricos, y no fueron una excepción en la tradición centroeuropea y eslava de inquisición y pogromo, sino su aceleración y perfeccionamiento.

Sólo la resistencia a muerte se escurre de la pregunta por la legitimidad de un gobierno, porque el partisano comprende que el miedo es la nutrición del asentimiento a leyes inicuas. Por cierto, es mucho pedir. Por eso mismo Las Termópilas, Masada, Montségur, la Comuna de París, constituyen rechazos inquietantes, no tanto del apego a la vida del común como de las justificaciones cándidas o forzadas de la filosofía política. Se pueden enumerar las responsabilidades, o comprender el terror y la fuerza superior, o graduar la conducta de la población, pero no se llega a ningún lado. En Polonia casi no sobrevivieron judíos, y en Bielorrusia, Crimea y Croacia no quedó ni un solo gitano. Los judíos y gitanos que juntos formaron un grupo de resistentes en el distrito de Lublin sabían muy bien lo que hacían. Solo el partisano tiene derecho a decir que no estaba concernido por la moneda de curso corriente. Y es casi un milagro que se hayan organizado grupos armados tras las líneas, incluso en los guetos. En Francia, en Italia, en Eslovenia, en Serbia, en Rusia. En París se llamaron también “Franc-Tireurs” y acuñaron su propia moneda partisana. Un sistema monetario del cual quedan tan pocos ejemplares que en el mercado numismático se los considera invalorable. Certificados de partisanos eslovacos en diferentes distritos, billetes del Consejo Antifascista de

Liberación Nacional de Yugoslavia, vales del Consejo Antifascista de Liberación del Pueblo de Bosnia y Herzegovina, vales y notas de las Brigadas Garibaldi y Osoppo, en Italia, y también del Comitato de Liberazione Ligure. Incluso el depuesto y exiliado Rey de Yugoslavia emitió dinares en Londres a fin de no reconocer la ocupación nazi. El derrotado, y quien se ha marchado al monte no sólo conservan una honra, también una iconología.

También la guerra fue un holocausto para la diáspora antifascista. Antiguos revolucionarios húngaros de Bela Kun, guerreros ucranianos de Makhno, marineros de Hamburgo, fugitivos de los regímenes balcánicos, brigadistas que habían estado en España, todos continuaron su cruzada durante la Segunda Guerra Mundial al lado de los maquis y a veces integrados en los ejércitos aliados. A las Brigadas Internacionales de España habían acudido 35000 hombres y mujeres desde cincuenta y cuatro países distintos, incluyendo chipriotas, etíopes, australianos, tunecinos y martiniqueños. Algunos llegaban de más lejos aún: en Cataluña, la Compañía Internacionalista Chevchenko estaba formada por unas decenas de sobrevivientes ucranianos del ejército anarquista de Nestor Makhno que habían cruzado en 1921 la frontera ruso-rumana a caballo. En 1945, cuando bajaron sus armas en el Languedoc, todavía conservaban la moneda revolucionaria acuñada por Makhno veinticinco años antes. Son razas extinguidas, especímenes de un arca que nunca encontró su Ararat. George Orwell recordaba que al llegar a Barcelona en 1936 el sindicato de camareros había prohibido las propinas. Tierra adentro, en Aragón, se había abolido el dinero.

La suerte posterior de los partisanos resultó aciaga. Promesas rotas por los poderes aliados, servicios no reconocidos, ilusiones políticas propias desmedidas, además del maltrato de los historiadores y de los estados “liberados”. Finalizada la lucha, el partisano deviene en testigo inconveniente. El camarada Tito fue el único en lograr el control de un Estado, tan sólo para posponer la riña balcánica por medio siglo más. En todo caso, los oportunismos y mezquindades de los políticos siempre quedan impunes. ¿Quién se acuerda hoy de la cuestión ucraniano-carpática de las

repúblicas de Lemko Rusyn y de Komancza, independizadas del yugo austrohúngaro entre 1918 y 1920 y entregadas inermes a la rediviva Polonia por decisión de los poderes aliados? Muchos partisanos fueron traicionados, antes y después. Un alfiler pinchado en mapas de estado mayor de Londres y Washington fue el que crucificó la resistencia antifranquista, y el que habilitó la aniquilación de los partisanos griegos fue la tajada convenida a los Aliados en los acuerdos de Yalta. Bifurcaciones del siglo XX: Moshe Dayan, que había comandado una compañía de soldados judíos contra el régimen de Vichy, costándole un ojo de la cara, llegó a ser ministro de Defensa de Israel, pero Bao Dai, Emperador de Anam entre 1932 y 1945, que había colaborado con el régimen colonial del imperio francés, con el de la República de Vichy después, y aún con las tropas de ocupación japonesas, pudo continuar su carrera política como jefe del Estado de Viet-Nam Unido entre 1949 y 1955 gracias a la protección del gobierno francés democrático.

Exceptuando amagos de procesos judiciales, poco y nada les sucedió a los industriales que promovieron el ascenso de Adolf Hitler al poder. Siguieron firmes, por así decirlo, al pie del cañón. La industria todo lo recicla. Adolf Eichmann, burócrata exterminador en tiempos de guerra, fue luego capataz o gerente de la fábrica Mercedes Benz en Argentina. Pero en los campos de concentración nazis, y en los soviéticos también, millones de prisioneros fueron obligados a trabajar por la fuerza, extrayendo oro y madera en Siberia o deslomándose en unidades descentralizadas de las industrias alemanas en campos de concentración. Además, millones de personas provenientes de toda Europa trabajaron en fábricas alemanas a título de esclavos. Y en el Este, no menos de veinte millones de internados “políticos” construyeron vías férreas, canales, rutas y ciudades enteras. Así crecen las naciones en todos los tiempos. En nuestras fábricas y oficinas la curva cerrada de la moneda se acopla a la marcha circular de los bastoneros de Cronos, impasible croupier.

V

Los billetes de Eslovaquia, de Hungría y de Bohemia y Moravia que se vendían en el Parque Rivadavia estaban desgastados. Habían perdido su coloración original. ¿Adónde fue a parar la tinta y el detrito del papel? Pasaron por muchas manos. ¿El dinero mancha los dedos? Ciertos venenos sólo requieren del más mínimo roce para comenzar a intoxicar mucosas y sangre. Mientras más ajados los billetes, más veneno esparcido. Pero en el pequeño mercado numismático de Buenos Aires circula una cantidad considerable de billetes croatas que, a diferencia de los otros, están impecables. Siguen en estado de impresión reciente. En los últimos días de la Segunda Guerra Mundial nazis mayores y menores fugaron hacia tierras amigas. También lo hicieron sus cómplices regionales. Ante Pavelić, “Caudillo Revitalizador” del que fuera llamado, con venia nazi, Estado Independiente de Croacia, llegó a Buenos Aires en 1948, con protección católica, y aquí nadie lo importunó hasta que en 1957 un oscuro atentado a manos de los servicios de inteligencia yugoslavos le persuadió que el “Generalísimo” Francisco Franco sería un mejor custodio de su integridad física. Pavelić había hecho ingresar clandestinamente a la Argentina parte del tesoro nacional croata: miles de billetes de nulo valor. Pero son tantos los colaboracionistas que fugaron hacia estas costas que constituyen de por sí un grupo estadístico.

Hubo muchos por entonces que apoyaron a la Alemania nazi a cambio de la independencia de sus naciones irredentas. La obsesión por la patria es la excusa que suele habilitar alianzas abyectas. Por la misma razón se aceptó imprimir billetes en la casa de la moneda del protector a fin de disponer de un símbolo de peso del estado-nación moderno. En los motivos cincelados en las monedas de aquella época abundan las águilas rampantes, los temas telúricos, los héroes nacionales. En verdad, el oportunismo es el credo de toda ambición política, pero si los nacionalistas supusieron que el protectorado nazi era garantía suficiente en un mundo unificado bajo conducción alemana acabarían descubriendo que habían optado por una vía impracticable. De eso se ocuparían el americanismo y el estalinismo, triunfantes en un primer momento, y las industrias de la

“globalización” y la comunicación después. Y en cuanto a los países que se mantuvieron a prudente distancia del Campo de Marte, prosperaron: depósito bancario, tráfico de armas, comercio en granos. ¿Sorprende que muchos de ellos aceptaran la infiltración de fugitivos a cuentagotas pero el de colaboradores a granel?

Al finalizar la guerra, Europa fue desinfectada. Vidkun Quisling, Benito Mussolini, Josef Tiso, Pierre Laval, fueron ajusticiados. Al mariscal Petain, añeja reserva moral de la nación francesa, se le evitó la “humillación” de la horca. “Venid a mí con confianza”, había pedido Petain a los franceses vencidos en su discurso de asunción como jefe del gobierno colaboracionista. En todas esas naciones se procedió a una “limpieza burocrática” de jueces, jefes administrativos, gradaciones militares altas y medias, jefes de redacción, es decir, los que se habían jugado demasiado. Ascendieron entonces los oficinistas, los secretarios de juzgado, las ramas juveniles de la política. Es el ejército burocrático de reserva. Uno de tantos se llamaba Kurt Waldheim, que llegó a ser presidente de Austria e incluso mandamás de la Organización de las Naciones Unidas. Diez años antes, parte de esas cohortes habían sido heredadas a su vez por los gobiernos conservadores. Y veinticinco años después la pérfida locutora Rosa de Tokyo declaraba a unos periodistas: “Ya ha pasado mucha agua bajo el puente”.

¿Tanta ha pasado? Luego que en 1991 Alemania fuera el primer país en reconocer, por segunda vez en su historia, la independencia de Croacia, se suscitó en Zagreb un debate aparentemente menor acerca del nombre de la nueva moneda de curso forzoso. Primeramente se decidió que sería “Kruna” –corona– pero la presión de los nacionalistas impuso el apodo “Kuna” –marta cibelina–, nombre de la moneda croata bajo el régimen fascista de Ante Pavelić. Pronto algunas calles y escuelas fueron bautizadas con nombres de personalidades de la época de la ocupación nazi. Y además se le cambió el nombre a la “Plaza de la Víctimas del Fascismo”. Las estatuas del mariscal Tito desaparecieron de la vista, algunas voladas en pedazos. El populismo de derecha pretendía rehabilitar al estado croata independiente de cincuenta años antes disimulando, en la medida

de lo posible, su idiosincrasia fascista. Desde 1989 estos casos se han multiplicado en el Este europeo. En Ucrania disponen de un héroe nacional de peso –Bogdán Jmelnytsky–, un atamán del siglo xvii que logró sonsacar a los zares el estatuto de “marca” para la región. También fue un asesino de judíos y hasta el día de hoy subsiste una estatua que lo muestra despeñándolos. El dilema planteado al nacionalismo ucraniano por el líder colaboracionista y antisemita Stepán Bandera es aún peor. Y hay más. En el año 1947 el Banco Central de Checoslovaquia mandó fundir 2.000.000 de piezas de Koruns de la época del régimen títere a fin de reacuar la nueva moneda sobre el metal fundido. ¿Tan nueva sería? ¿Qué secretos de familia se licuaron en esa colada? Las monedas tienen dos caras. En épocas de guerra un hotel de balneario puede ser utilizado como centro de tortura, un estadio de fútbol como campo de concentración, un buque mercante como presidio, una plaza de toros como lugar de fusilamiento. Quizás las luchas bestiales entre nacionalidades, la cuestión de los “inmigrantes” y el populismo neonazi no sean secuelas lejanas de las guerras del siglo.

¿Qué lugar ocupa la moneda nazi en el patrimonio memorialístico de la actualidad? En cincuenta años más, a lo sumo en un siglo, las atrocidades de las dos guerras mundiales serán estudiadas como hoy lo hacemos con la conquista de América, el tráfico de esclavos o la quema de brujas. Masacres más remotas ni siquiera figuran en los libros de texto. Concernirán únicamente al mundo académico, donde a veces víctimas y lamentos cotizan alto. Ya no habrá sobrevivientes y los memoriosos no superarán el círculo cerrado de los eruditos y las sectas. El Porájmós gitano ya es casi una nota al pie en el libro del siglo. Para el común de la gente el futuro lo es todo y el pasado aberrante un puente atravesado y demolido. Pero a veces en los cimientos de las obras en construcción se encuentran huesos. La peste jamás pasa del todo y los antidotos solo consiguen hacer mutar el funcionamiento de su cepa. La tensión entre partisanismo, colaboracionismo e indiferencia acaba soterrada o negociándose en las transiciones políticas. Y entonces la brasa se apaga.

La relación mantenida con la moneda es, desde antiguo, clave de comprensión de la vida moral de los pueblos. Ya Diógenes de

Sínope, en la Antigua Grecia, se propuso reacuar el lenguaje – la moneda que más circula– a modo de crítica social. Los quírománticos, por su parte, saben que en las manos se puede palpar una orografía simbólica y toda su sapiencia consiste en relevar caídas y ascensos del destino. ¿Basta una sola moneda aceptada o entregada para rehacer el relieve moral de una mano? ¿Un solo momento biográfico da la clave sostenida de una época? La cuestión tiene sentido si consideramos que todo lo que hacemos, aún lo más modesto y mecánico, afecta el rumbo de nuestra fortuna. En la historia de los intercambios cotidianos las manos son platillos de una balanza, en sus cuencas suceden pequeños acontecimientos osmóticos. ¿El dinero da forma a la mano? Todos los sentidos disponen de guías maestros y de domesticadores. Hay instrucción en el pago de mercancías o en la exploración de una llaga. En todo tanteo. En las manos queda la pátina de todo lo rozado o aferrado a lo largo del día. Un calado. Por eso es insuficiente reducir la relación conflictiva con el dinero a patología subjetiva o a exageración de la ortodoxia. Cuando en 1936 muchas aldeas españolas abolieron la propiedad privada y el dinero no estaban festejando un absurdo, sino propiciando la reeducación del sentido del tacto.

VI

Las reservas de los numismáticos del Parque Rivadavia se nutren de billetes y monedas guardadas por años y años en apartados del escritorio, en cajitas o entre las páginas de un libro. Nadie tira a la basura las monedas y billetes en desuso. Restan en un aparte. Quien sopese con atención una moneda o un billete de país colaboracionista acaso se dé cuenta de que deviene contrapeso del ajuar del ciudadano fuera de toda sospecha. Tormentas de hierro las acuñaron y bruñeron. Tienen “maná”. Fueron tocadas y trocadas por gente que experimentó regímenes abyectos. Nosotros mismos pudimos haber estrechado las manos de aquellos que hicieron circular esa moneda. ¿Es un principio de continuidad? Ya se dijo: el cambio de formato y diseño no comienza la cuenta de nuevo. Hoy podemos

estrechar la mano de un anciano que cuando joven pudo haber estrechado la de Ante Pavelić o la de Adolf Eichmann. Y otros lo hicieron antes con ancianos que, a su vez, cuando jóvenes, lo hicieron con otros ancianos, y así bastarían unas pocas generaciones más y nos tropezaríamos con el país llamado Valaquia. Retrocediendo por los saludos de anciano en anciano podemos llegar a estrechar la mano de los mismísimos Adán y Eva. Pero también la de Caín.

La indiferencia y la crueldad hacia los perseguidos es una de las herencias del siglo xx, la época de los regímenes que requirieron de colaboración continua. El catálogo rebalsa de calculadores, oportunistas, esteticistas de la guerra, fanáticos y asesinos. Y si bien la multiplicación de la desgracia suelta muchos de los cabos que atan a los hombres entre sí, siempre hubo quien arrojó amarras en la esperanza de que alguien más las aferrara. Un libro quizás imposible podría recopilar los innumerables gestos solidarios con los fugitivos y los amenazados. El amparo en conventos, la protesta solitaria, la huelga contra el invasor, el alimento donado, el arma escamoteada del arsenal, la ayuda en condiciones difícilísimas. Ese libro imposible nos hablaría del amor anónimo.

ESTRELLA DE LAS ANTÍPODAS*

Nada más misterioso que el destino del anarquismo, astro incendiario surgido en el Viejo Mundo a mitad del siglo XIX y cuyo reguero de esquirlas acabó fulgurando hasta en el último confín del planeta. Era la estrella de las antípodas, un ideal de emancipación sin duda exagerado pero sumamente sensato cuando se piensa en el largo rosario de sufrimientos engendrados por la dominación del hombre por el hombre. Y aunque con el tiempo su brillo amenguó, e incluso fue dado por extinto, la “cuestión libertaria” nunca dejó de dar pruebas de insistencia, puesto que los anarquistas parecen disponer de las cualidades del ave fénix, la de renacer de sí mismos, como avatares reencarnados en aledaños y equivalentes. Política y culturalmente notorio, el ideario anarquista resulta incomprensible si primero no se pone el mundo del revés. En verdad, la anarquía –“la más alta expresión del orden”, según lo especificaron sus fundadores–, tuvo mala prensa desde un comienzo, la que se destina a las verdades supuestamente irrealizables, “utópicas”. Fue, entonces, “mala palabra”, un llamado mesiánico, salvaje, por momentos de ultratumba, siempre punzante.

Haz lo que quieras, vive de forma tal como te gustaría que se viviera en el futuro, no te unas a filas, no ingieras cadáveres de animales, el enemigo del rey eres tú, aborrece las prisiones, glorifica el sexo, plántate, no obedezcas ni des órdenes, no humilles y no dejes que te humillen, no abandones a un compañero en la estacada, antes paría que jerarca, puedes tomar partido y ser de la partida pero no formar partido, las fronteras son falsas y la ley una ficción de la que se aprovechan los poderosos, ni Dios ni Amo en la tierra, el amor es libre y que viva el perder, dado que es inútil ponderar sus actos, altibajos y realizaciones sólo con relación al éxito o fracaso eventual acaecidos. Sus consignas, contrapesos del presente, eran el pánico doctrinal en sí mismo porque eran el decálogo del antagonismo y el asombro, y los anarquistas mismos, el espantajo de la Modernidad. Se merecieron la atribución.

* Prólogo al libro de Édouard Jourdain, *El anarquismo*. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2014.

Que en el mundo haya aparecido “la Idea” –así llamaban al conjunto de sus principios– es una incógnita, sino un arcano, de la historia. No parece natural. Por lo general, aún a disgusto, se da conformidad al mundo tal como es, apaciguándose el inevitable malestar con auxilios, subvenciones y algunos feriados de más. Pocos pretenden darlo vuelta en un santiamén. También las pirámides son construidas para ser escaladas, no para abatírselas, piedra por piedra. Puede considerarse al anarquismo como respuesta insólita, contundente e irreductible a la existencia de poderes separados de la comunidad, no menos que a los obstáculos e interdicciones interpuestos a la voluntad de autocreación personal, a todo lo que desalienta o encarrila el alocado deseo de vivir, y por eso su credo suponía una revolución múltiple: cultural, psicológica y política a la vez. Era mucho pedir, era tener exceso de razón, era el afán impetuoso de subvertir el cielo y la tierra a la vez, vivir sin miedo, con organización y sin ella, disfrutar del banquete de la vida, en unión, mientras perdurara la afinidad. No más que eso, no menos.

El libro de Édouard Jourdain –*El anarquismo*–, en panorama y en pormenor, es un homenaje a la diversidad y versatilidad del anarquismo, desde sus inicios, cuando Pierre-Joseph Proudhon, Mijail Bakunin y Piotr Kropotkin sentaron sus fundamentos antiautoritarios. Por entonces, y raudamente, se desplegaron varias corrientes de acción que enfatizaron, cada una a su manera, aristas distintas: el mutualismo, el colectivismo, el amor libre, la preocupación por la suerte de la naturaleza, el vegetarianismo, el sindicalismo, el individualismo, la religiosidad sin iglesias establecidas, el espontaneísmo, la emancipación femenina, la moral sin dogmas, las comunas experimentales y algunos otros desafíos que en su tiempo parecieron arriesgados, cuando no flores del mal. Un racimo copioso en verdad, de aroma a veces ácido, otras veces sensual, siempre diverso e inventivo. Jourdain acentúa también la aptitud del anarquismo para influir sobre personas, ideas y agrupaciones, incluso multitudes, que no necesariamente se definían ácratas pero que se sintieron “llamadas” a simpatizar con esos principios o a reconsiderar sus propias convicciones. En todos los casos el poder jerárquico fue considerado catástrofe humana, enemigo de vidas que podrían haber sido menos hostigadas, más felices.

Los adversarios del anarquismo son bien conocidos. Los Papas, los poderosos, los militares, los “patriotas”, los patronos, los gobernantes, sin olvidar los comunistas o “socialistas autoritarios”, sus viejos enemigos desde antes de que existiera la ya fenecida Unión Soviética. Pero Édouard Jourdain, además de contar la historia, las ideas y la sensibilidad de los anarquistas, enfatiza los temas que les fueron propios, entre otros su muy temprana crítica de la técnica y el productivismo industrial, sus advertencias sobre los desmanes ecológicos, sus exhortaciones a desertar de relaciones afectivas fallidas, sus apologías de la emancipación sexual, amén de su repulsa por las naciones imperialistas, un aspecto no siempre subrayado. Las prácticas anarquistas, es decir sus modos de vivir, tendían a disociarse del poder jerárquico. La imagen de ese poder, heredada por todas las generaciones, es vertical, concéntrica, ascendente, indestructible, inmemorial, eterna. Pero los anarquistas no se concernieron tanto por el antes o el después del Estado, sino por lo que escapa a su control. No se medita lo suficiente en que la mayor parte de las actividades humanas ocurren en un “afuera” del principio de jerarquía, sean las redes de sociabilidad amistosa, los grupos de pares o las innumerables conversaciones en tantísimas intimidades.

No nos es asequible imaginar un mundo de relaciones, llamémosles así, “desinteresadas”, es decir sin ánimo de dominación. La superación de la sociedad del dominio de unos sobre otros, en los términos intransigentes del anarquismo, suscita incredulidad, incluso temor, en el mejor de los casos una sensación de enigma político, mucho más porque las víctimas se han acostumbrado a colaborar con su desgracia y reproducen el mecanismo giratorio del infortunio, mitigado apenas por promesas, migajas, consumos y ajustes de la coacción todavía soportable. Pero esos son contentos a medias, se quedan cortos, porque toda organización social que diferencie y separe a gobernantes de gobernados, ricos de pobres, poderosos de desposeídos, es una declaración de hostilidad a la existencia. Lo cierto es que no se ha inventado hasta el momento una idea de la libertad más radical que la proclamada en su momento por los anarquistas. Por ese abismo se hubiera despeñado la pirámide entera. Lástima que les faltó tiempo, que se fueran demasiado pronto, que aún no hayan vuelto del todo. Tenían punzones filosos y habían venido a escribir el epitafio de nuestra sociedad.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
LOS DESTRUCTORES DE MÁQUINAS. IN MEMORIAM	9
TABÚ DE LA REALIDAD. MECANISMO TÉCNICO Y BANDERÍA NEGRA	21
ÁTOMOS SUELTOS	35
FOLLETOS ANARQUISTAS EN PAPEL VENECIANO	47
GASTRONOMÍA Y ANARQUISMO. RESTOS DE VIAJES A LA PATAGONIA	85
MISTERIO Y JERARQUÍA	101
UNA MONEDA VALACA	107
ESTRELLA DE LAS ANTÍPODAS	123

Impreso en Talleres Gráficos GYG,
Údaondo 2646 – Lanús Oeste
Buenos Aires, Argentina, en mayo de 2018